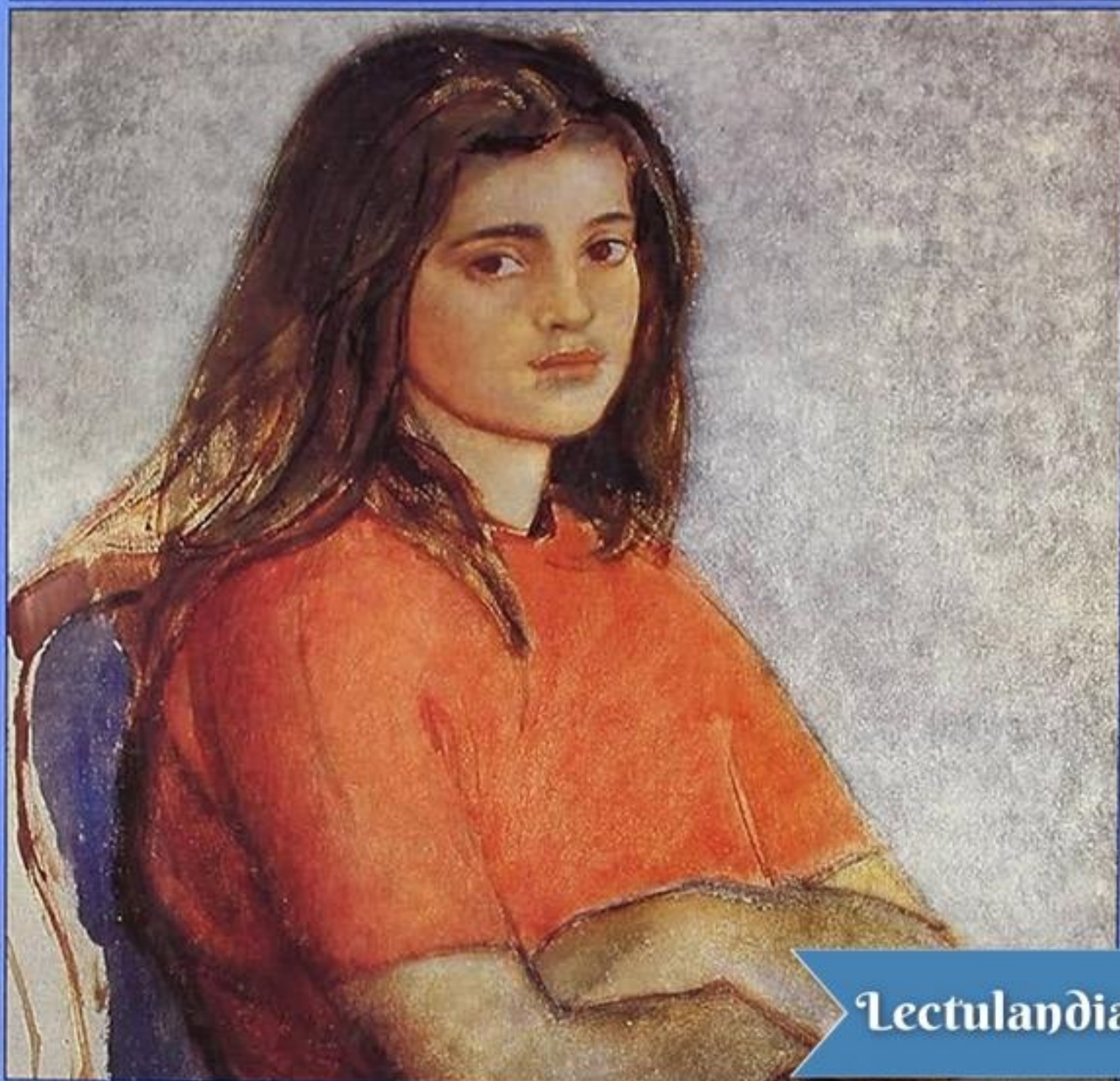


Germán Gullón
Querida Hija



Lectulandia

Querida hija se enmarca de lleno en el terreno, resbaladizo y trufado de emociones contradictorias, de las relaciones entre padres e hijos, y muy especialmente en los conflictos que suponen un divorcio. A través de las cartas que dirige a su hija, un padre intenta salvar del naufragio familiar el vínculo que los une, a la vez que le ofrece unas pautas de conducta para guiarse en el turbulento mundo moderno.

Germán Gullón

Querida hija

Áncora & Delfín - 851

ePub r1.0

Titivillus 22.09.2023

Título original: *Querida hija*
Germán Gullón, 2001
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Advertencia al lector:

Conocer la realidad, amigos, siempre resulta difícil, aunque lo que quizá cuesta todavía más es recomponer su perfil cuando lo único que nos queda de ella es un espejo roto. Y eso son estas cartas escritas por un padre a una hija, los fragmentos de una relación quebrada que no sé presentar de otra manera. Encontraréis incógnitas y huecos, lo que yo no supe unir, y allí mismo anida también junto al silencio la esperanza a que remite toda obra: de que haya una respuesta. La tuya, la de él, la de ella, la de quien se encuentre en estas páginas.

1990

I

El hombre que escribe la carta contempla una foto enmarcada en un cuadrito de piel 9 × 13 en cuyo ángulo inferior izquierdo hay apoyadas dos fotos de carnet. Escudriña a cada poco los tres retratos.

Una mujer rubia de ojos marrón iluminados por un rayo de claridad mira con dulzura a la cámara. Aparece sentada en una terraza de verano. Viste blusa blanca y falda roja. Aunque los labios apenas despliegan una sonrisa, detectamos su entrega, el interés por captar la atención del fotógrafo. La tristeza de un adiós cercano se asoma casi imperceptible a sus ojos. Parece como si un amante, ¿quién si no puede suscitar esa mirada?, fuera a marcharse lejos, o que simplemente la postura delata el cansancio de vivir una escena de separación ocurrida en incontables ocasiones.

La señora morena de ojos marrón oscuro sonríe en tamaño carnet. La flagrante coquetería de la persona anuncia que la mirada de aquel instante dirigida al objetivo no producirá un ejemplar único, que el marido y la hija pedirán copias para la cartera.

Los ojos azules de una muchacha de trece años perforan la cartulina. La franqueza de la expresión advierte de que detrás de la cámara están papá y mamá haciendo comentarios tontos. Ella parece protestar mimosa diciendo: callaos, pesados.

12 de junio de 1990

Cuánto lo siento, Hija:

Vino a visitarnos la deshora, esa circunstancia malhadada, incapaz de dejar recado, y que se persona cuando nadie desea verle la cara. Lo lamento por tu Madre y por ti. Nunca imaginé que nos encontraríamos en un cine de barrio tan a desmano; menos aún chocarme un día entre semana con tu Madre, a quien supuse en Santander, ocupada por el trabajo.

Siento como si alguien me hubiese alcanzado con un arma blanca por fatal casualidad, cuando la cuchillada buscaba otra víctima, y tendido en un

hospital convalezco obsesionado por entender lo inexplicable.

Nosotros salimos del cine en cuanto se apagaron las luces, porque aun en la oscuridad sentíamos vuestras miradas atónitas, y las dificultades por las que atravesarán el trato con vosotros, mi Ex-mujer y mi todavía Hija, se reveló allí, en la contraimagen de ese encuentro a deshora, casual. César Vallejo, el espléndido poeta peruano, advirtió cincuenta años ha en un genial poema premonitorio, que los momentos supremos de la existencia llegarán sin anunciarse, sin perfilar la ocasión.

El croquis que busco para hallar una ruta serena por donde transiten sin aduanas nuestros afectos ofrece la forma de un deseo ilimitado y se halla escondido en un agujero quizás sin fondo. En esa cueva vivo una buena parte de mis horas, perdido, chocando contra las paredes. Unos momentos de esperanza, cuando hilvano el deseo con propuestas de encuentro y reconciliación pacífica, en que los tres quedamos tan amigos, ceden el paso a los de desesperanza, cuando presiento que os perdí para siempre.

Nada puedo hacer, excepto seguir experimentando el dolor; cada vez que la pena me asalta siento las brasas del encuentro reavivarse, mi pecho se quema otra vez, y noto unos ahogos, falta de aire, y las palabras huyen mudas, incapaces, inadecuadas.

Chatuca, lo malo del amor no es que contenga restos del pecado original, una bella historia que calma la desazón superficial, sino que nace sin causa y muere sin haberla encontrado. La literatura, una de las pocas esperanzas de la humanidad para clausurar con dignidad el presente milenio, sigue sin encontrar el Goethe o el Tolstoi que explique el severo dilema, primer paso para descubrir una vacuna.

Los cuatro sobrevivimos un momento de inusitada intensidad, un *close-up*, circunstancia que la gente, en especial las personas mayores, rehúye con fuerzas sacadas de flaqueza y sabiduría. Los momentos de la verdad asustan, porque entonces advertimos que la ruta a seguir atraviesa docenas de túneles.

Muchos testigos de un crimen, que ni siquiera implicados en el delito, son incapaces de testificar, de contar lo ocurrido, les resulta demasiado fuerte. Nosotros vivimos uno de esos instantes plenos de dramatismo, con todos los implicados presentes, y en un escenario desnudo donde no cabía esconderse o iniciar una acción secundaria, hablar con unos acompañantes o comparsas. El hall vacío del malhadado cine se me figura una versión moderna de las salas de tortura concebidas por Edgar Allan Poe.

Querría haberte presentado a mi Compañera en una ocasión propicia, tras hablarte de ella sin prisas. Cuando os mencioné el tema a tu Madre y a ti me

cortasteis en seco, tomándome por loco, convencidas, sin duda, de que a Papá le había salido un sarpullido en cierta parte y que pasaría. Metimos la pata, vosotras por inocentes, casi cabe escribir la absurda palabra de inexpertas, y yo porque me pareció cómodo *non meneallo* y abreviar. Ahora todo ello carece de remedio.

Lo peor que puede suceder es que te encastilles en un silencio inútil. Presiento que decidiste aliarte a la callada, y que buscas ocultar tus pensamientos, por duros, o porque quizás desconoces una respuesta adecuada —te adelanto que no existe—. Olvida las poses teatrales, coge el teléfono o redacta unas líneas. Di lo que sea, pues al hacerlo exteriorizas los sentimientos y te conoces a ti misma. Guapina, anda.

Te adoro, piensa en quien esto te escribe, tu Padre.

PS: Vigilo obsesionado el casillero del correo. Concédeme el gusto de poder beber tus garabateos letrísticos, conocer lo que piensas.

2

Hay películas geniales donde se plasma un modo de sentir, pienso en Ladrón de bicicletas. La historia narrada en imágenes dice más que la contada por los hechos del argumento. Éste relata simplemente el desconsuelo producido por el robo del modesto vehículo que puede suponer la salvación económica de una familia. Las imágenes, en cambio, proyectan en la mente del espectador una mezcla de tristeza, de impotencia vergonzante, y de rabia, actitudes inapropiadas para encontrar una salida apropiada al eterno dilema de la supervivencia material. El hombre que redacta tiene resueltos los problemas materiales, pero la desesperanza de su compostura recuerda la del protagonista de la cinta italiana.

27 de julio de 1990

Mi querida Hija:

Las explicaciones que pides resultan improcedentes, aun así las daré. Conocí a mi Compañera en Valladolid durante los cursos de verano. Ella impartía clases de lengua inglesa y yo el habitual curso de literatura norteamericana actual. Vivíamos en la residencia universitaria Reyes Católicos con el resto del profesorado, por ende comíamos y cenábamos juntos. De noche salíamos un grupo a tomar café y una copa, a hacer tiempo

para que el fuego del día se apagase en los dormitorios. Ambos hablábamos de nuestras respectivas vidas con normalidad. Ella sabía de tu Madre y de ti, al igual que yo conocía algunos aspectos de su vida privada, de una relación con un abogado recién terminada que había durado largo tiempo.

Los puntos afectivos de contacto llegaron con pisada de gato, llamados por mis explicaciones referentes a que el último invierno pasé bastante tiempo fuera de casa, porque andaba ansioso de soledad. Mencioné sin duda que el matrimonio empezaba a resultarme gravoso. Ella, por su lado, me confió las razones que la impulsaron a romper una relación supuestamente encaminada al matrimonio.

Mi estado de ánimo por aquellos días era depresivo. Cuando llegué a Valladolid me faltaron las fuerzas para desempeñar tareas elementales, por ejemplo el deshacer la maleta. Achacaba la desgana al calor, al mucho trabajo, a la edad, el final de los treinta. Todo ello junto con la cátedra que tras ganarla perdió mucho de su atractivo, por la rutina de enseñar clases inmensas, el trato con colegas indignos de ser llamados educadores. Total, vivía una existencia descentrada, carente de ilusiones. Mamá evitaba la confrontación, aunque en innumerables ocasiones mis malos humores consiguieron prender la dinamita. Tu Madre permanecía como antes, mientras su Marido ansiaba otear un horizonte vital diferente.

Lo peor, bonita, fue que me había acostumbrado a pensar que la existencia sin ilusiones de un hombre deprimido era la vida. Mi Compañera, cuando le contaba lo que acabo de escribir, apartados en algún rincón de un café, comprendió enseguida. Su Compañero, como Mamá, era persona amable, serena y ajustada. Ella también reconoció, mejor que yo, que el hormiguillo de la depresión se iba apoderando de su vida, y en vez de fiarse del tabaco y del alcohol para mantenerse a flote, como hacía yo, se fue consumiendo, adelgazando, mareándose continuamente por la escasez de fuerzas.

Una tarde de calor nos encontramos por casualidad en la piscina de la universidad. Celebramos la ocasión tumbándonos juntos y la conversación giró en torno a los temas personales. Nos asaltó al unísono la premura de consolarnos acariciándonos el uno al otro. Nuestros ojos leyeron en los fondos respectivos la posibilidad de una existencia nueva. Esa noche caminamos por la ciudad cogidos de la mano.

Al día siguiente nos buscamos al mediodía y comimos en el restaurante de la piscina. Nuestros cuerpos se pusieron rojos sin nosotros darnos cuenta de que el sol castellano abrasa. Saltamos la cena en el comedor universitario y paseamos por media ciudad, tratábamos en vano de esquivar el beso que

llegaría inevitablemente a sellar nuestra amistad y que a su vez despertó el deseo. La pasión necesita pocas palabras, en especial cuando fue generada por un encuentro de la mente y del cuerpo.

Pocos días después fui a Marbella, donde estabais con los Abuelos. Entonces escuchaba todas las conversaciones filtradas por el algodonoso recuerdo de los últimos días vallisoletanos. Empecé a correr por la playa, a leer, recuerdo un libro de Jorge Guillén, Plaza Mayor. No me atrevía con Juan Ramón ni con los poetas que encendían el espíritu, me conformaba con repasar las geografías humanas con don Jorge. Intentaba engranarme en la vida cotidiana, ahuyentando los latidos de la espera, y me daba la madrugada sin poder calmar las ansias de montarme en el coche e ir en busca de la persona con quien me sentía a gusto.

Cuántas veces cuando ella y yo nos encontrábamos en Madrid o en Salamanca o en Valladolid decidimos terminar la relación. Fueron años de dudas, de oleadas de optimismo y de nubarrones pesimistas. Tú y tu Madre erais los testigos pasivos de las tormentas. Nosotros lo intentamos todo, hasta olvidar los sueños, los encuentros dorados, pero era inútil. El no dormir, el permanecer acurrucado en una barca inmóvil no lleva a nada más que a vivir en una oscuridad falsa y vacía, que aún encalabrina más los nervios. Os trataba mal, porque pensaba que debíais sentir conmigo, qué estupidez.

Salí del negror de la depresión y retomé el control de mi vida. Tracé en la mente un futuro y se lo dije a tu Madre, y la tristeza que asomó a sus ojos al escucharme decía que la vida es implacable, y que los hombres vivimos condenados a perecer ahogados en nuestra propia espuma.

El esfuerzo de contarte lo anterior me deja sin fuerzas.

Con el cariño de tu Padre.

3

La ceguera a los sentimientos ajenos impide a los hombres sentirse culpables. No obstante, un día empiezan a experimentar un picor en el cuello, y los entendidos diagnostican la incomodidad como el síndrome de la espada. Eso lo siente el hombre que redacta, esperanzado y temeroso a un tiempo.

13 de noviembre de 1990

Chiquilla del alma:

Pasan los meses y nada, ni señal. Descuento, por supuesto, el tarjetón con la palabra gracias dicha con la boca chica con que ¿agradeciste? el pasado julio el regalo por tus dieciocho primaveras. Permaneces inmutable como una esfinge, aunque apenas descuidas momento para lanzarme una puya, o dicho con propiedad, para ensañarte poniéndome en el picadero de tu rencor.

Lo que insinuaste por teléfono de que si yo creía que eras una puta, en respuesta a mi sugerencia de que aprovecharas el verano para divertirte, salir con chicos de tu edad y esas cosas, se pasa un poco de lo tolerable. Mereces un soplamocos clásico, y espero que tu Madre te lo propine de vez en cuando, según convenga.

Además, transitas por la vía estrecha, o dicho en griego eres una eutrapélica, la suma poseedora de una virtud que modera las diversiones. Te lo digo sin perversión alguna. Tu Madre y yo te explicamos cientos de veces nuestra posición en lo referente al sexo. No confundas mi divorcio de tu Madre y que tenga una compañera «flamante» —menudas expresiones te gastas— con la pérdida de los papeles; ni que me hubiese ido a vivir a una comuna de drogas o a hacerle el amor a los animales. Lo que pretendía decirte es que las chicas de tu edad llevan, sobre todo en las vacaciones veraniegas, un plan de vida una chispa más relajada, y que el pasarte el año entero como paño de lágrimas de tu Madre te hace daño a ti y a ella. Primero, porque tu Madre es una señora de enorme atractivo e inteligencia, o sea que ahorra los consejos filiales referentes a posibles pretendientes en la cuenta de las buenas intenciones. Esa frase tuya también me dejó descolocado, y por teléfono no supe responderte. Tu Madre conoce el mundo requetebién, y el caballero andante con el que deliras, que no hará la cerdada de abandonarla cuando se le presente la pervertida que permita que le hagan toda suerte de guarrerías en la cama, es una imagen estúpida. Abusas de presupuestos falsos y perversos. Mamá y yo, para que te enteres, nunca padecemos problemas kamasútricos. El rollo sigue derroteros distintos. Y ya estoy cabreado.

Lo que te decía, hija terca, es que las chicas modernas, las de tu edad, actúan con mayor independencia de lo que lo hacían en la época en que tus padres fueron novios. Nosotros apenas pasábamos del besuqueo, y luego, tras un tiempo prudencial, habidas lluvias mil y mucho cine oscuro, nos iniciábamos, como cada quisque, en lo denominable la etapa formal del noviazgo de finales de los años sesenta y comienzo de los setenta, en que los toqueteos variaban de recorrido a la par de los compromisos. Lo anterior te sonará a antigualla. Lo mismo nos pasaba con las costumbres de nuestros padres, que perdían años cortejándose, jugando al escondite y al me gustas, y

yo te veo y tú también me gustas. ¿Y cómo me acerco a ti? Mamá y yo por lo menos nos iniciamos con prácticas sexuales normales, si bien logradas al ralentí. Las chicas modernas pasan de remilgos y se encaman en cuanto un chaval las atrae y les dice ¿te pete? ¿Es verdad o no?

Tú no eres de las fáciles y lo aplaudo. Llevas grabadas en el coco las prédicas de tu Madre y mías referentes a la mayoría de edad sexual, que llega al adquirirse el sentido de la responsabilidad. Los sociólogos y demás aconsejadores radiofónicos y televisivos hablan de la sexualidad a modo de agua riente que corre por las laderas de la montaña, indomable, resistente a cualquier canalización. Confunden el cuerpo con una fuente. Claro que el campo admite puertas, y compuertas también. Lo que pretenden decir, y lo dicen fatal, es que la libertad debe primar en la expresión de la sexualidad, que al cuerpo hay que dejarlo libre para satisfacerse. Ocurre que también el body vive en sociedad, y tiene numerosas responsabilidades que cumplir por encima de las del dormitorio, y que éstas complican la conducta dictada por las hormonas. O sea, que te comprendo, hermana, porque fui tu maestro en este tema. Pero una cosa es ser ñoña, nunca dejar que el cuerpo se expanda, cuando estamos de vacaciones en verano, y otra distinta es desmadrarse. He dicho, palabra humana.

Bueno, me pierdo, Hija, porque lo mío es la literatura, y yo estoy escribiendo aquí una columna de consultas a la doctora Elena Ochoa. Abandona esos términos tan radicales de putas y doncellas, pues la vida enseña pronto que las cosas no son del color que parecen. Te ruego que entiendas lo expuesto en su contexto. Dije, y repito, que lo pasaras bien, con lo que quería animarte a que hicieras vida alegre, la propia de una chica de dieciocho primaveras, con tus convicciones, que no son las de Fulanita X, sino las de mi Hija con su nombre y apellidos, y que, de paso, dejes a Mamá encontrar su camino, y que no seas tú la que siempre se halla enredada en sus faldas. Esto, por supuesto, tampoco quiere decir por los bajinis que rehúyas la compañía de tu querida progenitora.

Hija, me parece que te vuelvo a alimentar con papilla, como cuando eras una bebita. Te lo digo todo muy claro, clarísimo. De todas formas, encontrarás grumos, pero intenta por educación no escupírmelos a la cara.

Cuestión adyacente, si los Abuelos viviesen todavía me hubiera divorciado igual. Aclaración para que la anotes en tus anales de la verdad. Déjalos en paz que descansen en la Almudena y no los metas a dirimir guerras en que nunca lucharon. Los trabajos y los días alcanzan a los vivos. A lo de que los echas de menos te digo ídem.

Por último, de la universidad me hablaste por teléfono en forma telegráfica. Escribe unas líneas dedicadas a explicarme las clases, las materias que estudias. Rellena folios, concho. Mis adentros ansían unas miajas de alimento espiritual, de mieles. Arrumba las excusas habituales. Las duras misivas, o misiles, preveraniegos, el calor, las miles de ocupaciones, me previnieron el escribirte. ¿Qué se lo impidió a su Señoría?

Deposité una sustanciosa cantidad en tu cuenta postal. Lo hice esta mañana, o sea, que puedes ir a repostar. No te olvides que tienes que llevar la cartilla y el carnet de identidad.

Escríbeme o llámame. El Osito amante de la miel.

1991

4

El bolígrafo gira mil veces entre los dedos nerviosos que escriben las líneas siguientes. Varias hojas aterrizaron en la papelera ligeramente garabateadas. Comienza una hoja decidido con ganas, pero enseguida se desfonda, porque el que lo sostiene relee lo escrito y tira el papel. Hablar de desgana sería exagerado, aunque, sin duda, le resulta arduo decidirse a entrar en harina o salir del apuro.

14 de enero de 1991

Querida Hija:

Te agradezco la llamada y la nota dando las gracias por el regalo de Reyes. Lo de obsequiar con vil metal fastidia mis mejores deseos, porque desconozco tus necesidades actuales. Cómprate un chunche duradero, que te recuerde a tu Padre. No soy tan malo como me pintas.

Por tu silencio deduzco que prefieres que cancele la visita de paz a Barcelona. Me ilusionaba conocer las habitaciones, cómo es el apartamento donde te alojas, saludar a tus compañeras de piso, y cosas por el estilo. Se me antojó beneficioso para las relaciones paternofiliales zambullirme durante tres días en tu vida cotidiana. Bueno, surgirán oportunidades menos forzadas. Dime cuánto necesitas para los libros y lo mando presto. Vivo una miaja agobiado de dinero, quizás tu Madre pueda echar una mano, porque he tenido que dar un par de millones para pagar un plazo de la hipoteca del piso. Eso encima de unos gastos de comunidad brutales, pues los vecinos, que parecen haber adquirido una nueva prosperidad al unísono, decidieron adornar el portal con mármoles, para hacer la entrada más aparente que no más cómoda. Justo en el momento menos conveniente; tengo que contribuir sin remedio. Gajes de un profesor universitario metido en un piso lleno de eurociudadanos,

íntimos amigos de Giorgio Armani y Hugo Boss, los primos de Adolfo Domínguez.

La debacle ocurrió el jueves último. Bajé al segundo, a casa de un abogado, que ocupa dos manos, a la reunión de vecinos. Acudió al timbre una chacha de las de antes con uniforme negro y cofia. Mi atuendo la llevó a abrirme por la puerta que dice Servicio en una plaquita; cuando dije que venía a la reunión de vecinos dudó un momento si franquearme el paso. Causé sensación cuando entré con los vaqueros y la camisa de trabajo y las zapatillas de orillo en el salón del jurisprudente vecino. Cuarenta ojos revisaron mi pobreza profesoral; la Mujer del juez del Supremo, amigo del Abuelo, que vivía antes con su marido en el piso de abajo de los Abuelos salvó la situación diciendo: ¡hola!, ¿qué tal las clases en la universidad? Sonreí, y los cuarenta ojos, la mitad pintados, volvieron su atención a las cuestiones del portal. Pesqué a algunos escudriñando las queridas zapatillas de orillo con expresión de que a mí no me cogen en unas de éstas ni en un bombardeo. Asistí al descalabro económico siendo el único voto disidente, que el jurisprudente huésped y presidente de la comunidad de vecinos apuntó hospitalario en las actas del libro de comunidad. Ahuequé en cuanto pude, cornudo y apaleado, sin catar un tentador Marqués de Cáceres ofrecido con la mejor sonrisa de la jurisparienta.

Acepté al día siguiente hacer unas traducciones que prometen llenar las arcas con regularidad. Me parten por el eje el libro sobre Anne Tyler, pero primero necesito cumplir las obligaciones, o sea que cuando me indiques el monto de la dolorosa libresca dímelo ajustado al céntimo, sin recargos de meriendas y refrescos necesarios para poder portarlos a casa. Tampoco olvides de preguntar a la ilustre banquera si nos echa una mano o dos, la hucha tiene una boca amplia. En caso negativo, tampoco importa. Sacaremos la plata de debajo de las piedras, literalmente porque la traducción trata de piedras de cocaína y la lucha antidroga. Sí, Hija, tan bajo caí: traductor comercial en los ratos liberados a mis investigaciones. Lo primero es tu educación.

Un beso largo, lo que dura un viaje en tren mixto de aquí a Barcelona, tu Padre.

5

Una mano nerviosa apaga la radio. Los acordes de una armoniosa melodía de concierto barroco, tan inocuos en infinitas ocasiones, le resultan ofensivos al que

redacta. Hay una irritación que sólo un Wagner airado podría servir de acompañamiento para la ocasión.

8 de abril de 1991

Hija de mi alma:

¿Te has vuelto loca? Soltarme la bestialidad de que ojalá descarrilemos mi Mujer y yo en el viaje de novios. El que rehúses acudir a la ceremonia, pase, pero desearnos mal, Hija, duele de veras. Te pasaste.

Descuida, procuraré nunca volver a molestarte. Lo de la vergüenza de que tu Padre se haya casado con una advenediza indica inmadurez y que perdiste la chaveta. Rehúsa creer que tu Madre suscribiera tales palabras. Lo de la llamada es inexacto. Tuve la jeta de telefonear a tu Madre porque quería comunicarle la noticia del matrimonio antes de que un cantamañanas malintencionado le fuera con el chisme, pues aunque parece que repartimos España, yo me he quedado con el sur, y ella con el norte, pienso que mejor es prevenir que lamentar.

Tu Madre no me escupió por teléfono. Preguntó si era necesario que nos casásemos, que le parecía inapropiado, mientras tú te labrabas un porvenir, por lo que te pudiera afectar. Le dije que no veía en qué te tocaba mi decisión, teniendo en cuenta que yo te veo muy de tarde en tarde, ni siquiera cada mes. Lo que sucede es que tu Madre y tú veis el mundo desde la provincia, vivís una España que no existe, donde los clubes de tenis y los clubes marítimos todavía perviven como los centros sociales por excelencia. Lo cierto es que yo no pertenezco a ningún club, ni de fútbol, a no ser el de catedráticos, que tiene la ventaja sobre los sociales que cobras por ser socio, y no al revés. La gente que me conoce, que nos conoce, es por nuestras obras, no por los pergaminos. Los de la mayoría de la clase media que tanto afán te dan provienen de la desamortización, de haber pagado ciertos cánones a un ayuntamiento para que los beneficios que recibían los curas se los abonaran los renteros a unos señoritos sin sotana, necesitados de moneda acuñada. Añadiré de paso que el progenitor de mi Mujer fue magistrado de los tribunales de trabajo, o sea, que no lo ningunees. Sí, era bajito, mientras que en la familia somos todos chicarrones del norte. Pareces, nena, haber crecido en estatura social desde que coincidimos la última vez.

O sea, que tu Madre no me escupió a la cara. Emitió sí una opinión apresurada, y cuando nos despedimos lo hicimos como personas civilizadas, y yo entendí su silencio como que estaba de acuerdo conmigo, aunque pretenda el desacuerdo. Si ella te ha dicho cosa diferente, no te puedo decir, pero me sorprendería.

Procedes con una insensatez increíble; en lugar de enmendar, de tender puentes, levantas absurdos castillos en el aire, que además llenas de un gas venenoso, que le impide a uno respirar. Cuando hable contigo o lea una de tus cartas me pondré máscara antigás. Estás convirtiéndote en una lianta de primera, y eso que aseguras que dedicas la mayor parte del tiempo a estudiar, porque el ingreso en industriales es imposible. Practica menos la asignatura «meter líos», pues ya ganaste la matrícula de honor.

Abur dice, tu Progenitor.

6

Unas rumbas de Los Manolos salen de un aparato de música caro. El ritmo vivaz anima el bolígrafo. El que escribe se encuentra en un estado de euforia evidente; quizás se trata del olor a ropa limpia o el aroma de la colonia Álvarez Gómez con la que se ha friccionado en exceso tras la ducha, ambos le suben por el cuello de un polo cocodrilo y aliados con las rumbas le ponen a cien.

7 de octubre de 1991

Pichona de altos vuelos:

Alegrándome de que el contante llegara presto y sin novedad. Seguro que en el nuevo curso superarás las notas del curso anterior. Vivo incrédulo de tanto éxito matemático. A nadie en la familia le había dado por las ciencias, y menos las duras en que te instruyes. Bueno, entre los antepasados hubo algún banquero como Mamá, pero no los cuento, porque no me parecen verdaderos científicos, sino hombres/mujeres con ojo imantado para atraer la plata del vecino.

La propuesta de ir a Nueva York en noviembre a ver la irrepetible exposición de pintura francesa moderna me parece una idea fenomenal; el problema, mecachis, es que el presupuesto de un menda contempla escasas alegrías.

Sería efectivamente un momento perfecto para poder charlar y hacerlo con un motivo digno del encuentro paternofilial en la cumbre, en la sede de la ONU. Lo siento. Anímate y acerca tu body a Madrid, el Nueva York hispano, donde arreglo unos periplos a museos que te quedas bizca. En lugar de contemplar los Pablo Picasso del MOMA revisitaremos el *Guernica*, y de paso le echamos una ojeada con intención de sorprender su modernidad a la colección del XIX español del Casón del Buen Retiro. Estoy puesto en el tema, porque acabo de leer un folletico dedicado al mecenazgo de Felipe IV.

Cuando leí la descripción de la exposición neoyorquina, empezando con Manet, y pasando por Seurat, el cuerpo me urgió ir a revisar ese *Sábado por la tarde en la isla de La Grande Jatte* o *El domador*, de Henri de Toulouse-Lautrec. Ambos cuadros los vi con el Abuelo hace años en el Art Institute de Chicago. Todavía visualizo las señoras con sombrilla, el contraste de sol y sombra, y, sobre todo y ante todo, esa manera de Seurat de cortar la realidad en puntitos.

Acorto el capítulo de las ilusiones por perder. Pongo sobre el tapete un trato distinto: si vienes a Madrid de turista, como si fueses a Nueva York, te prometo un sinfín de cosas. Comenzando con una residencia de buen pelo, con entrada palacial, mármoles, plantas exóticas y portero de día. La casa propiamente dicha está animada por gente amable, que posee lavadora, televisión en color, teléfono inalámbrico, nevera con coca-cola light. Periódico todos los días, por supuesto, y las revistas semanales o mensuales imprescindibles, *Ajoblanco*, *Insula*, *The New York Review of Books*, *Le Monde Diplomatique*, y alguna que otra cuatrimestral, *Critica*, *Inquiry*, entre otras. ¿Qué más puede peterle a uno? Inclusive si avisas a los posaderos la noche previa se sirven churros para desayunar. El paquete incluye un bonobús gratis, con el que nos transportaremos a lugares misteriosos de la capital. Ofrezco un plus importante, un tour del Madrid de *Fortunata y Jacinta*, con el que ambularemos de la ceca a la meca, y en tres horas quedas superpuesta en el asunto; o en su defecto, el recorrido cortito de *La de Brin gas*, con visita al Palacio de Oriente y sus alrededores. Paseo cultural extensible a Las Vistillas, donde conozco un restaurante italiano en que los gnoqui al gorgonzola son para morirse del gusto. La última vez que llevé a un amigo norteamericano, cuando vinieron a preguntar que qué deseábamos de segundo, el yanqui sorprendió al camarero con un bis castizo, y el tío casi flipa.

Más, más cosillas. Recorreremos librerías de viejo, y adquiriremos librillos buenos a precio de saldo, que los hay en rincones escondidos, que sirvan para mejorar tu patrimonio. A las de nuevo, imposible, por las cuentas

que debo en la mayoría, que creo que tendréis que pagar los herederos de mi biblioteca, devolviendo los mismos volúmenes sólo que leídos.

También conozco un restaurante paquistaní, en uno de los lugares atípicos de la ciudad, un centro comercial de La Moraleja, que menudo. Se visitará.

Por cierto, poseo música de primerísima. Mucho CD de mareo, fliparás con vuelta de media campana. Si quieres desde la mañana a la noche escuchas música en un aparato superguay, comprado de segunda mano a un vicioso, que después de medio año se cansó de la maravilla que tenía para comprar uno «mejor», y me dejó el suyo «viejo» a un precio tirado. El memori3n de la máquina programa veinticuatro horas de música. ¿Qué tal?

Fuegos artificiales y cierre de los festejos: una velada de desmadre ciego. Un estudiante mío, de nacionalidad holandesa, conocedor de la noche madrileña posmovida se ha ofrecido a llevarnos de bacalao. Es muy trabajador, pero creo que dormir no duerme lo suficiente. A mi Mujer la tiene encandilada con la idea de una noche de moverse entre las desbragadas, ésa es su expresión, y creo que no habla sin conocimiento de causa. Cuando me ofrece a ser nuestro guía guiña un ojo y dice que si queremos fumar hierba o lo que sea que él lo consigue, *no problem*. Hasta se voluntarió a conseguir rayitas. Le dije que nosotros pasamos, por la edad, y responde que un día es un día, y que somos personas muy chulas. Cuando el entendido regrese a los Países Bajos a enseñar en una escuela o instituto los niños aprenderán español de novela negra, y se contagiarán del amor a nuestra querida capital, fea pero resultona.

Dime del programa ofrecido, una semana llena de rituales vacacionales sandwicheada con cultura de la buena, y sin salirnos del presupuesto. Lo pasaremos pipa, tanto por los estímulos exteriores como por la rica conversación, sacaré temas de las revistas. Sabes que tu Progenitor hojea infinidad de revistas y estoy al tanto de todo. Mi Mujer parla por los codos, sobre todo en el uno a uno, y hablando de cosas de verdad. Aguanta poco la charleta de cartón piedra, sin embargo cuando se pone a largar en un asunto que merece la pena, la llamas, la llamas, y ni un fuego la interrumpe.

De fijo algo se me escapa, te lo escribo si me acuerdo. Pienso que hay algo en la oferta que te hago que se me va. Por supuesto, el billete forma parte integrante de la oferta, un talguillo en segunda de Barcelona a Madrid y regreso, carece de caché, pero es resultón. Excelente oportunidad para leerle un par de libros gordos en el camino, alguno de esos que dejamos para mejor ocasión por largos. Hela aquí. Lo peor en esos viajes es cuando el libro se te queda corto, y faltan dos horas hasta el destino, dos horas en que pierdes la

paciencia contigo mismo. Además el viaje en tren ofrece alicientes adicionales, la oportunidad de observar un poco a los compatriotas. Los aviones van hasta arriba de gente, pero nunca ves a nadie, porque te llevan enjaulado, y que si el zumito de naranja y unas ojeadas al periódico, llegaste al destino y a desplegarlo de nuevo, porque has quedado hecho un cuatro. En el tren, nada, miras, la señora con el anciano, que comen sándwiches de jamón y queso; el tío que se queja, de que el pan no le gusta, y la señora le dice que si el médico, que el azúcar o la tensión. Y el viejo sigue masticando con menos dientes de los deseados, y cagándose en su suerte, en la vejez, en la tía que le ha preparado el bocadillete, que le lleva martirizando cincuenta años. La vida en dos palabras. Nada, sigo haciendo camino palabrero para ver si recuerdo, y se me sigue escapando.

Niña mía, siento que tu Padre no pueda pagarte viajes a Nueva York, para ir de exposiciones. Lo siento de veras. Te ofrezco una alternativa casera, susceptible de funcionar de perlas. Mi Mujer y yo tenemos la voluntad. Me gustaría tener plata suficiente, y ya empiezo a venderme un poquillo. No soy hábil. Hay compañeros que se pasan la vida haciendo el *do ut des*, el trapicheo, el tú me invitas y yo te invito, pero no sirvo para enjuagues de tal tipo. Organizan cursos de verano pesadísimos, en unos con grandes nombres de escritores sudamericanos para que hablen de Jorge Luis Borges, o similar, donde el compromiso intelectual es cero, la visibilidad máxima, y las tragaderas de la prensa ilimitadas. A mí me ofrecieron hacer de telonero en uno de éstos, y no pude. Tampoco sirvo para ir a los muchos organizados por colegas cátedros, donde los que menos piensan del ramo, ergo capaces de mayor movimiento trapicheril, aburren a la juventud con impunidad, y sin que nadie les susurre, oiga, diga algo que merezca la pena repetir. Me conoces de sobra. Lo mío es disfrutar de las cosas sin compromisos, me gusta decir lo que pienso, actitud poco apreciada, y menos en la feria de vanidades patria. De cualquier forma, un día de éstos sorprendo a tirios y troyanos, y cambio, me afilio a una de esas bandas no armadas.

Ando estos días envuelto en un asunto pistonudo, con tiros y todo. Me pusieron de Salomón. Una catedrática amiga, Iris Rico, que nunca aporta por la universidad, enseña unas pocas lecciones y corre a casa, levantó una polvareda del caray porque le metieron en el despacho a una compañera. Expulsó sin contemplaciones a la tal profesora asociada porque le estorbó colocando unos papeles encima de la mesa; la joven protestó al decano con energía y denuncia a mi amiga por abuso de autoridad. Iris aduce derechos inexistentes en los códigos vigentes, y la muy bajete, parte del problema que

afea su personalidad, hasta quiere hacer valer a estas alturas que perteneció al Partido cuando las daban duras; claro, ella entonces estaba en USA. Que le coloquen a una mocosa sin credenciales y actitud poco respetuosa hacia una gloria académica en su mismo despacho le parece un insulto. Más le valiera a la diminuta colega aducir que es lesbiana, que hoy parece un eximente mayor, pero ella insiste con tozudez estalinista que castigemos a la que le impide hacer llamadas a sus amigotes sin testigos, y la pobre asociada acampando en mi despacho, herida en su decencia. Y por esto me pagan, la Iris con desdén de que no hago lo que debo y la universidad con la indiferencia habitual.

Por cierto, te acuerdas de la hermana Fidela, la que impartía literatura española, ésa, la progre, la vi fumando un Ducados y empuñando un botellín de El Águila en el bar de Filosofía. Me saludó con un desparpajo de aúpa, y me advirtió de una próxima visita al despacho para hablar del caso de la disputa de la cátedra y la asociada, pues ¡ella es la representante estudiantil en el conflicto! ¡Qué te parece! El mundo de hoy da demasiadas vueltas, quizás es la contaminación que nos tiene a todos la cabeza mareada, porque aquí no hay quien se aclare.

Regreso a tu estancia, denominable Visita a la Exposición Permanente de Arte en Nueva Madrid, ex capital de La Movida y Capital del Tomayá. La dedicaremos a enterarnos de una vez por todas de qué es exactamente lo que estudias, y a cirugiarte el cerebro con la finalidad de entender de dónde te han venido esos gustos por las ciencias exactas y prácticas, siendo una niña educada en un colegio de monjas, de las que la mayoría salís para el matrimonio, eso sí, con una culturilla digna. Lo de Mamá y la banca no sirve.

A Madrid, hija. Tú tienes la palabra. ¡Ah, ya sé lo que olvidaba! Nos ha tocado en el Libretón del BBV una sandwichera de lo más quitrín. Compras un pan de sándwich, le pones algo, lo que sea, cierras el invento, y salen unas cosas divinas que parecen de cafetería. El sándwich acompañado con un rico queso, unos embutidos de los que tu señor padre sabe mercadear, y un crianza rioja o ribera, y marchas a la cama dando gracias a la Virgen del Perpetuo Socorro por haberte prolongado la estancia en el purgatorio.

Me voy, adiós, ó, ó, ó, sss... El que Espera no quiere desesperar, Padre (Titulado en Turismo).

1992

7

El concertista disfruta obviamente el pasaje. Las polonesas de Chopin tienen ese atractivo, el que los acordes te llevan por las nubes; la agilidad conseguida por horas y horas de práctica permite al pianista ir rápido, incluso veloz, y cuando la partitura exige ritmo lento apenas sabe frenar, aunque quiere, lo estaba deseando, porque gusta también de tocar el instrumento como si lo estuviera picoteando con los dedos, delectando una canción. La claridad de las notas, tras el arrebatado anterior, da la pauta al que empieza a escribir.

2 de febrero de 1992

Retoño, retoño:

Tus llamadas telefónicas me recuerdan los atentados terroristas. Colocas la carga de explosivos, y cuando te conviene cortas la comunicación, y un servidor, pum. Me quedo boqueando, aturdido, y tardo horas en quitarme el anzuelo enganchado por el cebo de tu voz. Sin fallar te escucho y me alegro, hasta que demasiado tarde para parapetarme oigo la explosión del primer petardo.

Propongo una tregua, que empecemos de otra manera. Lo mejor sería hablar como si fuéramos dos extraños, y encauzar la conversación por terreno llano, hablando de asuntos que no nos incumban. Utilizaremos una cortesía exquisita, a lo anglosajón, que lo personal sea un puro *very rice*. De otro modo, la leche hierve a toda velocidad, y perdemos los papeles.

Muá, muá, tu Padre.

1993

8

*El que escribe redondea las letras con cuidado, como si estuviese imprimiéndolas.
La cara inexpresiva indica un cambio rápido de humor.*

11 de enero de 1993

Querida Hija:

El hiato fue tan inmenso que cualquier señal, hasta las de humo, satisfarán mis penas.

No te notifiqué el nacimiento de mi Hijo, a punto de cumplir un año, porque todo cuanto te escribo, te molesta.

Reitero lo dicho: cuando desees hablar conmigo telefona a cobro revertido. Lo de que si se pone mi Mujer no es una excusa de recibo. *By the way*, las peticiones de dinero para los estudios, viajes, y etcéteras varios, las atiendo con celeridad. Sobran el azúcar y las promesas vacías de intención.

Hay familias que pierden a los suyos en un accidente, por una sobredosis de droga, asesinados por el IRA, y les cae el manto del silencio; se les corta la comunicación con sus seres queridos. Hoy en día, Hija, la humanidad inventa métodos de tortura a destajo, consiguiendo así refinar el modo de llegar directamente al corazón del hombre, para punzarlo con saña, para que duela, como cuando los yonquis están drogatas perdidos y necesitan inyectarse el caballo en vena y lo más próximo posible al corazón. Se busca el efecto instantáneo. La tortura que producen los divorcios, cuando la vida se descoyunta, y los padres dejan de relacionarse, y los hijos toman partido por uno o por otro, como si en la vida unos tuvieran razón y los demás no, como si las cosas fueran tan sencillas. Nunca lo son; lo peor del trauma no es que se salen de quicio los modos de trato, que de un día para el otro se pierde al hijo

que cada domingo te acompañaba al quiosco a comprar el periódico, y que de paso le regalabas unos cromos de la liga, y ya no más. Lo jorobado es que pasan los domingos, y llega y no aguantas, porque delante de ti se extiende una enorme alfombra de silencio, y que por mucho que corres intentando despertar a la gente, que te hagan caso, decir esto no puede seguir así, nadie escucha, porque caminas por una alfombra, y tus pisadas no las escucha nadie, ni tu hijo, ni tu ex, ni las instituciones. Te conviertes en un rehén del silencio, que cuando se rompe te hace concebir esperanzas.

Lo angustioso del mundo moderno es que con comunicación a tope, teléfono junto a la cabecera, cartas, faxes, internet, correo electrónico, el silencio sigue siendo uno de los aliados; de hecho, uno de los principales aliados del terrorismo en todas sus formas, en la de las bandas armadas y en la de las bandas familiares. Líbrame de esto, que conversemos, aunque sea poco y mal, aunque peleemos; quién decidió que las relaciones deben resultar perfectas. Dejémonos de ilusiones, tratémonos a patadas, pero hagámoslo. Hablo con la lengua llena de rencor, y mi antiguo humor se emborracha todas las noches con los restos del naufragio. El silencio me muerde el alma y la siento dolorida de tantos picotazos de bocas cerradas.

Tu Padre que te reconoce en una vieja foto.

9

El rimero de hojas en cuya primera se redacta la siguiente carta está perfectamente cuadrado. Antes de que los primeros jinetes negros cabalgasen por la página, el hombre calculaba el alcance de la apertura. Unas flores a punto de marchitarse colocadas en el medio de la mesa parecen orlar la escena con la menor sensualidad posible, y contribuyen a restar al espacio la escasa vitalidad que le queda. Unas fotos esparcidas por la camilla muestran caras sonrientes, que conforman con las flores un contraste sin posibilidad de unirse en un sinestésico abrazo.

15 de marzo de 1993

Espina y cruz:

Déjate de majaderías. El niño cumple los catorce meses y le cubres de basurillas. Los lazos de sangre existen, aunque me temo que la fisiología y los sentimientos se relacionan en la mente humana y no en la realidad cotidiana. Mis adentros claman por conseguir una reunión de los hermanos en el futuro,

a pesar de los pesares, de las distancias, de la edad, de los conflictos. Ojalá reconozcáis el lazo.

Sí, el sermón prosigue. Hoy un humor especial mueve la pluma; un martinico me ronda las entrañas y pide que las cosas encajen. Te libras por estar lejos, porque incluso un pescozón andaría rondando la cabecita de la muñeca, pidiendo atención, niña, las cosas deben ser como yo digo. El mundo nunca fue amable, ni siquiera para los privilegiados, los poderosos del dinero o de las influencias. Por ende, la familia, los lazos, devienen imprescindibles. Los miembros de la familia con los que se comparte un cuadro genético parecen ideales para llevar a cabo esa compenetración, que la vida familiar, la socialización de los diversos miembros de un clan ha homogeneizado. Vale.

Ahorro mis fuerzas, porque sé que escuchas sin prestar demasiada atención. Te arrepentirás.

1994

10

El hombre pretextó ocupaciones y desatendió ambas invitaciones, la de salir a dar un paseo con la señora y el niño y la del sol primaveral, porque deseaba pasar un rato a solas, frente al papel, con su niña. Un dibujo infantil con una niña a caballo, flanqueada por dos figuras, caído de entre las hojas de un diccionario, le devolvieron a un ayer cuando la redonda carita le pedía un helado de corte, papá, de nata, vainilla y chocolate, mamá, un helado de nata, vainilla y chocolate...

Madrid, 11 de abril de 1994

Niña de plomo:

Aguardo la carta para que en la larga travesía del desierto aparezca un oasis. ¿Qué frena tu pluma? ¿Te ofendería mi última misiva? ¿De cuándo? Ni recuerdo. Vivo sobre ascuas, porque el silencio pertinaz que envías sin franqueo me destruye. Sé que las quejas te aburren, y que sigues acumulando pruebas contra tu Padre, un descastado, que critica cuanto emprendes sin motivo.

Me desespera, nena, que no entiendas que tus prolongadas ausencias del radar familiar perforan el corazón. Lo que es aún peor, Hija de mi alma, llegarás a conseguir que acabe poniéndome una coraza, un chaleco antibalas, y que los afectos, cortados de la fuente de donde brotan, se enfríen. Imaginarás que repito ideas dictadas por la perfidia de mi Mujer, y te equivocas. Tu Madre tiene, mejor dicho tuvo, todo el derecho del mundo a pensar que ella es esto y aquello, porque por la herida del resentimiento supura lo inasimilable por el alma humana. Pero tú no, pues desde el momento en que dejé a Mamá y me casé con mi actual Mujer nunca he dejado de buscarte, aunque te empeñes en negarlo. Repites una y otra vez, como un disco rayado, que cuando recién separado venías a visitarme tu presencia me

estorbaba, que abreviaba los momentos de estar contigo, que se me notaba una cierta ansia de que el día o la tarde pasara cuanto antes, cual trámite engorroso, para volver a la compañía de mi Mujer. Jamás lo sentí así.

Entiende que en el corazón humano caben afectos de diverso matiz. Central se encuentra el que siento por ti, por tu Madre, a quien quise y jamás reprocharé nada, aunque hurgando se encuentran resquemores. Sus acusaciones llevan dentro la tormenta del desengaño, de la sorpresa, de la imprevisión de la naturaleza escondida en sus pliegues. Lo comprendo; me lo dio todo, y yo egoísta lo acepté por años y años, mientras crecía la muñequilla y la cuidábamos embobados.

Recuerdo con precisión aquellos años de tu infancia, yendo a las Teresianas a buscarte a la salida del colegio, los puestos de las castañas asadas, los helados de la calle Goya, tu incansable mirar los escaparates de una juguetería en la calle del Conde Peñalver, siempre cogida de mi mano, preguntando insaciable sobre esto y lo otro. Si iba a buscarte con tu Madre, te chiflaba, era tu palabra, balancearte mientras te cogíamos uno de cada mano. Si íbamos a visitar a los Abuelos a la casa de Narváez, subías la escalera a la carrera, gritando Abuela-a-a-a. Luego mecías tu cabeza en su dulce regazo, y ella te deshacía tus coletillas de muñeca, y las volvía a trenzar. Todos queríamos comerte el cogotito, poblado por unos pelillos dulces. El jolgorio se prolongaba si el Abuelo llegaba temprano a cenar y sacaba vermut rojo que servía en vasos verdes con hielo, y patatas fritas. La Abuela decía invariablemente no me pongáis perdido el suelo con la grasa de las patatas, y nosotros poníamos cuidado, sin dejar de empapizarnos de aperitivos. El Abuelo obsequiaba a la nena mimada sin cesar, con una moneda de duro, con un bolígrafo de anuncio, y a cambio exigía besos, «dame otro beso, nenón». De vuelta a casa era ella, en ocasiones hubo precisión de cargarte, porque estabas agotada. Te ponías un poco pesadita, y los ojos se te cerraban.

Añoro aquellas cascadas de risas alocadas, cuando el pelo cortito enmarcaba anguloso la carita preciosa, redondita. Parecías un verdadero melocotoncito comestible, con peluche y todo. Tengo grabado en el vídeo interior un día de primavera cuando fuimos los tres a Rosales, tu Madre, tú y yo; me acuerdo como si lo hubiese vivido ayer. Habían montado una feria, y subimos a los coches de choque. Te reías medio desencuadrada, y tus ojos azules poseían un especial brillo de contento, de emoción, de alegría. Entonces tu Padre, joven aún, era tu protector, y se sentía capaz de defenderte en toda la extensión de la palabra, física, psicológica y emocionalmente.

Hubiera rescatado a mi princesa de las garras de cualquier dragón, o dicho con propiedad, mi fuerza hubiese impedido que nadie se atreviese a raptarte.

Hoy, para defender al varoncito concebido por mi Mujer hace tres años, tengo que acopiar fuerzas. Este Hijo, vivo retrato tuyo, pues ambos pertenecéis al grupo de personas melocotonáceas, me hace revivir las alegrías, grandes y pequeñas, sentidas en los años de tu niñez. El primer día que acudió a la guardería se comportó de manera similar a como lo hiciste tú; cuando divisó a sus futuros compañeros apiñados en el patio de la escuelita, los apuntaba con una carterita de colegial que los Abuelos le mandaron para su estreno de escolarcillo. Recuerdo los detalles de tu cartera, rosa y negra, también de plástico, y a ti diciendo: Mamá, mira, mira, niños, Papá, niños. Corriste presta hacia ellos, y por primera vez contemplamos a nuestro retaquito como una figura esbelta, puesta sobre puntillas, mirando a los otros chavalines.

Cuando la pena de tu distanciamiento visita la noche de insomnio, que añade con regularidad arcos a las ojeras propias de la edad, intento imaginar un lugar donde podríamos estar tú y yo con mi Hijo; entonces sabría explicarte el parecido, lo importante que es para mí reconocerte a ti en él, porque de esta forma parece como si la vida se articulase con un sentido armónico. Ya sé que no lo tiene; los humanos tenemos una facilidad extrema para caer en posiciones de voluntad y sentimentales inamovibles, por lo razonable. De cualquier manera, divago insomne y nostálgico por ese jardín de las delicias, donde sé explicarme, transmitir mis percepciones. La palabra exacta a veces sale de la madriguera donde vive olvidada, y resulta útil para transmitir un sentimiento, pero con poca frecuencia. En tantas y tantas ocasiones pronunciamos la frase equivocada, como parece ser mi caso contigo. Incluso lo que acabo de redactar te incomodará, y a tu Madre y a mi Mujer, y a mi Hijo cuando sea capaz de entenderlo, pues cada uno gira a su propio ritmo, y la armonía de las vueltas, a diferencia de lo que escribió Fray Luis de León, resulta inalcanzable. La edad, la vida, se encarga pronto de adelgazar el eje sobre el que torna el mundo y andamos, giramos, una pizca desacompasados.

Sépase de ti, Hija; escíbeme. Piensa en un hombre desvelado atravesando el desierto o una pradera oscura con la lengua quemada. Cuando noto en las entrañas tu ausencia parece que me he muerto un poquito. Soporto todo, las manchas marrones que adornan las manos cuarentonas, el pelo gris, la calvicie incipiente; lo único intolerable resulta pensar que una parte del sentir, el huerto del amor que tanto mimé, se agosta, y mi inversión de cariño pierde

valor. No me importan las inversiones, lo que perdura de ellas es su valor sentimental.

Reprochas con regularidad, a pesar de las primaveras que han florecido, de los miles de ardores surgidos desde entonces, que rompiese la Familia, de la que tan orgulloso estaba, y me largase a cohabitar —te encanta el verbo, ¿lo has sacado de la propaganda de los verdes?— con otra mujer, traicionando a Mamá y a ti. Un adolorido pesar te dice que sí; lo que debes conocer, sin embargo, es que no hablaba en falso cuando nos apiñaba y decía: Familia mía. Lo malo es que contra la vida podemos poco, y que la recorreremos equipados con precariedad. El punto débil no es el barro de nuestros cuerpos, sino los sentimientos; cuando vivimos felices los sentimientos se asemejan al río fresco que corre por una vega fértil y amena, pero que si se vuelven contra nosotros los notamos reptar desde una poza oscura, recubiertos de un limo asqueroso, que se pega al alma como las algas que de improviso ciñen los tobillos al nadar en el mar abierto.

Sí, fue el amor lo que se cruzó en el camino. No cierres los ojos, pensando que fui un cabrón y tu Madre una víctima inocente, que se quedó sola en un hogar desierto. Lee de frente los folios. Olvídate de las frases hechas sobre la valentía y demás brisas fantásticas con las que los seres humanos suavizan la comedia diaria. Actúa con la mente abierta, porque lo pide tu Padre. Querido Papá, decías en la última carta que recibí, bien, pues ése al que te diriges es un hombre como tú, que cuando se enamora, y la palabra desnuda, puesta en boca de tu Papá y referida a otra que no es tu Madre, parece sacrílega, como si te echasen alcohol en la herida abierta, la utilizo por desconocer una mejor. Enamorarse, vaya verbo, y todos los días la rueda del amor lo pronuncia aquí y acullá, a los cuatro vientos, e implica siempre lo mismo, desde los nervios más superficiales a las cuerdas que templan los afectos, los deseos. Lo piensas como opuesto a traición, y te gustaría que una antorcha iluminara mi deserción en la plaza pública de la evidencia, y que se supiese que traicioné a tu Madre; no te faltan algos de razón, y algún día trataré de elaborar el tema con calma, para que sepas cómo lo entiendo yo.

Corto el rollo, y anoto lo que me dices en la última de tu Novio, que termina Empresariales, algo muy positivo, y que es un chico de una familia de comerciantes catalanes. Suena fetén, y lo adjetivo con lisonja, para festejar el acontecimiento y la buena nueva al mismo tiempo. Te deseo lo mejor, y que sea el primero de muchos. No te enfades, aunque lo digo de verdad. Eres demasiado seria, no pareces de tu generación. Mira, en eso nos parecemos.

Con todo el amor de tu, Padre.

PS: Te incluyo unas fotos, ¿reconoces a todos?

Un hombre joven lanza a una niña de unos ocho años al aire, y la recoge, desternillada de risa, en sus brazos. Debe de ser su padre, por la confianza que tiene la niña, que parece una muñeca de porcelana, en los brazos fuertes y morenos que la reciben, intuye correctamente que nunca la dejarán caer. Los ojos marrones, café con leche dice la esposa, del padre siguen cada movimiento de la gorducha, auscultando sus ojos azules para comprobar que la felicidad no se cruza con el miedo. El único vértigo que se detecta en esta escena es el de las risas o el de la felicidad paterno-filial.

Sobre las piernas de un hombre mayor, con el pelo negro y las sienes plateadas, cabalga una niña, un abuelo con su nieta. Él tiene la boca ligeramente abierta, y se le nota una funda de oro en los dientes, por la que parecen emitirse palabras como arre borriquito, vamos a Belén, que mañana es fiesta y al otro también. La nenuca parece descoyuntarse por el violento jineteo producido por el subir y bajar de la rodilla del anciano. El azul de sus ojos, el brillo del esmalte de sus dientecillos, los mofletes rosas subiendo de color hacia el rojo dicen atrevidos: Abuelito, más.

Una mujer joven, alta, morena, con una niñita como de tres años, que camina a su lado. Es verano, y el lugar parece el Retiro de Madrid. La niña luce un trajecito color rosa de nido de abeja. La mamá gasta una minifalda radical, que deja ver unas piernas largas, perfectas, sin un gramo de grasa. Esas piernas son el punto donde enfoca cualquiera que mire el retrato.

El hombre lleva puesto un uniforme militar de faena, y, sin embargo, parece estar medio desnudo. Los pelos del pecho, los brazos que asoman por la camisa remangada, los pies descalzos, la cabeza rapada, y el paquete de la bragueta son los puntos anatómicos donde se citan los ojos del que contempla la imagen del milite varón. El machote, que alguna vez se escuchó a su madre decir mientras le golpeaba en el pecho de piedra y músculo, un recluta que ahorma el uniforme y no al revés como ocurre en tantas ocasiones.

11

Un día glorioso en que el sol luce con galas veraniegas. El hombre baja un poco la persiana, y se sienta, desganado, como si fuera a cumplir una tarea pospuesta. Siente sed; el ir a la cocina, abrir la nevera, sacar la botella con agua y servirse un vaso, requiere demasiado esfuerzo físico. Redacta, pues, sediento.

5 de mayo de 1994

Adorada pitusiña:

Acabo de regresar de un viaje relámpago a Salamanca, la refulgente y entrañable ciudad de piedra dorada, que vivía un glorioso anticipo estival. Aunque apenas visito la ciudad donde pasé cinco años felices haciendo la carrera, sólo voy cuando me invitan a los cursos de verano, a formar parte de tribunales de tesis doctoral, o a asuntos profesionales, su perfil permanece grabado con plenitud en mi fantasía espacial.

Esta vez se celebraba una reunión de un grupo de trabajo sobre Juan Ramón Jiménez en el que colaboro, pura gozada, pues me saca del habitual terreno de los estudios norteamericanos. En fin, la bella capital de la universidad española nunca está lejos de mi pensamiento, y cuando topo con alguien que comparte su geografía espiritual conmigo, no dejo de echarle un recuerdo, o mejor dicho, de dedicarle una loa. El antañón olor a paja reseca de ciudad castellana, aunque hace tiempo desterrado por los tubos de escape, me llega en la imaginación, y recuerdo el cielo azul enmarcado por la plaza mayor, visto desde una terraza a la sombra, degustando una caña al mediodía o un café con leche después de comer. Cada pájaro que veo en otras zonas de Castilla me recuerda invariablemente a los vencejos salmantinos girando alocados, bulliciosos, mezclando en su vuelo la velocidad y el propósito de volar en una determinada dirección y el capricho de variar de rumbo sin previo aviso. La noche de verano charra tiene duende, como decía mi Catedrático de Arte en primero de comunes, se viva donde se viva, sea paseando al abrigo de la oscuridad propicia para el beso furtivo en los aledaños de la Catedral vieja, sea el momento de la vigorosa penetración rápida de la novia apoyado en cualquier pared cercana a la Peña Celestina. Incluso esa culminación del ineludible deseo juvenil, realizado al amparo del duende parece agacelar los movimientos de la pareja, que en cualquier otra ocasión resultarían en exceso instintivos. De noche, cuando la ciudad y sus callejas cobijan los secretos de amor, o las confidencias (o perfidias) de un amigo (de un enemigo), viene el momento de que las gentes regresen a primera madrugada a la plaza, y antes de que se levanten las mesas, sentarse, y con un segundo café y un primer chupito, servido por un camarero que piensa más en mañana que sus clientes, mirar a las mujeres, sobre todo a esas extranjeras que apenas cubren sus fuertes cuerpos del norte con una chaquetilla —las mediterráneas suelen estar esperando la aurora en los antros donde vemos morir la noche—, algunas ni siquiera, y recorrer sus piernas desde el tobillo, siguiendo por la pierna musculada a donde la mujer cobra su nombre, para emprender vuelo hacia los ojos, quizás sólo imaginados, desde los hombros. La alegría suele dominar en los grupos de hombres y mujeres,

con algún niño buscando chapas entre las mesas, sienten que viven un momento único, cuando la temperatura del cuerpo se equilibra con la del ambiente, preparándose para una penúltima copa, antes de regresar a casa, a la habitación, que a pesar de las precauciones de dejarla abierta aún conserva la temperatura del mediodía. Si compartimos cama, y el amor se impone, la agobiante canícula se convierte en un aliado de los mosquitos, que no cejarán de asañarnos cuando intentemos recorrer las regiones consignadas en el mapa del ardor humano, y quizás por azares de un demiurgo, cuando el calor aprieta, se condensa en una habitación, parece que fuerza a inventar, a llegar a los allás. Es como si cabalgásemos sin brida, sueltos, embriagados.

Relato las cosas con absoluta sinceridad, pero tiemblo de que pienses que hago literatura, que me imagines un fresco, un tío al que le encandilan las tías. Claro que las tías me gustan mogollón, pero eso no tiene nada que ver con nada. A mí me gustan como, por ejemplo, a mi Amigo Profesor, casi me dan ganas de decir que me gustan de otra manera, pero sería una muestra de mi cinismo. Lo que sucede es que él es mucho más abierto que yo, y no tiene ningún problema en confesar francamente sus predilecciones. Él suele ser más explícito, le gusta meter gol sobre todo; yo parece que me conformo con la parte estética, aunque no es así, porque si esa muchacha de melena negra con un traje escotado enseñara un poquito más sus pechos, yo tan contento, y mi Amigo Profesor también. Yo, no te preocupes, que todavía no estoy para encerrar, me conformo con ver, y mi Amigo Profesor ídem, aunque si hubiera oportunidad de meter un golcito, sin complicaciones, lo haríamos. Ocasiones así no se presentan a diario; y sabemos que no hay acto que no traiga sus consecuencias, y hay algunas que es mejor ahorrárselas.

De Salamanca atesoro infinidad de recuerdos, mi Primera Novia de verdad, una joven majísima, pequeña rubita, monísima, un encanto de persona, a la que nunca volví a ver, aunque nunca dejo de desearle lo mejor, lo mismo que a tu Madre. Salimos juntos muchos años, incluso llegué a entrar en la casa de sus padres, y a comer allí en numerosas ocasiones. Era gente extraordinaria. El conocerlos, y eso ellos nunca lo sabrán, me sirvió para confirmar de cerca lo que era una familia como la que los Abuelos habían organizado en Narváez. Los Hijos, eran dos chicos y dos chicas, respetaban mucho a los padres, propietarios de una estupenda tienda de tejidos. Todo se vino abajo, el amor, digo el cariño que mi Novia y yo nos habíamos forjado a lo largo de tres cursos, por una tontería, por lo de costumbre dirás tú, por mi inmadurez, porque empecé a libar mieles de distintas flores. Tenía yo por

entonces veinte, veintiuno, era un muchacho bastante agraciado, una miaja tímido, hasta que me soltaba.

Aprendí por aquellas calendas que cuando dejaba el pico suelto que las niñas se sonreían, y que les gustaba, y que si les contaba mi vida de verdad, las pillerías cometidas en los veranos en la Costa del Sol, cuando en los bailongos practicaba el latín pardo con éxito, pues que las encandilaba, y que cuando en una discoteca las achuchaba un poco que se dejaban, y que si les contaba, o inventaba historias parecidas que se animaban, y que las podía besar, y acababa poniéndolas cachondas, y que las tocaba las partes, y que las enseñaba a que ellas prestaran el mismo servicio. Todas estas maniobras eran necesarias en mi juventud. Si las decías de hacer el amor, y entrabas en la mecánica del asunto, mira yo te la arrimo y consejos prácticos de técnica amorosa, por lo general, con excepciones notables, se volvían histéricas, porque los curas y las mamás, como la de mi Novia, las tenían piradas con lo de la virginidad. Les podías hacer un examen digital de la vagina, ahora meter lo que corresponde naturalmente ni hablar. Ya ves, quién diría.

No te olvides que te cuento todo esto para que sepas cómo soy, fui, lo que tú me pides, luego no te cabrees, ni me llames cerdo. Y te recuerdo, después de mis años de disipación, esencialmente los dos que siguieron a cuando nos dejamos mi Novia y yo, perfeccioné mi técnica, cada vez llegaba mejor al trapo, y comencé la caza mayor, digo tanto en edad como a ligarme a tías de mayor nivel, con complejo de niña guapa y eso, de niña bien, de niña con dinero. Éstas me gustaban sobremanera, porque pedían casi el número de cuenta de banco, y no querían dejarte ni oler el perfume hasta comprender de qué iba, dónde tenían el chalet tus padres, por qué tu coche no era descapotable. A éstas cuando las tenía a punto de caramelo las daba duro, hasta que la boca les sabía a barro, y no sabían qué saliva pertenecía ni qué ni a quién. Nunca me dieron pena, al contrario, pensaba que estas tías, las pobres, tenían que pagarme un tanto, por ponerlas en su sitio. Algunas llegaron a fumarse un porrito sin bragas en la cama de la pensión de un amigo hospitalario, que cambiaba las sábanas una vez por año, al regresar del verano. Entonces esa nena pasaba a la historia personal, y la mandaba a seguir enviándose con otro. Todo suena cutre y malvado, y de eso nada. Era la cacareada represión que te obligaba a entender una cosa tan importante como el sexo a retorcidas.

Desde el día en que conocí a tu Madre, nada. Doce años de fidelidad absoluta. Ni trucos ni leyes. Coincidió, es verdad, con los años en que me forjaba el futuro en la universidad. Era que la familia, las obligaciones, el

gusto del regusto de vivir tranquilo, de poder decir la verdad a los cuatro vientos, de no pretender, de ir haciendo que la piel y tus deseos encajen, sean de la misma talla, se fue produciendo de una manera normal. Por otro lado fueron años duros, en que bastantes de tus deseos desaparecían, volaban del nido, para nunca volver, a no ser que se presentasen en sueños. Poco a poco, me fui olvidando de la moto, que tanto había amado, de ir disfrazado, digo con botas altas, vaqueros negros de pana, camisas rojas y chalecos negros con botones de plata. Así solía vestirme de estudiante, cuando galopaba en mi moto. Esa imagen, mi imagen varonil, era mía, no una que había encontrado en una revista, sino que me la había hecho a mi medida. Y la potente BMW, con su insignia azul y blanco, y con un poder de arrastre que te hacía sentir con alas. Cuando me montaba en ella y arrancaba, experimentaba una fuerza increíble, y eso unido a la juventud, Hija, vaya combinación. Por eso, cuando llegaba a algún lado en la máquina, vestido con el disfraz y daba los primeros pasos, un poco tieso, me sentía como que pertenecía a otra especie, a una en que los habitantes tenían una fuerza especial. No era Superman; sucedía que la fuerza de la Guerra de las Galaxias atravesaba mis entrañas.

No estoy loco, hija, tú asimismo tendrás recuerdos parecidos, aunque tus Amigas y el Novio demasiado serios, según me dijiste tú misma en la última llamada, para pedirme dinero para el vestido de la boda de la Hermana de tu Novio, que por cierto envié a tu cartilla postal. Ah, incluí también lo que me pediste para el regalo de boda. Qué decía, sí, que tu Novio y las Amigas del Cole sois un poco pasados de formales, de lo que fui yo de mozo y de lo que lo son las jóvenes finiseculares. Pienso que tendréis parecidos deseos de marcha, juerga le decíamos por aquellas calendas, y demás que un servidor, pero que lo expresáis de manera distinta. Admiro a los aficionados a esquiar y al tenis, aunque personalmente prefiero el deporte de irme de copas con los amigos. Sé que es una burrada lo que digo, mas así lo siento.

Tu Madre y yo hicimos ejercicio higiénico sin cesar, a saber, pasear y nadar, en parte porque nos gustaba la charla. Si estás jugando al tenis o esquiendo el parloteo se pone difícil, y menos el sostener una conversación, mientras que si vas a pata, lo natural es darle a la sin hueso, comentar las incidencias de la vida o del panorama. Por eso nos gustaron las capitales europeas sobre las norteamericanas, vuestras preferidas. En Praga, en Budapest, en Amsterdam, en Londres, cabe el pasear y vivir en una ciudad con corazón, que late, que las personas llevan una rutina cotidiana que les satisface, que engarza las necesidades diarias, el comprar pan y leche, pongamos por caso, con los momentos en que uno va o regresa del trabajo.

Además, nosotros, como sabes, fuimos antioqueño por principio. Los que tuvimos nos duraron diez años, como el milquinientos, y lo vendimos sólo porque estábamos aburridos de las bromas de los conocidos. ¿Pagas impuestos o estás exento por poseer un vehículo que forma parte del patrimonio nacional?

Llegará el día en que charlaremos relajados de tus experiencias a corazón abierto. Cuando ibas a la escuela te enfadabas si tu madre y yo nos distraíamos durante el reporte diario de tus actividades en el colegio. Hoy hice sumas y escritura; mi Amiga Fulanita me dijo que la Amiga Futanita tiene pelos en el trasero, que se los había visto el domingo, porque las bañaron juntas en casa de unos amigos de los padres de ambas. Que si la Señorita Cursi dijo a la Compañera Traviesa que la iba a mandar a ver a la Madre directora, y la nena tan fresca, porque su tío carnal, el hermano de su madre es el que provee al colegio de medicinas, que se pagan con menos regularidad de la que se supone en un Colegio de pago.

Un día tú también te callaste, o mejor dicho, hablabas mucho con Mamá. Es como si yo hablase otro idioma; de hecho, comenzaste a pedirme que te repitiese cuantas preguntas hacía, porque jamás me atendías. Hablabas con Madre en exclusiva, dale que te pego; y yo al margen, desde donde rizaba mi aburrimiento con cabellos que se podía llevar el diablo.

Me voy, y te dejo con estos fragmentos míos, que quizás te ayuden a hacerte una idea de mi personilla, de mi carácter, de cómo soy, de que no soy un monstruo ni un perverso. Tu Padre.

XII

*La mano de la mujer que se posa sobre el hombro él la agradece sin palabras,
volviendo la cara al papel, sogá del ahorcado, que le espera.*

6 de junio de 1994

Querida Hija:

Entristecido me dejó la conversación telefónica, el que permitieses leer mis cartas a tu Novio (¡), y que el niño se las enseñara a tu futuro Suegro (¡), a quien conozco por referencias de prensa, y me parece, la expresión resulta

dura, si bien le cuadra a la perfección, un bendito meapilas de los que caminan por la vida con una media sonrisa de bondad a lo Judas. Esos aires de condescendencia, de misionero, asustan a cualquier persona honesta. Cuida de los tipos con personalidades acarameladas, pues ocultan sin excepción una mentalidad rígida, de Torquemada. Conservador de pacotilla; los hay dignos de respeto, don Prepotencias no.

Lo de que efectúo un tipo de abuso sexual de mi hija por carta (¡¡¡) ya es poner las cosas donde no deben estar. El muy g-i-l-i-p-o-ll-a-s, dile, de parte de tu Padre, que nunca he importado nada para sacarle las entrañas a los clientes, cobrándoles el mil por uno, y que si me lo echo a la cara le soltaré cuatro frescas y cien verdades.

Todavía admiro la doblez de tu personalidad, y de lo traicionera y falsa que eres. Tienes un doble fondo, donde guardas un profundo resentimiento mezclado con culebras. El contacto con tu persona resulta corrosivo; en el camino que conduce a tu corazón, que insisto en encontrar, crecen zarzas con pincho. Ando perdido, y no es que no encuentre un pañuelo donde desahogar mis lágrimas, sino, mucho peor, la búsqueda de tu cariño se ha convertido para mí en una suerte de amenaza, es mi rayo que no cesa. Me la figuro como un carnívoro cuchillo que sostiene un vuelo homicida, y las palabras me las presta Miguel Hernández, alrededor de mi vida. Lo de alrededor es la clave de la frase, pues tus inesperadas presencias son dogal de ahorcado o intentos de colgarme un escapulario de tu histérica religión, o la de tu futuro suegrito. Lo último que se puede hacer a un hombre, incluso al reo condenado a muerte, es negarle la esperanza, aunque sólo sea la posibilidad de beber agua fría al final del camino.

Te mando las cinco mil que pides para el regalo que le tienes que hacer a la Suegra, que seguro compartirá las opiniones de tu Suegro, o la justicia divina la usa de potro de tortura para ese tío facha.

Con cariño sacado de las reservas del amor paterno, tu Padre.

PS: Cuando sientas el prurito de compartir cartas con tu Suegro, le regalas un tomo de las Cartas Privadas de Nicolás Maquiavelo. Existe una edición espléndida del llorado maestro Luis Arocena.

13

El nene acaba de salir de la mano de la madre, y aunque se borra la sonrisa de la cara del que se apresta a escribir, los pliegues de la boca permanecen levemente

fruncidos.

18 de junio de 1994

Hija Miau:

Aún sigo picado con lo de las cartas hechas públicas por una farisea. Aguardo paciente una misiva embozada de tu familia política, porque les creo capaces de cualquier cosa.

Menudo zarpazo. Apenas concilié el sueño. Cabe hablar de una metamorfosis de personalidad. Nunca pensé recibir un arañazo tuyo. Ayer lo pensé zarpazo de león, hoy me parece de felino doméstico.

Nuestras desinteligencias hay que mantenerlas a resguardo de terceros, y menos de unos que dentro de poco ni figurarán en tu / nuestra vida. Las desuniones de hoy no durarán eternamente, y entonces llorarás en la tumba de tu vida privada.

La vida normal atraviesa muchas fronteras. Si las primeras exigen ya revisión de equipaje, mala suerte. Sanseacabó. Desaprende el vocabulario de sacristía preconiliar, nada de pasos honrosos y monsergas. El hecho de que la familia de tu Novio te acoja, te invite a comer los domingos, acudas a su torre, puedas usar sus utilitarios como propios, no te obliga a una servidumbre, a acomodar tu vida, de normalizarla, incluidas las relaciones con tu Padre, a la de ellos. Y eso no es así ni entre los estados ni entre las personas. La calidad humana de los tales se demuestra en el movimiento. Te han pedido algo, o la ingenuidad juvenil lo ha ofrecido, que pertenece a los pasillos del alma, donde acumulamos los materiales anímicos en tránsito. Está por decidir dónde los colocaremos, en qué habitación.

Ítem más: La vida, insisto, es larga, a no ser que la enfermedad la siegue, pues la muerte asiste a todos los sueños humanos dispuesta a hacer la odiada señal al barquero. Lo que en tus años juveniles te parece un ciclo concluido es apenas el principio de la vuelta de la tuerca. Un día probarás licores amargos de veras, cuando tengas que desempeñar un papel que te repele, y lo peor, sentirás que la despreciable conducta de fementido parece necesaria. Horror, Hija, por mucho que uno haga y se empeñe, la vida nos entrega en incontables ocasiones certificados de conducta menos enmarcables de lo que esperábamos.

Ocasiones de tropezar surgen a diario. Recuerdas que te conté el caso de la cátedro enana, comunista de salón y estalinista de pasillo, que intentó avasallar a una asociada. La comisión compuesta de cinco miembros, la Fidela y moi votamos a favor de la joven con razón, los demás aceptaron el capricho de la impresentable. Mientras le daba la mano a la joven y abría la boca para decirle lo siento, quedé paralizado, las excusas se divertían adhiriéndose al paladar reseco. Ella intuyó las razones de mi ahogo, que gracias a la irrupción de la Fidela aleonada duró unos segundos. Reaccioné con valor y le dije, recurra el veredicto, y le dicté unas páginas donde explicaba las inmundas ligazones de los tres judas del comité con la enana. Al fin, la cátedro y una ayudanta que difundía versiones apócrifas llenas de calumnias salieron escaldadas. Hubo justicia y la mísera fue puesta en su lugar. Todo ocurrió en un momento; si la Fidela deja de venir al despacho entonces, mis palabras seguirían infectando mi paladar con las que ahorré en ocasiones parecidas.

Lo que hiciste con las cartas resulta indigno, aunque supongo lo que te movió a actuar como hiciste. El confiar los afectos propios a personas distintas a los miembros de tu familia ennoblece el carácter, pues significa que sabes compartir con otro ser humano. Nobleza de la fina, y quienes la conocemos la apreciamos. Los amigos, sin embargo, nunca exigen nada que nos rebaje. Al contrario, ellos desempeñarán la labor innoble, para que tú no tengas que enlodarte.

Si la familia de tu Novio te exige entrega por protección, eso se llama hacer chantaje. Acaso vives rehén sin notar que los lazos hechos de sonrisas mil son cadenas. Me resisto a pensar que te ofrecen verdadera amistad, por lo que te dijeron. Temo sin poder prevenir. Mi varonil ímpetu, al ver los desfortunios de la situación me dice rompe, rescata, aunque como no soy el rey de mi princesa, mi defensa sonaría a algarada de un imprudente.

Ojalá cuando recibas carta mía sientas la ausencia de tu Valedor.

14

Los trazos con los que redacta la mano son rápidos, quiere llegar cuanto antes a desdoblar un periódico que le espera en el centro de la mesa camilla. El azul del cielo que todavía no quema parece propiciar ese ambiente de todo business.

20 de junio de 1994

Hija de Hija:

Mando express el Certificado de Nacimiento que pediste para el pasaporte. No entiendo; si llevas el pasaporte caducado nada de esto resulta necesario. Incluyo cinco mil; deberán bastar para las fotos y lo que cobren por la solicitud del documento. Cariños de tu Padre.

15

Casi con la espuma de la cerveza en los labios, el hombre se sienta sin prisas. La inspiración acude solícita, porque viene de leer un precioso libro de poemas, y la vida aunque depare momentos horribles, si la contemplamos escrita parece bastante mejor. Está, pues, bajo el efecto de un subidón estético, digo, al mero comenzar.

29 de junio de 1994

Carilla adornada con luceros:

La telefonada me gustó un porrón, porque escuché el pío pío filial. Sonrisa Profidén, larga y sostenida. Sabes de sobra que cuanto esté en mi poder lo haré; si deseas veranear con tus Tíos y Primos en Platja de Pals nada objeto.

Las razones de la cercanía del noviete (y de sus padres) y de que pasarás un verdadero —capté el subrayado, *thank you*— verano en familia son harina de otro costado. Tu señora Madre al aconsejar semejante modalidad de veraneo se equivoca, y además recurre a la insidia. Vacilo en a quién creer; cuando hablo con ella preciso de numerosos recipientes para recoger el sirope, cuando me repites lo acordado con ella, la miel deviene hiel. Nada concuerda, parece que jugamos al juego equivocado, si canto las cuarenta en bastos respondes que llevas treinta y una. ¿Jugamos al tute o al mus? Alguien hace trampas.

Desearía llegar al fondo del vaso para limpiar los posos amargos. Repartamos los papeles en el drama de «las damas acosadas y abandonadas

por un hombre perverso». De protagonista actúa un malvado. ¿Será el tunante de Papá? ¿Quién si no? Mamá, descartada, funge de santa familiar. Yo mismo sostengo a capa y espada, como socio numerario de los tenorios, que su carácter es bondadoso, sin llegar a ponerla en un altar; todos coincidimos en usar el discurso laudatorio, pobre Madre, arrambló con lo peor, el educar a la niña, mientras él (su seguro servidor) marchó por ahí. Mi Hija, descartada de entrada, aunque sea una diablesa. Tú me azuzas, haces de banderillero, y llevas años adiestrándote, con lo que en la siguiente corrida te sale mejor la faena. Es como los políticos, que al cabo de tres o cuatro entrevistas y un par de lecciones de expertos de la comunicación (¿mamá?, ¿el noviete?) se olvidan de decir la verdad y aprenden a vivir en un limbo de algodonosa consistencia. Lo mismo pasa aquí. Mamá desempeña el papel de mártir, aunque tenga un Compañero, con el cual circunvaló la tierra más deprisa que la tierra giró sobre sí misma. Los conozco que lo pasan peor. Tú eres el juez implacable de cada uno de mis actos. Queda, convengamos señores del jurado, un único sospechoso, al que se le otorga el papel de protagonista: el perverso caballero.

Lo malo y el fallo del drama familiar es que los mismos actores lleváis desempeñando el papel por años y años, y la edad comienza a superar a los personajes, y llega el momento en que no lo podréis representar, con un mínimo de credibilidad. Resultáis anacrónicas. Imagínate un don Juan Tenorio de Zorrilla anciano, no pega. Parecido sucede contigo y Mamita. La víctima y la juez instructora del caso prevarican. Habéis abusado de los poderes, de la autoridad que os concedí al divorciarme, porque pensé que era oportuno, necesario, y hasta en cierta medida, justo.

La doble moral de vuestra conducta, ella es la buena y tú la mala, parece la constante de una conducta perezosa. Demuestra que los sentimientos permanecen invariables; apenas consideráis mis sentimientos. Lo cual, dicho en puridad, me cabrea y me joroba. Después de cuanto os entregué que ni siquiera tengáis lo necesario para repensar, de volver a plantearos mi posición ante vosotras, duele. Os habéis enquistado en la inercia de lo cómodo, y ese inmovilismo perezoso resulta de vergüenza. Y no dejes de mandarle una fotocopia a Mamá, seguro que te la hará gratis tu Novio en la fotocopidora del Suegro.

Me enrabieta pensar que todo el dinamismo de la relación parte de un lado. Yo he tratado de adaptarme, hasta quedarme sin patrimonio. Cuánto dinero, el poco que tenía, marchó camino de Santander, para que nada fuera tan distinto, mientras yo rodé de aquí para allá, con las maletas a cuestas. ¿Os

han afectado mis escaseces? Ni un minuto. Qué cómodo, vosotras a caminar por la vida en machito, envueltas en la capa de la verdad, que yo como un imbécil os cedí.

Colorín colorado, terminó el cuento. Rompí la red y por el agujero asoma mi cuello, que no pide dogal, ni se somete al perdón, ni pide absolución. Es el cuello de un hombre enfurecido, que ruge, y pide respeto, y os dice que mi pan y mi cuchillo, mi casa, valen tanto como los vuestros.

Niña de las niñas mías, eres incapaz de buscar mi mirada, no pupila abajo, intentando penetrar cuenca arriba hacia la supuesta ruindad del ser, sino hacia fuera, dejándote llevar por la palabra sincera, descubriendo las caricias de la superficie, de contemplar la tarde de esperanza, llena de nada especiales, de briznas que mueven una brisa, de la luz que se choca contra las ventanas. Nada, ya te digo. Allí en ese mundo cotidiano reside la verdad y la vida; quienes la buscan en las grandes verdades, en los dichos nacidos con estola cardenalicia o papal o en la experiencia de las estaciones, se equivocan. Te pido compartir el día a día, lo corriente, y sin asumir premisas fuertes, vertebradas por lo razonable, que pienses con el hueso, con la entraña, que te dejes penetrar por el ala del pájaro que pía al volar junto al cristal de la ventana. Sal de ti, de esa piel de cordero. Ven desnuda, asume un papel de compañera, de hija, de muchacha que camina de la mano con un padre que tiene la misma temperatura, un parecido tono de piel. Ahí estoy, con la mano extendida. Lo que sueles hacer es recargar tus espaldas de cadenas, las que necesitas para aprisionar esta conducta o la otra. Te hunde el peso de los hierros, y ni te das cuenta; déjate de grilletes, que otra sea el policía.

Si tu Madre es la que te dice que lleves cadenas, y que cuando suene mi voz, a la presencia en el aire de un mero sonido, que me las eches encima, no le hagas caso. Todos los que piden venganza, sea para imponer un castigo, saldar una deuda, o simplemente endemoniar a su semejante, quieren que alguien les lave la mancha amarilla del corazón. Lo piden con aliento de condenado, al que nadie escucha. Ayúdale a ella, a tu madre, si es que es el caso, a superar, a apagar las llamas de un odio antiguo.

Si eres tú la que emponzoña las aguas. No lo pienses más y como cuando el mar frío del norte nos aguarda, lánzate a sus olas, y verás cómo la sal, el yodo, las algas, frotan el cuerpo. Sentirás como si alguien estuviera sacándote la piel a tiras con una esponja de alambres, pero cuando la piel sangre serás una persona distinta. Entonces, sentada en la arena cuenta todos los granos que quepan en tus ojos, y su infinitud quebrará la anterior rigidez. Comienza de nuevo, pensando que hay conductas posibles, que permiten recobrar la

palpitación amorosa que mi mano adulta transmitía a tu manita de niña, en tantas y tantas ocasiones y lugares, en casa, en la de los Abuelos, cuando te bañaban, cuando te enseñé a montar en bicicleta, a montar a caballo. Cuando guiaba tu lápiz por los apuntes de historia de España, y con paciencia paternal recitábamos la lista de los reyes godos. Y tú te levantabas, y el que acabó por aprender de memoria la lista de reyes godos era yo. Papi, decías suave, abramos una bolsa de patatas fritas, y por dejarme llevar de la mano, y porque te dieras el gustín de comer a dos manos las onduladas que tanto te gustaban, iba a la cocina. Lo que late en esos momentos debe servirte para encender el piloto de la apagada relación.

Me cansé. He dicho. Yo.

15 (Continuación)

Una antología de versos se cierra, apenas leemos el nombre del editor en la portada, porque enseguida le cae encima un cenicero. Al que comienza a redactar con el ceño fruncido, la cara oscura, le vienen a los labios unos versos que acaba de encontrar en un poema: «eterno partidario de los ciento volando». Los labios repiten el verso, y sonríen.

Continuación de la anterior:

Sobrepasas un pelín lo aceptable en el panegírico dedicado a tus Tíos y Primos. Recuerda esto: cuando ellos te fallen, aquí seguirá la fiel infantería. Los idealizas; son radicalmente distintos a como los imaginas. Cando el pico. Bueno, sólo una anécdota o parábola para que la conserves en tu parabolario. Recuerdo un viaje, tenías entonces unos siete u ocho años, regresábamos de Marbella, en dos automóviles; tu Madre, el Abuelo, tú y tu Primo veníais conmigo. La Abuela viajaba con los Tíos y las Primas. Al Abuelo y al Primo les gustaba ir conmigo porque conducía deprisa, a alta velocidad. El Abuelo decía poco de si iba rápido o lento, pero yo sabía que cuando la aguja sobrepasaba los ciento cuarenta los jugos vitales de Papá fluían excitados, y decía: pasa a ese cabrón. El Primo, también, adoraba mi manera chula de conducir, arriesgando poco, lo justo, sólo en momentos necesarios; por ejemplo, cuando con la quinta metida lograba alcanzar los ciento cincuenta y podía adelantar al coche cuya rueda llevaba chupando cinco o diez minutos por falta de mayor potencia del motor. Entonces, en el instante preciso, lanzado el coche y estando cercano a una curva, cuando el otro conductor no se atrevía a tomarla tan veloz como el menda, me le echaba encima y lo

rebasaba. ¡Qué fuerte! El efectillo del subidón, del testorenaz, duraba un rato, y acto seguido se presentaba el siguiente desafío, un Mercedes conducido por una pareja de carrozas, de los que aceleran para que no les pases, y a esos les dejábamos atrás gracias a un par de volantazos, y si tocaban el claxon, pela que te crió y carretera. El Abuelo, cuando llevábamos vividas una serie de emociones fuertes, relajado ya, con el efecto Terminator puesto, ofrecía una cervecita en el primer sitio que se viera con pinta de que la tendrían fría. Lo pasábamos fenomenal en los viajes, incluso cuando el Abuelo se ensimismaba, probablemente pensando en sus viajes próximos, el artículo que tenía que escribir, momento que tu Primo y yo aprovechábamos para ventilar los asuntos de diario, el fútbol de la próxima temporada, las nadas entre dos platos tan gozosas en los ratos de ocio.

En aquel célebre regreso, paramos a almorzar en un parador nacional; nos aviaron según costumbre una mesa kilométrica. Presidía el Abuelo, el número Uno, que se chungueaba con bobaducas de la Abuela, y acababa invariablemente diciendo que qué mujerina tan guapina tenía y le prometía un regalo al llegar a Madrid. La Abuela rezongaba igual que los gatos contentos, déjate de memadas, Marido, y terminaba aceptando que una falda negra le vendría al pelo para una cierta blusa blanca comprada en rebajas, y el Abuelo le interrumpía, falda y de las caras tendrás, mujerina. Mientras, el Abuelo asaltaba el pan, primero los cuernitos, a continuación el antecuerdo, y a los cinco minutos, caía el resto de la cabeza de harina. Vieja historia la suya, la de comer el pan esperando que viniera el manduque.

El jolgorio natural de las bromas y situaciones revividas ceñía con sonrisas las caras. No todas, el Tío callaba, tímido ante el Abuelo, se le notaba incapaz de comprender su carácter, la fama del Escritor eminente, el porqué escribía cosas de literatura, que a tan pocos interesan, y el misterio de los ingresos, suficientes para permitirse gollerías. Lo suyo y de sus hermanos, como sabes, es la química, las mezclas, que dan dinero, pero no renombre. En fin, el Abuelo gozaba, y con el jamón serrano aprisionado entre las pinzas de los dedos, soltaba aquello de camarón que se duerme se lo lleva la corriente, y la Tía azuzaba a sus tres Hijos, hala, hala, y todos picábamos, apurando las tapas con pan, hasta que llegaba la comida escogida por el Abuelo. De primero un horror sabroso de la comida nacional, el plato de sudar, las alubias con lo que fuese de la región, y de segundo chuletón con pimientos o una variante. De postre tomábamos alguna delicia del parador, tarta de almendra, arroz con leche, o similar, y un cortado para cada uno, menos las niñas, al que tu Tío y yo, los conductores, confiábamos para mantenernos despiertos.

Entonces allí ocurrió. Día señalado cuando leí por primera vez en el Libro de los Secretos. Es un volumen, hija, que se aparece sin avisar abierto por una página, que contiene sentencias que cuando las comprendes nunca se te olvidan, aunque a veces haces como si las desconocieras. Sucedió de improviso. El Abuelo repartía el vino, un rioja joven, y la majaderilla insistió en que le sirvieran una chispita. Mamá decía, nena, no; total, aconteció la catástrofe anunciada por los ojos de tu Tía, y el vino regó la mesa, y le mojó la manga del modelo de vestir del verano, de alta calidad. El Abuelo acudió al quite, consolándote, Nietecita, no pasa nada, monona, tranquila; entonces la Tía dijo la sentencia del estío: esta niña malcriada acaba de anular todo el efecto del veraneo. Y como cuando los jefes de comedor te ofrecen un menú de tamaño gigante en los restaurantes caros, así, se me abrió el Libro de los Secretos, y a pesar de la confusión leí lo siguiente: El egoísmo es un dios menor al que se adora en incontables templos, tantos que exceden en número a los dedicados a los grandes dioses.

La escena costumbrista terminó con aires de sainete. El Abuelo tomó a chirigota las iras contenidas, y cuando unas montañitas de servilletas absorbieron el desperdiciado vinacho, se burló despiadadamente de los veraneos arruinados por las manchas de vino, y recordó a su Tía, motejada con un tono festivo de egoísta —pienso que él leyó la misma página del Libro de los Secretos muchos años antes—, de lo normal de tales incidentes, que hay que tomar con ligereza de espíritu. Tu desconsuelo persistía, asustada por los ojos desencajados de la Tía, aunque la risa de ambos Abuelos, tunanzuela, te aseguraba por dentro que tú tranqui, no obstante te veías obligada a seguir la comedia, por el fieror de aquellos ojos y los incesantes restregones a las mangas del traje de mi Hermana, y a la mirada acartonada del Tío que miraba en blanco, y la postura de los Primos supertensos, sin saber si ir con la Tía, su Mamá, o con los demás, aunque por lo ahuevados que se les pusieron los ojos supe que no sólo no compartían tu pena, tampoco comprendían del todo la actitud del Abuelo, quien en última instancia era, como dijo en una ocasión tu Tío, un hijo único al que todo le había salido perfecto en la vida, y que por eso era como fue. Era, Hija, generoso, ocurrente, sabio, de la vida y de las letras, amigo de sus amigos, lector infatigable, escritor excelso. Lo que la vida le dio lo aprovechó; hay quienes despilfarran su patrimonio vital, quieren ser lo que no son, que se les ocurran ideas, y repiten amargados como tuyas las aprendidas en otros. Les peta ser guapos, pensando que la ropa es un adorno superior a los que concede la naturaleza; en cambio, los que como el Abuelo disfrutaban al máximo su patrimonio humano alegran y saben aportar felicidad a

cuantos les conocen. Hija, nos une el apellido que no es ni mejor ni peor que los demás, a fin de cuentas son unas palabras. Lo esencial es que el apellido sirva para aglutinar maneras de ser; si vives en Madrid vives de distinta forma que si lo haces en Astorga —estuve el otro día de paso; fascinante el palacio episcopal de Gaudí. ¿Sabes que allí hay un Gaudí?—, por poner un caso. La vida diaria se lleva a cabo con calma; en la capital debes dejar tiempo para ir a lugares que lleva tiempo alcanzarlos, mientras en Astorga, sales de casa, digo así será, y por muy lejos que quieras ir en quince minutos llegaste. Con los apellidos ocurre un tanto, cada grupo familiar de apellidos desarrolla una línea de conducta, adquiere rutinas que le son propias; por lo general, la madre o el padre de familias marca la pauta de conducta de su apellido, aunque el que llevan los hijos es el de su primer marido. Qué lío. ¿Me entiendes, verdad? A los Tíos, aunque la Tía sea Hermana mía, los quiero a la distancia, por su decisión —ella es de las que prefieren, desde que se murieron los Abuelos, celebrar las Nochebuenas y efemérides significativas de la vida con los amigos en vez de con nosotros por egoísmo, porque los niños están proscritos en ese círculo—, comparten modos de comportamiento que determinan la conducta y dirigen las expresiones de la personalidad individual. Ellos en grupo pertenecen a otra rama, a un tronco propio, donde la tolerancia personal, la generosidad, la afectiva y la monetaria, se valora relacionada con lo que significa para uno mismo.

Lo que asomó en la lapidaria frase, esta niña me ha estropeado el efecto del veraneo, era el cansancio de un mes de observar al Abuelo limpiarse la baba viendo a la Nieteciña haciendo las monadas características de la edad, a la vez que la gansa de la Nieta mayor recibía continuos, e injustos, reproches del Abuelo, porque en lo único que pensaba era ir a bailar con los de su pandilla, lo normalísimo. La falda te queda demasiado corta, llevas pintura suficiente para pintar un coche, los oíamos a cada dos por tres, cocinando el humor de la Tía a fuego lento. Por la estrechez de miras del apellido adoptado, no supo entender que no era mi Sobrina, sino que en cierto momento la luz del escenario cae sobre otro personaje, que el protagonismo cambia. En resumen, todo ello, el dolor de espalda del viaje, el traje manchado, el llegar de regreso a Madrid, le limó los nervios, y salió la bicha. Sale porque piensan todo desde la perspectiva estrecha de su familia, en vez de la amplia de la Familia. Me repito, no es maldad, es la cultura de esa gente, los modos con que perciben la vida y actúan.

¿Sabes cómo aprendí a leer en los ojos de mi Cuñado? Al conocer a sus tres hermanos, en el color azul triste, de agua turbia. Agua que dejó de ser

cristalina hace tiempo, cuando los trabajos y los días, el dinero, la ambición, les quitó licuosidad, brillo. La mañana de la boda leí en ellos las ganas de irse al rincón opuesto de donde permanecíamos los de la Familia, de ponerse junto a los malencarados, para quienes el humor no debe pasar de la risa. Son de esos que beben y cuando se emborrachan sueltan groserías y los ojos reflejan tristeza perruna, a diferencia de los que beben y chispean de alegría, para los que la bebida encauza mayores regocijos, y cuya conciencia al día siguiente no tiene que pagar ningún canon. Un par de modestas aspirinas remedian lo que les aqueja.

Concluyo mi historia-caso psicológico. Todo pasó, y llegamos a Narvéez, y el Abuelo corrió a una pastelería, y vino trayendo embutido, queso, pan, leche, cereales para el desayuno, cerveza fría, para todos. Lo de siempre, venía cargado, alegre, compartiendo su generosidad. Y te dio besos especiales, y te decía monona, nietecilla. Le brillaban los ojos marrones, muy acuosos, con ese inefable contento que ocultan muy dentro, en el centro de su pequeñez, que también tenía la serena mirada de la Abuela. El Abuelo regresaba a buscar un recado olvidado, pero antes de salir, te dijo, y no tenemos vino, pero exprimiré un poco la manga de la Tía, y volviste a llorar desconsolada, y dijiste que habías estropeado el efecto del veraneo de la Tía, y el Abuelo se desternillaba al unísono con tu Madre y conmigo. El desconsuelo duró hasta que el Abuelo te dijo Nietecita preciosa, no hagas caso, son bobadas de la Tía, y te abrazó, y debía de transmitirte la fuerza del Apellido, porque te callaste al instante. Le esperaste hasta que volvió de la pastelería, de comprar lo único que se le había olvidado, los dulces para la golosa de la Abuela, mirando a cada minuto por la mirilla de la puerta.

En fin, Hija, que la gente es distinta a lo que aparenta, y por qué quieren que los acompañes a Salou no lo entiendo. Hay algo que no alcanzo. Mis relaciones con ellos son distantes, si bien civilizadas. Comprende a derechas; en el mundo las gentes suelen ser parecidas, ni buenas ni malas, sino distintas, porque la vida nos ha acuñado con valores diferentes, metales de diversa composición. Ellos no son malos, pero son muy diferentes, y lo que me duele es que tú te inclines a ser de otra manera a como la que utilizamos para educarte tus padres, porque en eso somos iguales. Queremos que escuches la fuerza, el Apellido, que te acuerdes; si no, de todos los años que viví contigo y para ti, enseñándote todo lo que sé, de tu Abuelo, de la Abuela, de lo que significa vivir sin rencor, feliz, conforme con lo que uno tiene. La misma felicidad da beberse una prosaica cerveza helada y el bocadillo de chorizo que el plato mejor elaborado.

Insisto hasta el aburrimiento, eso de que la gente es buena o mala pasó a la historia. Tales juicios pertenecen a la sociedad burguesa decimonónica, que en España prolongó su validez en los años del franquismo, por los aspectos totalitarios del Régimen. Entonces había los de arriba y los de abajo. Los unos tenían la razón, a los demás les tocaba callar. Los Tíos y tus Primos carnales valoran cosas como las labores manuales, el cambiar una bombilla o colgar un cuadro. Eso les llena la copa de orgullete, y con razón, porque entre el Abuelo, el Bisabuelo y todos sus diecinueve hermanos, y un servidor, seríamos incapaces de desempeñar una labor eficaz en el terreno práctico. Y si lo hacemos, que alguna bombilla ya he cambiado, es como ir al baño, que no vale la pena pensarlo dos veces.

Si piensas que soy un arrogante, entonces es que no entiendes. Otro ejemplo: la lectura del periódico. Hay personas que lo leen para enterarse de los detalles financieros, del número de parados, de los muertos en accidente de tráfico en el pasado fin de semana, de los detalles referentes al chico que descuartizó a los padres. Los de nuestro Apellido solemos ir a los comentarios tipo editorial, a los artículos donde se especula con las ideas en vez de con los datos. La paja pensarás, eso es. Enloquecemos por la paja. Al grano, pues, que los Tíos viven mejor enterados de lo que vale una peineta en el mercado, y las personas de mi calaña vivimos drogados de ilusiones. De acuerdo. Todos hacemos falta en el valle de lágrimas, los guaristas y los imaginistas. A unos les toca construir la infraestructura, a nosotros cuidar de que se realicen los trabajos en condiciones humanas, tanto para el hombre como para la naturaleza.

Comprendes que señalo dos caminos, el conductor A prefiere la autopista y el B la carretera comarcal. Lo importante para los eficaces (A), los de las sumas, es llegar cuanto antes, para seguir adicionando, en cambio, mis compañeros de viaje (B) gustan de contemplar el paisaje, si vamos por un valle, otear hacia donde cae el río, o si subimos la montaña adivinar las mudanzas de vegetación, los diseños con que se defiende del frío y del viento.

Bajo esta exposición apresurada del asunto se esconde un dilema de garabatillo, de dimensiones épicas: el aceptar el destino marcado por los tuyos o no. Los del Apellido somos la rémora española de la ideología idealista de la primera mitad del diecinueve, mezclada con el liberalismo de la segunda mitad, y que podría denominarse la ilustración española de nuevo cuño, el institucionismo, posteriormente pasada por el cedazo de las ideologías anarquista, socialista, y comunista de comienzos de siglo, cocteleada en una cruel guerra civil. Los hermanos de sangre asesinaron a sus hermanos en

nombre de Dios y de la Patria, y que tras una dura etapa de maceración en abusos, odios, y complacencia de los asesinos y de las víctimas, que fue la dictadura, hoy se ha asomado en la etapa democrática con la faz de un socio-liberalismo incapaz de adaptarse a la práctica política del presente. Por eso no nos fiamos de los datos, y leemos la paja, porque en ella se encuentra la única redención posible para aquellos españoles que queremos fraguar todavía la España soñada hace más de un siglo, confundida por una Europa desorientada, que copia sin convicción el acastillamiento del capitalismo a la americana, que en su decadencia lo aprovecha todo para proteger su precaria supervivencia. El mercadeo de cosas y personas que el señor Ronaldo Reagan y la dama Margarita Thatcher impusieron a un mundo horro de proyectos dirigidos a la mejora de lo humano supone otro ataque frontal a nuestras convicciones; el confort de la era del bisnes, de la publicidad, de la incomunicación en el cenit de la telefonía, nos tiene seducidos con la puesta a nuestro alcance de los productos prometidos por el futurismo, el automóvil, el avión, la televisión, y acaso parece que hemos perdido el propósito, pero digo parece, pues seguimos sabiendo que tras la cara y la cruz de la moneda con que todo ello se compra está la mano del hombre. Queremos sellar con ella el mismo pacto de siempre, el del saludo fraternal, y no usarla para indicar con el índice rígido ni el puño amenazador.

Chi, chi, chi, decías de nenuca. Menudos rollos los de Papi, los mismos que el Bisa le dio al Abue, y éste a tu Papi. Léete, si no la conoces, una novela de Juan Goytisolo, Señas de identidad, o mejor, apareaa su lectura con la de Tiempo de silencio, de Luis Martín Santos, lee una página de uno y la siguiente del otro, así saltarás de una página de compromiso y grito a una de llanto y vómito. Magnífica imagen la que presentan así, a dos columnas, de la España que sigue sin resolverse. Razón adicional por la que tienes que ser mi hija otra vez, no perderte en odios irredentos. Tienes, casi diría, un deber social además del familiar; al igual que en las familias reales los educan para vivir una vida especial de entrega al pueblo, tú no puedes dejar de heredar la tradición de tu Apellido. No te permitiré que te desarraigues, que desatiendas el deber, tires ese patrimonio que tuviste la suerte de heredar.

Lo dicho: menos vale pájaro en mano que ciento volando, aunque vayas camino de ser una ingenieraza, y con el carrerón y las ideas fijas, los de la chaqueta azul marino con botones de oro y escudito de club privado de toda la vida te tendrán fichada. Descuida y verás cómo te invitan a un retirito a ponerte una casete, que sabrás poner en marcha sin problemas y a petición.

Uf, qué fuerte. ¿Qué opina tu Madre?, que conoce de sobra a tus Tíos. Ellos me parecen el modelo de familia del que tu Madre huía cuando la conocí y durante los años de nuestro matrimonio. Confío en que no sea esta otra fuente que ha envenenado.

Si a tu inflexibilidad de carácter le sumas unos rasgos de egoísmo, de acaudalar lo tuyo, y que se joroben cuantos quedan fuera de tu círculo de tiza, lo que hacen con suma destreza tus Tíos, Hija, conseguirás labrarte una personalidad de horror. Te sitúas frente a mí. Lo único que te falta es escribirme que todo el mundo te adora, algo me insinuaste hace poco, y que el servidor es el raro, y que mis amigos viven en un mundo fuera de la realidad, porque o son escritores o profesionales de la enseñanza. Sobre todo mis íntimos, raretes de tomo y lomo, pues insisten en permanecer en el casi anonimato, porque resisten las tentaciones de la familia, el hacer reseñas en periódicos y revistas de los libros de quienes a ti te los encargan luego, de las corruptelas por las que somos famosos los europeos del sur. Soy un rarete, y a mucha honra.

Las tentaciones de absolver tu conducta hacia mí, pensándome el marciano, reprímelas. La imagen de la niña de su padre que vive perfectamente adaptada a las gentes que la rodean, en el círculo de su piso, de la Familia de su Novio, de la Familia, con exclusión del Papá, un pobre hombre que lo tuvo todo al alcance de la mano y lo echó a rodar, corresponde a una fantasía. El caso hay que concebirlo de muy otra forma.

Pasan los años y una Niña encantadora, inteligente, que pasó unos momentos durísimos, cuando su Padre y su Madre se divorciaron, nunca pudo, por presiones maternas, por las circunstancias de los círculos sociales en que vivía, encontrar una forma de relacionarse con su Padre, yo, que hasta que fue quinceañera era quien proveía la guía afectiva de la Familia, tomada a su vez en calco de la que conocía de haberla vivido con los Abuelos, sus Padres en su casa. Éste es un modelo real, rico desde cualquier ángulo que se ausculte, basado en el respeto mutuo, en no juzgarse unos a otros, en la ayuda, en disfrutar de la vida sin tomarlo todo con la pesadez del pesimista. O sea, que el modelo tiene un adentro, las maneras de relacionarse la Familia, y un afuera, el gusto de desarrollar el trato social, el gusto de vivir la vida con los semejantes, y de ampliar la capacidad de sentir lo humano a través de cualquier manifestación de la cultura. Modelo de conducta que no viene enunciado en un catecismo, sino en el libre tú dices y yo te digo del trato diario. La vida es leve, y debe vivirse como tal. Despierta, hija de la pesadilla;

arráncate la venda de los ojos que te impide confrontar la realidad; algún día te arrepentirás.

Adiós, Hija querida, otro día más, me cansa mucho escribir estos recuerdos, contestar las cartas pesadas, a tus llamadas, porque suponen un reto, el de apuntarte lo que yo contemplo de otra manera.

Dos fuertes, fortísimos apretones, que te hagan sentir el palpitir de mi corazón en el pecho, el Rey destronado.

Añadido jocoserio, para desengrasar:

Hace una semana entré en una agencia de viajes que uso con frecuencia, para reservar unos billetes para Valencia, en septiembre, donde tengo una tesis, y la señora que me atendió me miraba intrigada con ánimo de reconocirme. Acabamos con un «eso es» unísono. Cuando andabas por los ocho o los nueve me pediste un día que te llevara a ti y a un par de coleguillas del cole a un concierto de julio Iglesias. Mis rotundas negativas se desvanecieron cuando el Abuelo insistió que él pagaba, intenté pasarle el muerto a tu Madre, sin éxito, pues ella empezaba a tener responsabilidades en el Banco, y le fue imposible. La noche del evento tenía una cena de negocios con unos señores de Panamá. Tu Madre lo habló todo con las madres, y allí os llevé, unos micos bien vestidos al Palacio de los Deportes. Os tuve que comprar de todo, unas luces fluorescentes, banderines, carteles con la cara morena de la estrella. Para mi sorpresa, hasta os emocionasteis al igual que cada quisque, esa mezcla de pepas y manolos, niños y niñas polo, y muchachas ducados de bota negra. Yo lo tomé a modo de seminario sociológico, y acabé coreando con el resto del público. Las lágrimas de una maruja pechugona que tenía a mi vera me contagiaron en una de las canciones, se me olvida cuál. Vosotras os portasteis de cine, y luego os retorné a las respectivas casas. La última niña vivía pegada a nosotros, y su madre es la mismísima señora de la agencia. La niña tiene nombre de flor, Rosa, Violeta, Amapola, no me acuerdo exactamente, aunque su madre me lo acaba de decir. Me contó también que ese mismo verano se mudaron a Las Rozas. Acorto. La madre, que me reconoció como el padre hinchado de Julio Iglesias, ejem, ejem, me comentó que Flor vive en Las Palmas con su padre y que estudia filología. Me pidió tus señas para la hija, o sea que espera y recibirá.

Mientras se imprimía el billete me dijo lo mucho que le impresionaron mis sentidos sollozos durante el concierto de Julio Iglesias. Me quedé sin habla. Denegué la mayor, y ella erre que erre que la niña se lo contó. ¿Y por

qué decir una cosa por otra? Las lágrimas de acuerdo con tu coleguilla fueron mares, y que la idea del concierto había salido de este forofo del julio. Tales fueron los excesos imaginativos que dejaron en la madre un recuerdo imborrable. Aguanté la rociada encajado en la silla de la agencia, un poco rojo, y no de ira. Me dolía que los clientes, que no me quitaban ojo, me identificaran con un fan del Sinatra de Miami. De hoy en adelante encargaré los billetes por teléfono y que me los recojan en casa. Cuando la Flor te escriba, dile que me alegra que lleve a los estudios la imaginación caliente para lo que la echen.

16

Rumbas que escuchamos con anterioridad; el volumen está demasiado alto, suficiente para volver loco a cualquiera. Al llegar al segundo párrafo un manotazo apagará la radio. Acto seguido, el hombre pasará largo rato mirando a un cuadro que tiene frente por frente, un paisaje marino. Al contemplarlo achica los ojos hasta que desaparecen las figuras y quedan manchas de colores, unos azules superpuestos. Con los ojos medio abiertos gira la cabeza, viendo cómo el poco de luz que deja penetrar cambia las formas. Hace años descubrió que lo importante en un cuadro moderno no es la perspectiva, como en la pintura clásica, sino la manera en que se superponen los colores. Esto le explicó mucho de la pintura y de la vida. Se fija menos en los perfiles exactos y repara con atención en los contornos que se disuelven en lo otro.

12 de julio de 1994

Mi crema catalana:

Hola, rica. Se acerca la bendita hora de salir para Marbella tras una dura campaña escolar y de varios cursos de verano. Agosto queda reservado a la familiuca. Es una pena que no te decidieses a aceptar la mesa, el mantel y el catre del trío de la bencina, aunque me imagino que lo estarás pasando bien con los Tíos en Pals. Escribo a la dirección que me diste, aunque no sé cuándo te llegará porque desconozco el distrito postal. Volvemos al apartamento de costumbre, cercano al chalet que tenían los Abuelos.

Ayer ordené los papeles para llevar algún trabajo a la Costa del Sol. Este año me prometo hacer lo previsto, pero como en mis cuarenta y cinco años nunca lo conseguí, no me da estrés el pensar que no lo lograré un verano más. Mi costilla se guasea y dice que el coche va mejor con menos libros, que me

conforme con los que adquiriera en Málaga. Sabes que al cabo de tres o cuatro días en la playa, cuando tengo la carne cocinadita al punto, encuentro la excusa de que necesito tal y cual publicación y me largo medio día a la fenicia Málaga. Yo creo que es un hábito heredado del Abuelo. Voy incluso al mismo café donde iba con él a tomarme una cañita y unas aceitunas; no es lo mismo tomar el aperitivo solo que con los recuerdos de compañía.

Hay otra novedad digna de nota. Merqué un traje de baño tipo braguita. El primero en toda mi vida. De joven nunca me atreví, pensaba que la gente notaría el empalme producido por las tías buenas. Lo cual era cierto, e incluso llegó a notárseme con el meyba normal. Mi Mujer dice que estoy sexy, como mi Hijo, que desde bebé los gasta de ese tipo. Por si las moscas llevo el meyba de costumbre, ése del que te reías porque me llegaba hasta la rodilla. ¿A qué carta me quedo, al rompehuevos o a los calzoncillos de rodilla? Es que los normales de a media pierna desaparecieron de los grandes almacenes.

Sorprende que el Novio de la cremita catalana «odie» Andalucía, y que todo le parezca sucio y retrasado. Se equivoca de medio a medio. A mí, en cuanto llego al sur y empiezo a escuchar el andaluz, se me abre la compuerta de la vida. Los tipos y las tipas hablan con un decir sentencioso, preciso, rico en matices, propio de faraones y faraonesas.

El amigo Pintor de Tarifa, artista responsable de los pájaros que colgaban en el hall del piso de Ortega y Gasset, un día me comunicó que se mudaba de casa, pero que no necesitaba decirme más que era una dirección predestinada, calle Preciosas, 2. Recuerda, decía, a mi mujer y a mi hija y sabrás dónde vivo: Preciosas, 2. Al decirlo me miraba con unos ojazos verdes, moros, desafiándome a que le respondiese algo así como apúntalo, anda, déjate de bobadas, pero supe que nunca me podría olvidar de su dirección postal, porque en el brillo de sus pupilas se reflejaba la belleza de su mujer y de su hija; de tanto contemplarlas encandilado se le habían pegado a la pupila un poquillo. Te lo juro, no te rías que no son locuras de Papá. ¿A quién has salido, nena?

Apenas encuentro a nadie en la Familia que sea tan poco dado a lo extraño, a aceptar que la vida se escapa a todas las reglas, desde las de la multiplicación hasta las de la gramática, que tú. Eres todo reglas; si no las sabes no entiendes cómo comer el asunto; si las conoces las aplicas con un rigor germánico. Y la Abuela, aunque no lo creas, se enamoró del Abuelo precisamente porque sabía decir cosas que se salían de lo normal, quiero decir que leía el aura de la gente sin darse cuenta.

El Noviacho parece un chico emprendedor por lo que cuentas. El que administre la docena de apartamentos del Padre, el prohombre de las naciones catalana y española, en Tossa de Mar, me parece una decisión estupenda. Y el que, como cuentas, con no sé qué programa de ordenador sea capaz de saber cuándo hay que pintar tal habitación o ventana, me suena a yanquicosa. Yo pinto cuando mi Mujer lo dice, que suele ser cuando las paredes de la habitación hace años dejaron de reflejar la luz, y la pintura empieza a enseñar la capa anterior. Oye, ¿y el programita recoge la basura de los inquilinos? Es broma.

Lo de las notas no debe preocuparte; estudiantes de primera, de tu talla, se cuentan en cada curso con los dedos de una mano. Incapaz de comentar lo que dices contemplo abobado. A los ingenieros industriales debemos echarlos de comer aparte, y los profesores de literatura, tenlo presente, apenas sabemos llevar la cuchara a la boca sin derramar la sopa. De ordenadores sí sé, pues desde hace casi veinte años vengo lidiando con ellos. Lo de internet tiene para mí menos interés que para vosotros, porque no encuentro todavía nada que me sea útil, o mejor dicho, la relación entre el interés de lo que encuentro y la inversión de tiempo no cuadran. Dime, cuando tengas un rato, qué pasará el año que viene cuando termines y las asignaturas que tienes, y por favor, no las pongas en abreviaturas, porque yo, aparte de la resistencia de los materiales y cosas así, no me entero de qué van.

Por cierto, vi a tu Prima Segunda, tu íntima, con los padres. Coincidimos con ellos tomando una copa en el Palace. Luce una barriguita tonel de cerveza; exhibe una rotunda preñez. Mis Primos no sabían dónde meterse, les abochorna el embarazo de tu Prima, y lo llevan fatal. En el fondo piensan que la hija es una puta. Eso se decía antes; tu Primita es una pendeja, incapaz de atender a las señales de su cuerpo, pues que se pasen los meses sin periodo, y achacar la gordura al pan es demasié. Parece que el ginecólogo les aseguró que para aborto estaba demasiado adelantada en Spain y en el extrangis, que lo mejor era apechugar. Reitero que hablaron poco. Lo que sé de la moza es a través de comentarios tuyos.

La Primita parecía estar fresca como una lechuga. Mi Mujer la enhebró con ella, y ésta le soltó de buenas a primeras la pregunta de si nosotros habíamos follado antes del matrimonio, que lo suyo ocurrió porque su futuro y ella habían follado mucho, y que ella pensó que como sólo el 3 % de los polvos llevan al embarazo, que por qué regla de tres le tenía que tocar a ella. Boba, tonta, por la regla que no sabes hacer. Tiene el mismo cerebro de un personaje de anuncio comercial. Mi Mujer casi le soltó un par de lisuras; los

padres, como dije, no sabían dónde ponerse. En fin, que esta niña ha confundido el que ahora se llega al asunto primordial antes que antes y que muchos de los siete velos están quitados, con la insensatez de meterte a la cama con el novio sin tomar precauciones. Mira que no enterarse de que estaba encinta.

El inri de la cuestión, transmitido por la madre en estricta confidencia, está en que el novio se hizo pájaro y voló. Mi segunda de a bordo comentó que mejor e intentó convencerlos de que criasen ellos al bebé, sin mayores líos, que lo acogieran como a un hijo, y que dejaran a la niña que madurase; eso sí, asegurándose mediante uno de los medios pasivos de venta en farmacia que la insensata no vuelva a adquirir estado hasta que pueda mantener churumbeles. La madre acabó lloriqueando al escuchar los atinados consejos de mi Mujer, que a fuer de persona sensata sabe que los zapatos apretados hacen rozadura y que las niñas sin seso viven condenadas a hacer estupideces. Al tiempo que las madres hacían conciliábulo, la Primita obsequió al padre y a mí con una murga psicodélica, apenas interrumpida por el clic del encendedor al prender los infinitos cigarrillos que se fumó. Abordó con desparpajo un temario alucinante, cubriendo desde la libertad sexual, que constaba de una pugnaz defensa de la variedad de gustos y perversiones y de los derechos a drogarse sin restricciones y a costa (los asturianos lo dicen con expresión inmejorable, *a yombu*) del erario público. Le gustaría probar, para que te enteres, una droga que le sube a uno a base de unas hierbas ecológicamente cultivadas (*i.e.* eucalipto, *ylang-top*, y mejorana) en los Jardines Botánicos del Estado (*sic*). La redomada cretina encima recitaba la letanía de gilipuetadas que una idiota del calibre magnum es capaz de imaginar, ayudada por los programas de la tele.

Nos amargó la tarde. Pensé pasarla en paz con mi Mujer en un lugar apacible, pues dejamos a nuestro Hijo con una canguro, y mira lo que nos salió. Por cierto, tu Prima especificó la diferencia en dimensión del pene de los quince miembros, nunca mejor nombrados, de la Unión Europea, como si los hubiese probado todos. ¡Qué morro! El papá desencajado chupaba de los habanos con intención de ahumar el entorno y difuminarse. Aunque pienses lo contrario, para colmo tu Primita es para echarse a correr de fea, lo único las piernas. Por cierto, me confió que si acudías a la Costa del Sol que ella se invitaba. Yo me apresuré a decirle que fuera a Pals, que quizás la Tita la acogía. Bien dicen que no hay mal que por bien no venga; pude decir la verdad, que no venías este verano a Marbella, y salvarme de la quema. Último chisme: antes de cerrar la presente edición de noticias. Cuando estábamos en

plena despedida, los padres pensando en arrastrar su vergüenza de vuelta al piso de la ciudad de los periodistas, donde todo el mundo sabe y comenta el tema, piensan los padres, el adefesio se largó con la siguiente flor natural: dile a tu hija que no se preocupe, que nos podemos divertir, que incluso embarazada y con novio que no tiene inconveniente en irse de copas y tirarse a un sueco. Punto. No, una gracia adicional: a ella —la estultísima comentó— le gusta fumarse un porro de cuando en cuando, especialmente después del coito, porque le sabía divino, y que prefería la vuelta de hoja libanesa. Chúpate esa que es de frambuesa. Y ahora recuerdo cuando hace tres o cuatro veranos me decías, voy con la Prima a la playa, y yo tan pancho. ¿Era entonces así? Por dentro una voz me grita «y la niña es amiga de su Prima», y me entran sudores. Sois el azúcar y la sal, el aceite y el agua, la inteligencia y la estupidez. Tampoco entiendo lo que os une.

Entramos en casa con la moral por los suelos, agotados, y sin humor. Para colmo, nuestro Hijo, a quien recogimos en casa de la canguro hecho unos zorros, se cayó en la calle, delante del portal, donde había de todo, caca de perro y de gato, y de Dios sabe qué, y como no nos decidimos a llevarle a que le pusieran la vacuna del tétanos pasamos la noche en blanco, deshojando la margarita de si despertarle y llevarle a urgencias o no. Ala ínclita Primita le dediqué mis mejores recuerdos, a ver si se la folla un buey y la amansa. Parece mentira que en nuestro entorno familiar haya taradas de semejante calibre.

Por cierto, el Bar de la calle Peñalver donde compramos los bocadillos de calamares para cenar, cierra, porque la puñetera hamburguesería de la esquina de arriba acapara la clientela. La señora de la caja me dijo que el jefe se jubilaba. Menudo disgusto. Se acabaron los sitios en el barrio para comprar bocadillos de calamares. Pasa como con los churros, que si los quieres hay que bajar allá por la calle Serrano, aguantar las colas y, por supuesto, traer a casa los churros fríos. Ídem con el pan bendito, la panadería de la esquina de casa desaparece, y ¡la lechería! Suena el sálvese quien pueda; los americanos, sin Torrejón, han conseguido trastornar los hábitos de los españoles en general y de los madrileños en particular. Añojo las vaquerías de antaño. Las deberían resucitar. ¿Dónde estás, Alcalde Profesor? Todo el mundo desayuna cereal, mi Niña incluida, seguro, nada de pan tostado con mantequilla ni churros, por el timo del colesterol y de la obesidad. Los médicos se han americanizado y los pacientes no tienen más remedio que apechugar con las dietas, porque te amenazan con la muerte, y eso es jugar con dados cargados.

Cada día me vuelvo más castizo. Te molesta, ¿verdad? Tu Novio seguro que habla mejor el espanglish que el castellano o el catalán, inconcebible. Espera a que conozca América, y vea a la gente condenada a la cadena perpetua del consumo, el plástico sustituyendo a los materiales nobles, las montañas de desechables, las quejas del ciudadano, que ése tiene más y yo soy hijo de madre soltera, que nací con mala pata. Nada es culpa de nadie; espera, que conozca y se le pasa el sarampión de vivir en España y gastar gorrita de béisbol. La vi en la foto que me mandaste de la acampada en el asturiano monte de Sueve durante la primavera. Los cinco de la foto parecéis americanitos. Menudo equipo, propio para escalar las alturas de Colorado. Aquí se gasta la misma camisa para ir al monte que a la iglesia, la diferencia es si subes al monte la remangas. Lo de la viserita de béisbol me repatea, aunque mi Hijo y mi Mujer me regalaron una que dice precisamente Asturias, y me la pongo algo en la playa. Cuando la encuentre me voy a comprar una gorra de militar, como la que usé en las milicias universitarias, para no parecer un americano, sino un español cabal, un turuta sargento. ¿Habéis oído hablar de la alpargata o de la chiruca, o del calzado de Segarra? Valen una centésima parte de las botonas todo terreno foráneas, y los pies marchan mejor oreados, refrigerados en el sociolecto de eurojoven spanish.

Como verás te digo muchas cosas. No te contesto a lo de mis mil *affairs*, porque me parece demasié. Te relato cuanto mi pudor permite. Lo tengo, y no tiene nada que ver con que si voy desnudo por casa al salir de la ducha. Joder, como si no pudiese ir como me pete en mi casa.

La próxima desde Bellamar, y espero la tuya con noticias de Pals. Te mandaré en cuanto reciba noticias desde la playa un dinerillo para que invites a los Familiares a comer a un restaurante decente. No parezca que gorroneas, y además me dices que tu Novio te acompaña.

Te quiero mogollón, Hija, escíbeme, que tus cartas son las mejores flores que puedo cortar en mi jardín de madurez, incluidas las rosas negras. Padre.

17

La mesita de resina en que descansa el bloc en el que escribe el hombre se balancea y el bolígrafo corre por la página con libertad inusual, con lo que las letras ganan en caprichosidad. Los ruidos que se escuchan son de todo tipo, del mar, de chiquillos, de coches, de vecinos. Si se reparase en ellos, nadie en su sano juicio intentaría escribir una carta en tales condiciones, pero el hombre que redacta se pegó varias horas al sol y ha tenido un trato íntimo con una señora de raza negra que adorna la etiqueta de una botella de ron.

7 de agosto de 1994

Crema catalana tostada:

Acabo de mandarte el dinero del convite y un extra para que sustituyas el polo blanco azulado por la máquina de lavar. Cómpratelo azul para prevenir tan costosos desastres naturales.

Estoy negro, mi Mujer renegra, y mi Hijo hecho un africano. No fui todavía a la capital de la provincia, en parte porque la suerte nos deparó unos vecinos de apartamento inigualables, una pareja granadina fenomenal. Él es titular de Derecho, y ella trabaja en una agencia de viajes, y está embarazada con su segundo. La mujer, una belleza andaluza, morenaza, de ojos negros, está de caerte. El padre de tal preciosidad le puso Begoña por una apuesta con uno de Gijón, que si ganaba el Sporting o el Sevilla, total perdió el Sevilla y a bautizar a la hija con nombre del norte. El marido el día de la boda tocó el gong del restaurante donde se celebraba el banquete y anunció a los invitados, antes de que bebieran nada, que desde este momento, Begoña se llamaba Rocío. Él es un tío guapo, de noble planta, parece un cristo agitanado. Tienen una espabilada niña de la edad del nuestro. Escucha una anécdota que los define. Mi Mujer se encuentra de sopetón en la habitación de nuestro Hijo a la nena de al lado en pelota picada y al varoncito apuntando y dirigiendo el tráfico hacia los orificios de la vergüenza. Soltó un grito que lo oyeron hasta los de las pateras y atemorizados se dieron la vuelta hacia las costas africanas. Acudimos los padres y un servidor, a la sazón mediando litronas de Águila Amstel. Lo normal ante la escenita sería ¿qué?, digo, poner el grito en el cielo. En cambio, la pareja se mondaba de risa, y ella dijo: Oye, tú, a esta niña el novio no la tendrá que enseñar nada, qué suerte, no como yo, que te tuve que aguantar a ti, patoso, que nunca llegabas al asunto, y como yo no sabía por dónde entraban las cosas... Menudo apuro, y en premio a la viveza infantil les dieron dinero para que refrescaran sus ardores comprándose un helado. Toma nota.

Son una gente sanísima en su manera de pensar, no en lo otro, porque fuman y le dan al trinquí con plena dedicación. Cada noche acudimos a su terraza, a tomar un refresco. Ayer tocó la vez a los mojitos, habían comprado un ron cubano de cine y hierba buena. Allí pasamos la velada, que si la caló, que si los chistes, se los saben todos, que si la gitana le había leído la mano por la mañana, y ahí tenía el romero para probarlo. Ay qué risa, lo ven todo

con un prisma envidiable, les resbala casi el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento. Les llaman por teléfono a cada poco, y gentes variopintas, amigos, parientes, un rebolú de abrigo, caen por el apartamento. Lo mismo somos cuatro que cuatrocientos, y nosotros como si fuéramos íntimos de toda la vida. El mobiliario de ambos apartamentos, a excepción de las camas, anda confundido y nuestra nevera parece una sucursal de la suya. Él, Luisillo, llevaba ayer puesta mi camisa azul, le dije, y resulta que el niky rojo con que me pensaba tan atractivo le pertenecía. El despiporre. Todos los días al mudarme el calzoncillo chequeo que son de mi propiedad.

La costilla, aunque retraidilla de naturaleza, le cogió de prisa el tranquilo a la relación andalusí, y no veas los besos que le arrea a los muchísimos que entran por la puerta. El jueves mismo le dio un par de chupetones al chico del súper, que traía el pedido, y como el chaval se pusiese rojo de vergüenza le dijo, y cuéntale a tu novia que una madrileña le ha robado dos besos, porque eres un tío salao. ¿Te imaginas? ¿Mi Mujer? Desde ese día le vigilamos todos los mojitos. Ayer cruzamos otro rubicón, el colmo, llamaron por teléfono de Almería, un amigo suyo, que está esclavizado sin poder abandonar la ciudad de la Alcazaba por una operación de cataratas de la suegra. Nadie le escucha el rollo, a excepción de mi Mujer, de quien se ha hecho amigo del alma. Ayer llamó el Tipo de Almería y preguntó sin más por ella, a la que nunca ha saludado, y se lió a recitar la lista de quejas, que a la suegra, maldita sea, no la van a operar hasta septiembre, y que él no aguanta, y que se quiere venir a vernos y a tomarse unas manzanillas o vino blanco, que a él lo mismo le da, si es lejos de la circunstancia familiar que lo tiene agobiado.

Sospecho que algunos de los que aportan por aquí son gente con ganas de compañía, que no conocen a nadie. Entran, te entregan unas cervezas y un tarrito de avellanas, y dicen corro a mear. Salen del baño, se incorporan al grupo y amigos.

Un habitual es gerente de una universidad de Sevilla. Sólo habla de flamenco y de la manzanilla. Yo ya me sé to de to de los cantaores. El fulano llega, le ponemos la botellita de mazanilla fría, mira con sobriedad al público, y lanza al ruedo un nombre grande, el Niño de los Embargos, hace como un pase torero por la mesa, empuña su manzanilla y adentro. Luego, tras decir que está buena, retrata con estilo de greguería pasada por el Puerto de Santa María al futano, y sabemos que terminó la primera estación de su Vía Crucis personal, que recorre todos los días en capillas diferentes; hoy nos tocó la suerte. Entre estación y estación, habla de asuntos normalitos. El jueves venía con la color subía, por un asunto del PP, diciendo que si son esto y lo otro.

Por el Tipo de Almería que llamó con su queja, supimos que el Gerente es un pesao, que se queja del PP porque no le quieren pagar una millonada por unos terrenos de su propiedad sitios por donde pasará la autopista. Dile al Gerente, dijo, que no aburra con sus penas de rico y que le den por donde amargan los pepinos, y que se venga a Almería a tomarse las manzanillas conmigo, que le invito.

En pocos días he hablado cantidad, de política, de toros y de fútbol. Tenía aprensión de que se me acabaran los temas, pero con la inventiva y afectividad de esta gente dura para la vida entera. Mi Mujer es otra, cómo se ríe, y lo que come y bebe no la pone mareada. Ella dice que son los baños de mar; yo estoy seguro de que se trata del embrujo de los Vecinos.

Bueno, Hija, me voy. Pronto más; sólo quería enviarte un aquí estamos. Con tantas idas y venidas, no hay quien se aclare. Mi vecino apuró la noche de ayer convenciéndome de que durante el mes de agosto, con la calor, el pensar perjudica al organismo; Séneca tocó el tema, aunque el pasaje exacto se olvida en los vericuetos de la tradición. Respecto a los efectos sostenidos de la ingestión de alcohol tengo la sospecha de que Séneca dejó unos comentarios equívocos.

Mañana la Familia huye a Gibraltar de excursión, necesitamos una pausa, una jornada de reflexión, pues ayer vinieron, los vecinos con los mojitos de desayuno, y apetecían, qué quieres que te diga. Nos pidieron que les trajésemos güisqui pata negra, y menos mal que aclararon, porque resulta que así llaman al de contrabando.

Adiós, con un olé, y un viva Granada. Tu Padre, que te quiere desde er día que viniste a este valle, con todo el salero del mundo. Palmas, olé, Papá.

18

4 de agosto de 1994 (Tarjeta Postal del Peñón de Gibraltar)

Querida Hermana: Estoy en Gibraltar, y Papá me ayuda mucho — muchísimo— a decirte cosas. Hay aviones grandes, mucha gente, y policía vestida rara. No nos gusta, porque hay demasiado extranjero. Voy a comer

pescaditos a San Roque, que es bonito y español. Besos, tu Hermano pequeño.

19

Un tío bronceado, en pantalón corto, camiseta, y chancletas, medio arrumbado en una silla y una mesa de resina blanca, escribe en un bloc cochambroso. No para, se levanta a cada línea, primero es una Águila Amstel, luego una bolsa de onduladas. Vira y trae una latita de aceitunas rellenas con anchoas. Vuelta a entrar porque el bolígrafo que lleva en la oreja lo busca por todas partes menos donde debe. Mete las manos en los bolsillos, retorna a la cocina, se cruza de brazos y cuando mira hacia la mesa el boli se desliza de la oreja y cae al suelo.

24 de agosto de 1994

Pichona mía:

Los vecinos regresaron a Granada con urgencia. Anteanoche le asaltaron los dolores de parto a la esposa, mientras preparaba el ajoblanco. Mi Mujer, que sabe mucho del trámite, les indicó la conveniencia de regresar a la paz del hogar, y aunque juraron que ellos aquí tenían sosiego, que en Granada era donde llevaban una vida ajetreada, se marcharon esa misma noche. Quedamos huérfanos. No encontramos la rutina de antes, nos cuesta cambiar el ritmo. Mi cuerpo enviciado exige un mojito antes de comer, y lo tomo o se me cierra el estómago. El chavea anda más desconsolado que los papás por la marcha de su amiga; echa de menos las clases de latín vulgar o pardo. Aprendió de la maestrilla a sacarse y comer los mocos a velocidad de vértigo, a hacer pis en las macetas, a decir coño y joder, y a tirar la piel de los plátanos por la ventana. La marisabidilla sostenía con desparpajo adulto que en la península Ibérica se habían arrojado los materiales de desecho por las ventanas desde tiempo inmemorial, costumbre aprendida junto a las matemáticas y el contar chistes verdes de los moros, que todavía tiran lo sobrante por la ventana. Allí, decía, adoptando la clásica pose de las estatuas de Colón, al lado moro del Estrecho. El único consuelo es el Amigo de Almería, que nos ofrece un apartamento en Aguadulce para que acabemos de pasar el verano en condiciones, se entiende en su compañía. Él está en las últimas; su suegra a quien entierra es a él, y nos necesita, y que los amigos de sus amigos son suyos también. Es poeta, qué te parece, y de higos a brevas

aconseja en proyectos de cultura. Le hemos bautizado Quepena, porque no ceja de repetir la muletilla. Sí sabemos que no se refiere a los sufrimientos de la suegra, sino a la suya, la de habitar una Almería sitiada por los turistas, e incapaz de escapar a los quejidos de la madre política. Los vecinos aseguran que san Pedro le confiará las llaves cuando llegue al cielo, que le conocen desde los años de la carrera, y que come cada semana una vez con ellos, cuando viene huido a Granada.

Las zonas turísticas, Pals o Torremolinos, son iguales, de escaso interés fuera de la playa y de las discotecas. Date, a modo de tónico, un garbeo por la Cataluña semi-interior, La Bisbal o Llagostera por ejemplo. No pares hasta que escuches el catalán, porque eso que me dices de los apartamentos de tu Novio, de Tossa, y de que nunca oyes hablar la lengua de Verdaguer resulta sospechoso. Quizás has conseguido aterrizar en el planeta Marte, expresión de Quepena, y no te has enterao. Lo de los Tíos te lo avisé, son muy suyos, y sus hijos son tela de la misma pieza, y todos exhiben la reconocida marca de ganadería: el pájaro en la mano. Culparles de tacañería, de que te cuesta coger un segundo trozo de pan en la mesa, es injusto. Ellos son como son. Encaja lo de que tu Novio congenie fetén con tus Primos, afinidad de carácter digna de temer. El que se riera de ti cuando le comentaste lo del pan y de la fruta, y que él come cuanto le viene en gana cuadra con el perfil que le hice. Al menos aceptó que os fuerais unos días al apartamento libre de tu Suegro, así descansas, y comes el pan y la fruta que desees. Raciónaselo a tu Novio. Es broma. Lo que no entiendo es si compartís lecho o qué, y desenfádate, polvorilla. La última vez que pregunté me saliste con una de pata de banco; las mías serán las salidas de tono, pero las tuyas son las del cohete, que se dispara sólo de oler el fuego.

Regresaremos a casa en un par de días, pues la marcha de los vecinos destempló el ambiente. En realidad, necesitamos descansar de las vacaciones. Unos días preparando los exámenes de septiembre y las clases, que comienzan a fines del entrante, me vendrán al pelo. Se acabó lo de empezar las clases después de las fiestas del Pilar, por mor de festejar la fiesta de los maños. Del vicerrectorado mandaron en junio unas hojas donde se especifica con inequívoca claridad la fecha de inicio del curso: tal día de la tercera semana de septiembre. A sus órdenes, mi vicedecana.

Adiós con el corazón en la mano, marchó con la depre a Málaga, a revolver libros.

Recibe un estrecho achuchón y una carretilla de cariño de tu Padre.

Por la ventana entra fuego sin llamas. Escribir largo con esta temperatura indica una fe de carbonero en las posibilidades de la escritura para transmitir mensajes.

29 de agosto de 1994

Del que toma nota:

Apunto tus insinuaciones o coinsinuaciones con sangre en el cuaderno de olvidos graves. Telefoneé a fin de comentar un surtido variado de cosas; olvido de qué exactamente. La rociada y los malos humores de tu Madre ostentan el distintivo de los absurdos entre dos nada. Por supuesto que los Abuelos Maternos formaban parte de nuestra vida, y que los visitábamos cada semana. Gente bonísima; el Abuelo era un señor encantador, que trabajaba en el Banco de España de interventor y otras yerbas. La dulce sonrisa con que andaba por el mundo dificultaba imaginárselo en el trabajo desempeñando una labor de responsabilidad. Generalmente, acudíamos a su casa, junto a los Jerónimos como recordarás, por las tardes, a la hora de la merienda. Interrumpíamos la inacabable lectura del diario *ABC* del Abuelo. La Abuela hacía punto, cada día, de la mañana a la noche; las labores terminadas aliviaban el frío de los pobres de la parroquia. Eran, si cabe expresarlo así, dos personas piadosas, en el mejor sentido de la palabra. Poseían una extraordinaria calma interior, apenas les inmutaba nada. Mamá al ser hija única recibió cuantos mimos imaginar cabe; tú recibías de sus manos todo, desde las galletas Chiquilín, compradas especialmente para satisfacerte, hasta los tubos de leche condensada. Viciosona, la de días que al salir de su casa teníamos que destetarte del dichoso tubo de condensada, con el consiguiente escándalo que ofrecías en el ascensor, para atraer la atención misericordiosa de los Abuelos. Ellos estaban de tu parte en toditas las ocasiones.

Observo que tu Madre, una incógnita que acabo de resolver, renuncia a la antigua alianza. En la época del divorcio nos separaba mi ardiente deseo de otra cosa. Tu persona quedaba en medio, a la que ambos queríamos proteger. Cedí el dinero ahorrado, bastante, y pagué los gastos de la mudanza a Santander. Cambio que me partía por el eje, porque nos separaba, pero no podía en buena conciencia obstaculizar la carrera de banquera de tu Madre. La mudanza era necesaria para el normal progreso de la misma. Fue una

coyuntura especial. ¿Por qué escribo esto? Sí, establecimos un pacto, apenas verbalizado, que os llevabais los muebles, el ajuar completo, para que la casa familiar, de tu Madre y tuya, siguiese teniendo el olor del hogar que dejabais en Madrid. El piso de Ortega y Gasset se vendió con beneficio, y por eso pudo tu Madre comprarse el pisazo del Muelle santanderino. Parte del acuerdo era que junto a la preservación del aroma casero se mantuvieran los valores consensuados durante la convivencia de años y años. Una cláusula escrita con tinta invisible rezaba que las relaciones paternofiliales se fomentarían hasta lo máximo posible. Pasado un tiempo empecé a notar las innumerables reticencias tuyas, y poco a poco te fuiste alejando. Mi vida tomó enseguida una desviación impensada, cuando decidí establecer relaciones matrimoniales con mi Esposa actual. Las cosas se complicaron, y por rutina achaqué el despego con el que me victimizabas a tu carácter, a la inmadurez pueril. Cedí a tu Madre el puesto de víctima en el tiovivo de nuestras relaciones. Los malentendidos que me parecían culpa suya, los atribuía a su herida, y sin problemas.

Hoy, quizás son los contundentes mojitos y el tener la cabeza en blanco del verano, me doy cuenta de que la incógnita que tenía planteada, de las maneras en que te había herido, y cómo reparar el daño, era incorrecta, pues ignoraba la oficiosa colaboración de Mamá. Ella figura en los bastidores de incontables maniobras, y tú sirves en muchas ocasiones de escudo. Lo de inyectar en la carta que te escribí, para que la leyese, la releyeses, que sus padres también contribuyeron con su personalidad y éxito personal a la creación de nuestra Familia arranca de una vez y para siempre la venda de mis ojos.

Repito, tus Abuelos Maternos, en paz descansen, fueron personas extraordinarias, por la tranquila sabiduría con que condujeron la vida. Fueron gente ordenada, cariñosa, protectores de los allegados. Las sendas sonrisas con que me acogieron desde el primer día que entré en su casa permanecen grabadas en el recuerdo como sellos de la bondad humana. Ahora, fuera de leer el diario monárquico, de escucharnos el recuento de las compras de ropa, de muebles, de libros, de interesarse por detalles superficiales del trabajo, su conversación era cero. El Abuelo preguntaba a tu Madre el nombre de los directores de las sucursales donde trabajaba, cuando cambió a la central hizo gestiones para conocerlo. Con frecuencia sabía de alguno, y decía a Mamá, dale un fuerte saludo de mi parte. La energía que iluminaba su rostro cuando transmitía el saludo solía apagarse pronto en una mirada al vacío.

Tampoco descuento los millones de pesetas que nos regalaron ni los dineros heredados. Cantidades importantes, de las que el firmante no vio ni un céntimo, por lo tanto, me lavo las manos del tema. Ayudaron asimismo a cubrir las necesidades diarias de los primeros años de matrimonio con creces. Cuando venían a comer a casa, un domingo sí y otro no, llegaban como los reyes magos, cargados de pasteles, de cruasanes, de caramelos Darling para ti, de revistas del corazón para su Hija. Varios veranos fuimos una semana a Gandía, donde les gustaba disfrutar del mes de agosto. Allí era ella. Comilonas a diario. Los mimos a la nietecita subían a cotas inenarrables, porque antes de que abrieses la boca, tenías el globo, el helado, la chaquetita, lo que fuese.

La frase resulta durísima, pero carezco esta tarde calurosa de cabeza para aflorar una mejor: fueron comparsas, personajes secundarios, en la vida de la Familia que formábamos nosotros tres. La vitalidad, la energía de tus Abuelos Paternos, mis Padres, era cien mil veces superior. Ellos formaban parte del núcleo; nunca necesitaron como los Abuelos Maternos preguntar qué hacíamos, lo sabían, vivían la vida con nosotros. La información la escuchaban de los labios de Mamá, de ti, de mí, mientras los Abuelos Maternos recibían lo que les contábamos como novedades, noticias. Digo y redigo, gente insuperable, de los que san Pedro recibe a las puertas pidiendo fanfarrias para escoltar su cruce por el umbral celestial.

Aunque suene a burrada, todo lo anterior lo sabes de sobra. Las personas viven destinos diferentes por razones varias. En incontables ocasiones la causa de que un destino se cumpla sin que trayectorias posibles, que lo hubieran mejorado, lleguen a fructificar se debe al carácter. Cree que hay gente sin la ambición que nos caracteriza. Nosotros buscamos el triunfo, tu Madre en la banca, yo en los libros de crítica que escribo, y mi Hijilla lo persigue en los estudios, en la vida profesional que pronto iniciarás. Solicitamos responsabilidades, ofrecemos opiniones, en resumen, se nota que la cabra tira al monte, a los pastos verdes. Conozco a personas que por su físico, la naturaleza les dotó de menos fuerzas —mi pobre espalda me impide actividades que desearía llevar a cabo—, la falta de mundo, la escasez de dotes a la hora de entender el funcionamiento de las cosas, de la sociedad, una menor inteligencia, hay que decirlo también, se conforman con el lote asignado, con la parcela que les correspondió en el sorteo de la vida. Contribuyen a la sociedad de forma distinta a la de los ambiciosos, proveen un soporte estable al mundo; sin ellos, la lucha por la existencia, el quítate tú que me pongo yo, en aquellas profesiones donde la gente se golpea hasta

ensangrentarse, pienso en la política, permanecería en la edad de piedra. Reitero lo alegado en conversaciones precedentes: la honorabilidad de las personas no depende de los logros anunciados a los vientos de la fama. El honor se logra ajustando las posibilidades de la persona a las metas. Mi padres políticos, benditos sean, lo consiguieron de sobra.

Dejé para lo último la necedad, la patochada. La próxima vez que digas lo de amicísimo, te desheredo. Llega un momento en que resulta obligado marcar las distancias, y la memez de que desdeño lo referente a la religión al igual que los imprácticos de la generación del 68 me repatea.

Apunta: La religión formaba parte integrante de la educación de los niños de posguerra. Al entrar en la universidad los saberes laicos sustituían, con importantes excepciones, los inculcados por los profesores de religión, por las familias, por la sociedad en general, con los que se sobrevivía, se explicaba lo inexplicable. Los alumnos de los colegios de curas apenas catábamos la filosofía o las ciencias que cuestionan el papel del hombre en el universo. Las daban por el método del subrayado, marcadas de la línea diez a la doce, de la veinticinco a la treinta, y memorizadlo. Nada de pensar. La niña mía, por el contrario, acudió, menos en el COU, a un colegio de alto plumero, donde se educan las cabezas privilegiadas. Los conocimientos que los pobres diablos de los papás aprendieron a trancas y barrancas en las aulas universitarias, gracias a unos buenos señores, que por razones desconocidas se dedicaban a desasnarnos, los adquiristeis las señoritas de la democracia por la cara bonita.

A las puertas de entrada al Patio de Escuelas salmantino, donde tomaba lección de filosofía, dejé la religión, dejé allí el escudo contra todo lo desconocido, y empuñé otro. Lo digo sin orgullo ni complacencia. Los de mi generación anduvimos escasos de maestros preparados. A los de la vuestra os cupo mejor suerte. En breve, la filosofía, el aprender a pensar, a cuestionar, vino a llenar en los años universitarios parte del espacio intelectual ocupado por la religión. ¿Te enteras? La religión sigue conmigo, de forma distinta; las invocatorias a la Virgen del Perpetuo Socorro afloran a mis labios con frecuencia. Entérate, zoquete. Nada de que desprecio la religión, ni si tuvo un lugar en mi vida y que ahora reniego, como Satanás. Serás puñetera, y tu Madre una alcahueta de las falsedades más podridas. Tú, precisamente, a la que dimos la mejor educación, para que empezaras desde niña a entender mejor los fundamentos biológicos y físicos de la vida, y que ahora me vengas con esas bobadas.

Nunca desprecié a los Abuelos Maternos por nada, menos por ser gente de misa diaria. Al contrario, Miguel de Unamuno y el que esto pergeña

envidiamos a la gente devota, por su inocencia, por la sencillez con que abordaban el día a día. Enlata las mamarrachadas y no pierdas otro cable. Hija, cuándo dejarás de decir absurdos que fríen a tu Padre. Aparte de errar. Tu récord es pavorosamente malo. Cada cosa que me reprochas, nada, te sale el disparo por la culata, como el de la religión, o el impacto se incrusta lejos de la diana. Qué patochada, a estas alturas del siglo xx, plantear la cuestión de la religión en términos preconciliares.

Comería a Mamá con patatas fritas; después de tantos años descubro en ella un talento desconocido: el de meter cizaña. La inocente falta de cautela a la hora de relacionarme con ella me sirvió para que jugase conmigo a su antojo. La juzgué mejor de lo que era, ¡qué pena! Los celos, la rabia, las pasiones, lo que yace hondo en el corazón, en el alma, en la conciencia, o como quiera que se llame esa invención, con la que aludimos al hueco donde resuenan los pensamientos y lo que sentimos, parece que cuando emponzoña lo de abajo, a lo que nunca baña el sol, que es imposible de limpiar. Siento escalofríos al pensar en la capacidad de destrucción, de distorsión, de las pasiones encendidas. Ella, que fue una mujer radiante, vivaz, una hija única, mimada y lista. Nunca suspendió ni una en junio; y en Económicas las buenas notas se repartían con cuentagotas. Los años iniciales del matrimonio, la vida en común, fueron felices sin estridencias. Al romper esa tranquilidad no permanecí indiferente. Hasta hoy que hablé contigo por teléfono, y cuando escuchaba ese respirar emocionado, tus palabras dichas con premura, con fuego rencoroso, jamás discerní lo afiladas que permanecen las garras del desengaño.

Dios la hizo buena con lo del barro, y nosotros redondeamos la labor creadora pensando que cabía esculpir el alma humana. Voy a dejar que patalee la rabia apurando unas copas de güisqui, hasta que encuentre el fondo del vaso. Hace años consideré el daño que hacía a tu Madre, y lo sopesé con las posibilidades de su futuro, brillante, como ha sido, desde el punto de vista profesional. De la parte humana dejé que el tiempo se ocupara de ella. Los meses, los años, pasaron apoyando el sentimiento, sin que yo notara sus arrebatos. Esto resulta un horror.

Resistiré una noche de insomnio, una de las muchas que aún tengo que sufrir tras media docena de años de intentar enhebrar nuestras vidas. Los desgarrones emotivos arrancaron la mitad de mi alma hace tiempo, por eso soporto con estoicidad relativa cuanta basura parece llegarme remitida del pozo de las miserias humanas. Llevo demasiados años mutilando el corazón para dejarme afectar por lo que supuse mejor de lo que era.

Como no me queda otro remedio que seguir contemporizando, recibe un cartucho de besos medio vacío de, tu Padre.

21

La tercera sinfonía de Beethoven suena en el estéreo, y aunque nadie la escuche, ayuda a tender una nube de negror por toda la habitación. El que escribe levanta la vista del papel un momento, y se distrae con una reproducción de Joan Miró que hay en la pared a su derecha, y se le ocurre la bobada de que al niño que mira la luna se le va a caer una escalera encima.

13 de septiembre de 1994

Añorada damita misteriosa:

Acudo a la cita maquillado, con una sonrisa sobrepuesta, pintada en la cara. Albricias por la carta, y sobre todo por los planes anunciados de venirte por Madrid. Sabes dónde tienes fonda; si prefieres ir a la de tu Prima, de acuerdo. ¿Algún argumento te convencería para aceptar posada en un aparente piso de la calle Juan Bravo? En cualquier caso, cuidado con oler el pegamento, seguro que la Prima te ofrece. Vendrás a casa a comer, tanto mi Mujer como mi Hijo, tu Hermano, están ilusionados con la visita. El niño pintó el barco adjunto e indicó que era para que vinieses con comodidad.

Detecté en tus palabras el nerviosismo inherente a los años de finales de carrera, un ritual jorobado, lo viví. Ojalá te pudiera ayudar, pero ni sé de qué van los tiros. Me alegra lo de que pases un par de semanas trabajando para una Compañía de Carburantes, con la posibilidad de que cuando termines te manden a Sacramento (California) para seis meses de entrenamiento. Suena fabuloso, ¡menuda oportunidad!

Conozco California bastante bien, pues pasé, como sabes, seis meses de visitante en Santa Bárbara. Lugar precioso donde los haya. Lo bueno de Norteamérica es la experiencia que provee; los extranjeros experimentamos lo mejor, los avances tecnológicos y el buen clima de trabajo. No lo dudes por un segundo, el que a mí no me gustase la vida diaria en USA nada tiene que ver con la experiencia profesional. No me satisfacen aquellas costumbres porque me aburre ir de compras, el mercar cinco cepillos de dientes por el precio de dos cuando necesito uno. Mi Mujer lo disfrutó una burrada, por la

comodidad de la vida, con supermercados como plazas de toros, abiertos día y noche, donde venden lo que se te antoje. Le chiflaba vivir en ese gran Pryca que supone la vida en USA.

Las empresas serán semejantes a las universidades, llenas de oportunidades financiadas con abundante plata para aprender, o sea, lo que digo, que estarás a gusto. ¿Y tu Novio? ¿Qué va a hacer mientras tú residas en las Américas? Tan americano el muchacho, si no te acompaña morirá de envidia y de morriña. Bueno, le contarás de palabra.

A lo de pasarte una semanita en Galicia con Mamá vacacionándoos, hurra, hurra, y hurra. Santiago de Compostela, vaya urbe, maravilla del universo. Llevad calzado cómodo y ropa holgada, lo uno para andar bien, lo otro para desceñiros tras las comilonas. Añoro unos meses que enseñé allí, por la gentileza y sencillez de las gentes, por su mucha personalidad regional. En Galicia me siento acogido en una diferencia cultural que es la mía y que no lo es. ¡Gustirrín galego! Por cierto, la universidad es de lo mejorcito que tenemos en el país, el actual rector ha conseguido que su institución destaque frente a muchas, la ha puesto a nivel europeo y mundial. Los compañeros que conozco de filología, español, gallego, e inglés, son igualmente de primer orden. Si veis anunciada conferencia o similar, id, será buena. La ciudad comparte duende con Salamanca, Bologna, y Granada; la Historia habita en sus edificios, no para petrificarse adocenada, sino para decirnos que allí sigue de testigo, e indicarnos que el futuro no puede ser inferior al pasado.

Salivo al pensar en el manduque y el bebuque galego. Dile a tu Madre que te invite en un restaurante, se me escapa el nombre, termina en os, situado en una calle antigua con unos arcos, que empieza a la vera de la catedral y termina en una plazuela con fuente en medio, a dos pasos del conocido café donde se sentaba don Ramón del Valle-Inclán. Preguntad en el hotel, ellos sabrán. Allí se come el mejor marisco del mundo. Hace un par de meses estuve precisamente en una tesis sobre la Pardo Bazán, espléndida, sí, la tesis y la condesa, dirigida por un Amigo Catedrático. Tras la defensa, que nos dejó a todos los miembros del tribunal eufóricos, por la calidad, la nueva doctora invitó a almorzar al sitio de marras, donde comimos gambas y percebes hasta saciarnos. Cuando pensábamos glotones en el postre, la comida empezaba, y sin mayores protocolos trajeron un bogavante al horno a cada uno. Terminado el cual preguntaron si deseábamos algo de carne; un colega, bajito por cierto, de Barcelona, aún se arreó un chuletón. Estómago, además de cráneo, privilegiado donde lo encuentres.

Por fortuna, un Colega Amigo de Santiago me rescató a las seis de la tarde, porque de lo contrario seguiría en la celebración. El albariños con que riegan el marisco se queda contigo acariciándote, y lo mismo que con las caricias humanas, nunca te sacias.

Los viajes con tu Madre me parecen fundamentales, porque mantienes vivos el contacto y los lazos de cariño. Recuerda la cantidad de años que pasasteis juntas, el amor que te brindó. Llega la hora de devolver algo de las entregas de amor. Me cuesta entender que no te parezca bien ir con tu Madre y su Compañero. Él, a quien conozco años ha, es una bella persona, inteligente, y que estoy seguro disfrutará de tu compañía. Entiendo que quieras ir de pareja con Mamá; ella en cambio posiblemente prefiere compartirte. Reflexiona una pizca sobre las necesidades de tus Padres. Lo mío sé que te parece y pareció la traición de Judas, el abandono del seno familiar, pero eso no lo puedes decir de Mamá. Ella permaneció a tu lado desde la rotura, y cada vez que hablo de ti con ella sale a cada dos palabras con la cantata de la nena esto y lo de más allá. Tú eres su vida y principal preocupación.

Por otro lado, me convencí de que una parte sustancial de la animosidad que me guardas proviene de comentarios realizados por tu Madre. Lo explayé en una carta, a la que contestaste con una venenosa llamada, menos mal que me cogiste preparado, y como los calamares echan su tinta, yo tenía listo el antídoto, y funcionó con normalidad. Aprende a discernir entre lo que aconseja el coraje y lo que dice la sensatez. Es mucho pedirte, pero tengo el derecho a demandártelo.

Mamá ha solucionado a estas alturas su problema sentimental de manera satisfactoria, pues el pretendiente al trono vacante en su corazón es un aspirante digno, con el que comparte profesión. Debía pasar la página, en la que figura su ex y todo lo relacionado conmigo. Sin embargo, nada. Tú y ella seguís congeladas en las mismas actitudes adoptadas cuando decidisteis meterme en la nevera, en lo que al menda se refiere. Allá vosotras. Nadie que yo conozca respeta semejante actitud, ni vosotras mismas, pues os cuidáis cuando habláis con los Primos, con mi Hermana y su marido, de ponerlos la careta de las personas razonables. Hacéis como si os llevaseis a partir un piñón conmigo. Da pena, pero es una actitud cínica al sumo.

Lo digo y repetiré un millón de veces. El daño que infligís con una postura tan irracional e insensata resulta enorme. Los sentimientos, incluidos los paternos, por fuertes que sean, por naturales que resulten, a duras penas sobrevivirán esa inaudita frialdad. A Mamá la pensaba cada vez más cercana

a mí, que había dado el giro necesario, por el paso del tiempo y por la situación, a punto de contraer matrimonio. A ti, que pasas del calor al frío, aunque el templado es la temperatura máxima que registra el termómetro del trato conmigo, creía que, solucionado el problema materno, te volverías hacia mí con ojos distintos. En cambio, lo que me encuentro es: una mujer que me ha estado sonriendo y mintiendo, y que sigue deseando vengarse de mi persona, que obviamente odia mi vida actual; y una hija que jamás supo mantener en su corazón el cariño inspirado por el padre que vivió hartos años dedicado a la criatura.

En cualquier caso, acepto el destino. Digo generoso: os perdono porque no sabéis lo que hacéis. Pasé suficientes años de la vida, una docena larga con vosotras, para que tire nuestros lazos por la borda como un lastre. Ese perdón se acerca a la indiferencia, y a mirar con la sonrisa de un cariño prevenido a tu Madre. A ti, te quiero, aunque intuyo que cambiaste; sigo queriendo a una niña que quizás dejó de existir.

Guarda tus impulsos crudos; incluso las niñas de los ojos de los papás y las mamás que parece que vestirán el traje de piqué la vida entera se manchan con barro. Leo en el interlineado velados reproches a tu Madre, no verbalizados, pero que los hechos, tu actitud, avalan. Tanto tu Madre como yo somos seres humanos, necesitados de cariño. Lo que me pregunto es de dónde salió tan tremenda intransigencia. Temo que viene de mi obsesión por hacer una familia, que luego yo mismo vine a desunir. Tú pareces haber trasladado mi obsesión por la Familia a otros terrenos.

Los psicólogos de hoy día solucionan los enredos familiares cargando el muerto al incesto. El tópico clínico insiste en que los padres abusan de las hijas de maneras variadas, y la sexual, detestable, asquerosa, dudo que estadísticamente sea la de mayor frecuencia. Nadie del Apellido se desvió por ese camino. Por fortuna no padecemos flaquezas de tal naturaleza, lo que en este caso concreto quiere decir que seguimos las normas de la mayoría. Opino, y la prédica es una de mis clásicas, que debe acudirse a los psiquiatras o psicólogos en casos extremos. El gasto del desfogue diario, los nervios banales, las preocupaciones cotidianas, basta con hablarlas con los allegados o amigos. Hablar de lo que inquieta nivela y ayuda a poner los asuntos del coco en orden. El acudir por nimiedades al psicólogo es levantar los brazos en alto y decir me rindo. El ejercicio de comunicar es difícil, sin duda, pero no tanto que sea imposible. Contigo resulta complicado intercambiar. Callas, y todo lo tengo que interpretar por las acciones, el silencio, las palabras a

medias. Lo único de que me quieres hablar es de los estudios. Sobre ellos sí te explicas bien, y con detenimiento; de tus sentimientos, nada dices.

Anhelo que las cartas te sirvan para entenderme; que te des cuenta de que soy un hombre como los demás, sólo que se da la circunstancia de que soy tu Padre y te quiero más que a mi propia vida, aunque no te lo parezca. El amor entre un padre y una hija es tan íntimo y carnal que nunca el misterio de su existencia se deja desvelar por completo. Eres, serás madre-mujer como tu Madre, y eso hace que cuando pienso en ti imagino que siento latir la vida, la continuidad de mi vida, de mi carne en ti.

Te quiere, tu Padre.

22

Los ojos aureolados de rojo se mueven nerviosos, buscan en el espacio reducido de una pared color crema, donde cuelgan varios cuadritos con fotos repletas de gentes, un punto desde donde lanzarse a la llanura blanca del papel, que espera paciente a los jinetes negros que la surcarán. Al que colocará a los enlutados caballistas en el papel le gustaría que el recorrido fuera inolvidable para quienes luego siguieran el mismo itinerario aunque sólo sea con la levedad de la mirada.

16 de octubre de 1994

Hija mía:

Por la Tía recibí la noticia de tu estancia en Madrid. ¡Y que no acudiste a visitarnos! ¿Sería razón suficiente que mi carta te pareciese, de nuevo, un insulto, una humillación? Hablaste de lo que nunca debiste hacerlo. No es que no pueda decirte adiós, por supuesto que sí. Hija, estoy hasta las mismísimas narices de ti y de tu Madre. ¿No lo comprendes? Tengo una vida que no se roza con la tuya. Estoy hasta aquí de vosotras, pero mi sentido del deber me mueve y mueve mis sentimientos. ¿Qué te imaginas? Que los padres divorciados somos una colección de imbéciles que babeamos ante los insultos de sus ex cónyuges e hijas. Despierta, cenicienta.

Le dijiste a la Tía que no quieres saber nada de mí. Ojalá fuera así de fácil. Lo haría si fuese posible, pero tengo además del deber la necesidad de mantener nuestra relación paternofilial viva, aunque sea a base de oxígeno embotellado, mis cartas.

Mira, me saco el puñal del costado que lleva inscrito tu mensaje, «no quiero saber nada de mi Padre», chorro sangre, pero sigo vivo. Me curo la herida como puedo. Nada que hagas lo aceptaré como la señal de adiós definitivo, aunque te vea agitando el pañuelo y tu pañuelo diga que te marchas lejos para nunca volver. Yo seguiré cada tarde yendo a pasearme a la carrera de la esperanza para aguardar tu retorno. Recuerdo cuando el Abuelo nos llevaba a pasear por Marbella, la de antes con carretera general; íbamos a la caída de la tarde, y los viernes en especial nos gustaba observar la llegada de las gentes conocidas que acudían a pasar el fin de semana con la familia. A veces éramos nosotros quienes veníamos de Madrid, y la alegría de los paseantes al vernos asomar, el hola por la ventanilla del coche. Qué alegría, que casi siempre se extendía hasta la hora de la cena clausurada con los obligados pasteles que el recién llegado tenía que traer. El bigote blanco del Abuelo hacía los honores al postre, y su sentencia dicha empuñando el consabido milhojas era sin variar qué rico.

Ésa es la tradición familiar, querer mucho y esperar al que al fin llegará con los pasteles. Y si por casualidad la persona llegaba sin milhojas o pastas de mantequilla, tampoco importaba; al día siguiente se compraban en la pastelería de doña Manolita y había milhojas y alegría. Aquí te espero, pichurrona, ¿dónde están los milhojas? Que no hay milhojas ni nada dulce, sigo de guardia. El camino no es ése.

Me pregunto por la reacción de Mamá cuando te presentaste una vez con tu huraña actitud. No puedo creer que ella piense que una carta, que seguro no le has dado a leer, puede ser el motivo de tu insistente silencio, de que vinieras a Madrid, y ni te dignaras llamarme; siquiera una llamadita por teléfono, para saludar a tu Hermano, el Hermanastro que le llamaste en alguna ocasión. Los remoquetes poco importan, lo que importa es que toques a la otra persona, aunque sea sacándole la lengua.

Una de las cosas que yo odio de la España madura es la actitud de ciertas mujeres españolas que desconocen los modos de mirar a los varones. Rémorra que viene de la costumbre del luto, de la histórica sumisión de la mujer al hombre. Desprecio a las hembras incapaces de mirar a los ojos no para conquistar al macho, sino simplemente por cortesía, por fraternidad, porque todos somos iguales, porque si yo me cruzo con otro ser humano, la candelita que luce en cualquier pupila le puede avivar, dar vida, decir un no sé qué. Un vaya con Dios hermano, que tu sufrimiento se convierta en alegría. Eso es algo que no verás en California. Los americanos, como anglosajones del nuevo mundo, han conseguido algo maravilloso, que es ponerse la careta de

los muñecos de Disney para la vida diaria, y siempre sonríen, o sea, que cuando te miran no sabes qué decir, porque te desconcierta el plástico de las mejillas y la falta de profundidad de los ojos. Nosotros somos muy distintos, algunos. Los hombres importantes, quiero decir que se creen importantes, los políticos del partido ganador, recién ascendidos al poder, que se imaginan poseedores de algo especial, que confunden el poder con el deber de gobernar, y las mujeres de luto, las señoras que se preocupan tanto de sí mismas que son incapaces de mirar a algo que no sea el espejo del cuarto de baño, todas ellas y ellos suelen recordar en la manera de mirar a los ojos cansinos de los perros caniches.

Te mando una lágrima que brota de mi pecho desconsolado para que la dejes correr por tu mejilla, pues es donde debe estar, y que el amargor que lleva, al bajar por tu carita bonita, se dulcifique, y llames a tu Padre, y me escribas, y me digas. Ya estás otra vez en el maldito curso, y te falta el tiempo y la paz. Si no me llamas o te comunicas pronto, me pondré en contacto con tu Madre, y le preguntaré, pues estoy seguro de que ella no puede aceptar lo que haces a tu, Padre.

1995

23

Los nervios del que redacta deben de andar un pelo tensos. Mala señal parece el que cuando elegía un CD para acompañar la escritura se decidió por una casete regalo de la Dirección General de Tráfico para que los conductores no se duerman al volante. Indica al menos la intención de marchar con prudencia.

30 de septiembre de 1995

Mi Hija preciosa:

Gracias por las fotos del verano. Me las había enseñado mi Hermana, tu Tía. A quien fui a felicitar con el niño por su santo. Habló glorias de ti y de tu Novio. El chico impresiona por guaperas; hacéis una pareja estupenda, parecéis el tal para cual. Él y tú sois ese tipo de personas que tienen la suerte de ir o parecer ir siempre como pinces, vestidos con esmero, con el pelo cortado de maravilla, y con los zapatos brillantes. Se os ve entrar en cualquier establecimiento y se sabe que sois triunfadores. En fin, no te pareces en nada a mí ni a tu Madre, practicantes de la máxima aquella de que la arruga es bella. Si sales a alguien será a la Abuela Paterna, a quien nunca vi con un pelo fuera de su sitio. Sabes que el otro día hablando con tu Tía de los Abuelos nos emocionamos recordando tantas cosas. La Abuela tan callada vivió a la sombra del Abuelo fungiendo de ángel. En la vida pronunció una palabra fuera de lugar, y la sonrisa amable adornaba su rostro a todas las horas del día. Cuánto me gustaba besarla, apretujarle la mejilla; ahora sé por los excesos de amor intempestivos del niño lo doloroso e incómodo que resulta. Ella nunca se quejó; al contrario, creo que le gustaba sentirme tan cerca, tan en sus dobleces. Me emocioné con mi Hermana intercambiando adjetivos sobre los dulces ojos, las mejillas de miel, incluso cuando la edad las surcó de

arrugas, las manos de terciopelo, tan pequeñas y bien perfiladas, con la manicura impecable, el pelo blanco de hada, de mi Madre. Mamita del alma, a quien tanto lloré, y aún lloro, pues cada día que pasa conozco mejor la soledad en que su partida nos sumió. Con ella se rompió la familia, mi Mujer, mi Hijo, y yo nos convertimos en el núcleo familiar, casi con nada de familia alrededor. Tu ida arrebatada, primero por la furia de tu Madre, luego por tu rencor, ahora porque no te gusta relacionarte conmigo, porque me he casado y tenido descendencia con otra mujer, rasgó la cuerda del salvavidas denominado Familia que la Abuela fue la última en echarnos al cuello, cada vez que nos encontraba.

Sabes, Hija, que al morirse la Abuela nos dejó huérfanos. No tenemos otra familia, y por eso quizás no me puedo desprender de ti, porque sé que un día sentirás el hueco de la nada. Tengo muchos amigos, replicas. Yo también, te contesto. Mis Amigos Profesores de Salamanca son como hermanos, o los Amigos Fraternal de Zaragoza son los flotadores con los que puedo seguir navegando por el río de la vida. Con ellos vivo, vivo sus vidas, las de los suyos, sufro con sus desdichas y disfruto intensamente con sus alegrías. Los Amigos de Salamanca tienen una Hija, encantadora, que ha salido fetén, a pesar de que la mimaron (y miman) hasta no te cuento, y cuando veo sus ojos almendrados como los de la madre, a quien recuerdo jovencita, recién casada, siento que la vida sigue, y que yo soy testigo de uno de los milagros de la existencia humana, de que esa madre y esa hija, y mi amigo, amigo de tomar cañas, para reírnos, para vivir la vida y el trabajo a tope, me dan el oxígeno necesario para continuar pensando que todo esto merece la pena. Te digo que los quiero; sin el oxígeno que me proveen viviría mal, estaría como el olmo seco de don Antonio Machado.

Tampoco quiero ni puedo prescindir del amor de mis Amigos de Zaragoza, porque sé que allí están ellos. El mapa se convierte no en una superficie plana sobre un papel, sino en la geografía del continuo humano. Si siguiera la línea que separa Madrid de Zaragoza llegaría a ellos, y ellos estarían esperándome, con los brazos abiertos, dispuestos a apretarlos en torno de mi cintura, y cerrando los ojos decir: Amigo. Los cuatro besos que acompañan el saludo hacen desaparecer el sudor del camino, y los pesares de estar lejos de casa se desvanecen, pues estoy a salvo, en su casa.

Con la familia se comparte todo, el día a día, iba a escribir el boca a boca. Salimos de la misma carne, y por mucho que nos alejemos nos sigue tirando, llamando. Hay gente que es herida profundamente por un miembro de la familia y son capaces de huir y jamás retornar, en casos en que el delito

cometido contra otro miembro de la familia es tan grave que quizás eso es lo recomendable, pero el porcentaje ha de ser muy bajo. Lo habitual es que los distanciamientos se produzcan porque caemos bajo el influjo de personas, de pareceres, que cortan el cordón familiar, o lo retuercen y le perdemos la pista. De cualquier manera, quien lo deja perder echa a perder su vida, pues ese cordón puede ser una línea por la que algún día, cuando menos lo pensemos, llegue la salvación, cuando inconscientes jugando lo retomamos en nuestra mano, tiramos fuerte y de golpe estamos frente a quien nos quiere.

Sabes bien, Hija, que el cordón, aunque quieras romperlo, enterrarlo, está allí, y cuando quieras jalarlo, como dicen los mexicanos, jálalo que enseguida llegas a mí.

Y dejo para el final lo mejor: voy a Barcelona a principios del mes entrante, a formar parte de un tribunal de tesis de la Central. Me quedaré en un hotel cercano a la universidad, probablemente el Cristal, pero ya te lo diré con seguridad. Podemos ir a comer a algún sitio bueno y bonito, donde tú me indiques.

Como diría un rumbero azucaroso y morenón: quiéreme, que yo te adoro. Tu Padre.

24

Hay dos copas sobre la mesa, una es de anís, que una mano de mujer coge de vez en cuando, y una de licor de manzana, que el que escribe bebe sin ninguna atención. Al comienzo de la carta bebía sorbitos a cada poco. Pronto, la apuré de un golpe. Su mujer le dijo, bebes y ni te enteras. Saborea el chupito. Está demasiado dulce, comentó. Era la primera vez que emitía semejante queja; desde que le ofrecieron en un restaurante asturiano hace unos años el mismo chupito, la botellita de manzana verde no falta en la nevera.

18 de noviembre de 1995

A mi monumento nacional:

Vaya que estás reguapa. Luces un montón. El Noviajo ese no te merece. Un cacho mocetón, sí señor, aunque un poco delgaducho. Disfruté mucho la noche que compartimos. El restaurante fenomenal, Casa Calvet, menos mal que no me reconocieron, pues como os dije es al mismo al que me llevaron los del Departamento de Filología la noche anterior, mi primera en la Ciudad

Condal. Aun así todo me supo a poco, menos el restaurante; la presencia del maromo me daba corte, y ciertos temas me parecían fuera de lugar, y prefiero que el papá del muchacho consiga la información con mayor esfuerzo. Escuché deslumbrado todos los planes. A vuestra edad andaba preocupado por encontrar tiempo para tumbarme a leer y por sacar el carnet de conducir; el único futuro en que pensaba era el de los verbos.

Tu Noviete parece comprensivo y emprendedor. El que no ponga impedimentos a que aceptes lo de la Compañía de Carburantes, y que te vayas a California seis meses, dice mucho del chico. Tenéis hoy otra pasta. Si tu Madre me hubiera dicho eso, yo hubiera puesto el grito en el cielo, amenazado con romper la relación tres mil quinientas veces, acusado de falta de amor, y pensado que la intención inconfesada era echarse un ligue mientras estaba en las Américas.

Del trabajo de tu Novio sigo *in albis*. Deduzco por indicios equívocos que labora de relaciones públicas. La ropa que gasta el hombre, de impresión, menuda calidad y estilo. Parece salido de un anuncio, y qué olor a colonia cara. Perdona el olvido de la corbata, se me pasó lo que dijiste de que vendrías de punta en blanco por no sé qué *cocktail*. El caso es que el día anterior la llevaba puesta, la que me regalaste hace un par de años para Reyes, marrón con lágrimas chanel amarillas. Lo de los pantalones de algodón es una manía. La Abuela me decía cuando iba a buscarla para llevarla al cine, que si no pensaba cambiarme de pantalones, y siempre pasábamos por casa y me cambiaba los de pana o caquis por unos de tergal grises que todavía tengo, y ella ya se ponía tan contenta.

No sé si recordarás el episodio, debías de andar por los diez años, que un invierno, con un dinero que saqué de una edición de *Pride and Prejudice*, me compré un abrigo azul austríaco, superguay, con un forro rojo obispo de caerse. Hasta el dueño se encontraba señorial con el abrigo. La Abuela disfrutaba de ir conmigo del bracete cuando lucía esa prenda. Y mi Mujer también. Ahora que lo pienso, debo comprarme este invierno uno idéntico, porque estoy contigo que la gabardina verde que llevé está para el arrastre. Mi Mujer sí me cuida, a pesar de lo que insinuaste. Procura meterse lo menos posible en mis cosas, y se le pasa por alto. O lo nota esporádicamente. A veces camino de la universidad me doy cuenta de que voy sin peinar, y que mi Mujer se ha despedido de mí, y que no me ha dicho nada. Cabe pensar que le importo poco. ¿Será así la cosa, o es que me mira a los ojos, o a las manos, como hago yo con ella, todas las partes de su cuerpo que me atraen la vista, y da la casualidad que no se fija en mi peinado? Pienso que le sucede ídem con

mi ropa. Desde luego siempre le he envidiado a mi Amigo de Salamanca el que su mujer cada vez que va de viaje le prepara el maletín, y le pone toda la ropa ordenada para los días que estará fuera de casa, o sea, que él lo único que tiene que hacer es no equivocarse. Bueno, se equivoca, y va peor que yo, porque mete la mano para sacar el libro que yace al fondo, y mal coloca lo preparado, lo enreda todo, y se pone la camisa del lunes con la corbata del miércoles, y hay que mirarle con gafas de sol, por el desentone total. La última hazaña suya es genial, caminábamos por la plaza en Salamanca, dice, coño, que me meo, y sale disparado, y en lugar de entrar en el bar, se mete corriendo en una farmacia creyendo que era una cafetería, y le dijo al farmacéutico, póngame una caña que voy al servicio, y entró echando leches a la rebotica, donde cayó en el error. Imagínate el cachondeo. En resumen, que los universitarios somos de la raza de hombres desastrados, a los que las convenciones burguesas llevadas al extremo del planchado sin arrugas nos van poco. Necesitamos llevar un montón de papelitos, para perder los teléfonos mal apuntados, tres o cuatro bolígrafos, que tampoco aparecen cuando hacen falta, un clip, el cortauñas para abrir paquetes de libros. La chaqueta safari es lo indicado, pero no sabemos qué hacer con las hebillas.

Recojo amarras. Hacéis una pareja aceptable en lo externo, guapa, aunque extraña en lo referente al coco. Una soberbia lectora emparejada con un leyente de los artículos de fondo del Marca. Me preocupa el desnivel. El mozo conoce los mensajes transmitidos por los anuncios de las revistas dominicales de El País y de La Vanguardia, y desconoce a fondo también los pensamientos conformadores de la vida de los seres que habitan conscientemente el planeta, de lo que uno se entera leyendo libros, de literatura, de ensayo, revistas y esas cosas. ¿Hace falta tanto equipaje para la vida? Sí, porque une. Morrosca, tú leíste toneladas, y por ello tu mundo es tan amplio. Sobre los cursillos y viajes financiados por pater y mater para que aprendieras inglés, francés, tenis y a esquiar, has añadido mucho por tu cuenta, viajando casi de gratis a través de los libros en tu habitacioncita o en el cuarto de estar de casa. Es posible que mi tosquedad de hombre de letras de los de antes, de los que pensamos sobre las cosas, me haga malentender a la juventud, y que malcomprendo al escuchimizado guapetón. Sosiégate, aclárame la cuestión.

La vida resulta bastante pindia para que encima añadamos cuestas y puertos de montaña duros de subir. A las parejas les conviene un cierto equilibrio en lo referente a la cultura de sus miembros, o en su defecto la evidencia de que ambos deseen cultivarse. Las letras, las artes, la música,

comparten, ya lo sabes, un quid común, que extiende al hombre, lo lleva a lugares ignotos, fuera de la propia piel o tan adentro de la suya que observan el cuerpo propio como si estuviera allá en la tierra, mientras iniciamos un viaje submarino de miles de millas. Mamá y el firmante compartimos eso y más. Su cultura literaria era excelente. Conocía la poesía clásica y la de hoy, la pintura, de todo. Compartimos juntos cientos de museos, veladas incontables, con lo que intelectualmente crecimos juntos, concertando experiencias estéticas.

Cabe decir que sabíamos lo mismo, aunque sentimos de maneras opuestas. Ella gustaba de intuir con rapidez el contenido de la obra, en cambio mi forte era el aderezo, el entrar al asunto escudado de saberes, con calma y cerebro. La vida en común acabó equilibrando un poco ambas tendencias; su intuición se moderó con sabidurías aprendidas, mientras tu Padre comenzó a citar al toro con mayor bravura. A pesar de ello, escolta, un día vino a visitarme la inesperada realidad y todas esas concertaciones sirvieron de menos de lo esperado. ¡Ay, si no las hubiera habido! Ellas nos permitieron conservar el marco educado, la palabra baila de inexacta, pero no encuentro otra mejor, desde el que consideramos la vida, si bien separados. Ésta sigue siendo rica, con textura, variada, no es sólo el cuerpo lo que nos interesa, ni lo exterior, sino que comprendemos la extensión de nuestras vidas hacia dentro. Eso es mucho cuando te quedas solo. De momento, como cuando pienso en lo abandonado que me dejas en infinitas ocasiones pego un grito interior que me desgarrar. Me rompe todo; casi no sé quién soy. Quedo como anestesiado. Cuando recubro el sentido y soy yo, al despertar de una mala pesadilla puedo recomponer mi vida, mi persona herida, sintiéndome. Bueno, pues para eso sirve la cultura.

Desoye a cuantos en tu profesión digan que las artes y las letras son una tontería. Tú lo sabes. Elegiste estudios profesionales porque las cosas, el ganarse la vida, no están para bulerías, lo que no quiere decir que tengas que dejar a la persona incompleta. Y entiendo por ser humano a medio hacer a quienes desconocen la manera de apropiarse de esa maravillosa tradición o legado humano de las humanidades, que permite sentir y revivir lo mejor que han sentido y sabido representar las personas a lo largo de la historia. Cuando lees una historia de amor profundo, Fortunata y Jacinta pongamos por caso, sabes que estás ante una posibilidad de conducta del ser humano, nada más y nada menos, y que te puedes reconocer en las imágenes verbales, y no queda más remedio. Vivir es seguir sintiendo, y la literatura, las artes permiten, como ciertas drogas, extender el placer.

¿Qué más? La belleza de la nena. Pareces una mujer hecha y derecha. ¡Y hablando catalán! ¡Palmas y pitos! Eres una caja de sorpresas. Haces requetebién, porque ahí no hay más remedio, y te enriquece, es otra manera de cortar la realidad. Me gustaría conocer mejor esa lengua, sobre todo para leer algo de poesía en el original. Yo como castellano culto lo entiendo sin dificultad, aunque tengo que estar atento y me canso igual que cuando escucho una lengua extranjera que conozco por afinidad, como el italiano. Nunca hay que olvidarse que los políticos convierten la lengua en arma arrojadiza, porque en su mayoría carecen de ética, y en eso copian al resto de los mortales. No los considero peores que los demás, es que se les nota enseguida. Manifiestan la relajación de principios de conducta de sus representados, y usan la lengua como usan a las familias, para lograr provecho personal.

Pregunta mi Mujer si piensas venir a pasar aquí algo de las Navidades. Nosotros carecemos de planes especiales; quizás la primera semana de enero la vayamos a pasar a Salamanca, decisión supeditada a tu posible venida por estos lares. Incluso si te apetece venir con nosotros a Salamanca, sin problema vamos los cuatro. El Amigo Profesor y familia acaban de mudarse a un chalet en Valdelagua y les sobran habitaciones y ganas de recibir a la gente. Los conoces; cariñosos, acogedores, y dejan libertad. En su casa seguimos el plan de casa. Dedicamos el día a darnos buena vida, excepto que por la mañana mi Mujer y yo le ofrendamos cinco horas al dios Laboro; ellos ofrendan los esfuerzos al trabajo por la noche. La tarde se convierte, pues, en el tiempo franco para el jolgorio y el vacile. Vendrán otros amigos del gremio a visitar, y entre cotilleos de quién se presenta a qué oposición y maledicencias múltiples lo pasaremos de perlas. Si te quieres sumar, hazlo. Te vendría de maravilla, porque así conocerías de cerca a mi gente.

Cuido a las amistades con especial atención. Cuando eras niña, por razones difíciles de explicar tenía docenas de amigos, o creía tenerlos por razones profesionales, que me convenían, y yo en realidad pensaba que eran amigos de verdad. Lo triste es que un día, cuando atravesaba el desierto del divorcio, como dejé de estar en contacto con los susodichos, comencé a notar que se desaparecían. Sólo quedaron a mi lado las personas de verdad, como la Cubanita y gente así. Personas que cifran su valor humano en la persona y desdeñan lo que les puedes ofrecer o la importancia que tengas. Lo mismo pasará entre el gremio de ingenieros, o sea que ojo al parche. Elige despacio, y desconfía de las apariencias. No hay que borrar a nadie del disco duro personal, lo que conviene es ponerlos en un fichero, guardados, sabiendo que

esos son los que se dedican al intercambio de influencias. Cuidado con los que no trabajan en lo suyo pero que quieren subir, esos son peligrosísimos, pues te adulan y mientras te enjabonan al hablar con tus competidores te ponen verde. Bueno, corto.

Comentaba la bella estampa que gastas. Qué piernas bonitas exhibes. El traje de chaqueta estilo chanel —es el único estilo que reconozco— te quedaba de película. Mamá se pasó en Santiago, menudo regalazo. Recuerdas a la llorada Grace Kelly. La verdad que estás hecha una tía elegante. El Novio complementa la pareja sin llegarte ni a la punta del pie, eres más tía que el tío. Lo digo sin ánimo de ofender, es la pura verdad. El pelo ese arrubiado, tan lavado y brillante, vamos, que parecías una presentadora de televisión. De hecho, hay una en la Primera que lee las noticias al mediodía que tiene el cabello idéntico, brillante, y medio país se pregunta, y esta tía cómo consigue tener las greñas tan refulgentes. Me explicarás e igual lo explico en los periódicos, para que al personal se le quite el ansia.

Lo malo es que ya no podemos, puedo, ir por ahí del bracete presumiendo de novia. Se nota que soy el Papá, y no por el parecido físico, porque ni tengo los ojos azules ni la piel amelocotonada ni el tipazo, y me visto con trapos del Rastro. Cuando eras una pollita recuerdo que más de uno te comentó algo del novio, y yo, bueno, cómo me ponía. Hoy con esta calvicie galopante, mi espalda descuajeringada y las variadas goteras, nadie se confundiría. No pasaría ni por tu amante, porque no tengo pinta de mantener amigas que luzcan modelos de Chanel.

Responde a lo de las Navidades. Queremos ir haciendo los planes. Quizás desees pasar la mitad con tu Madre en Santander y fin de año con nosotros. Madrid se pone marchosa con las fiestas. La noche madrileña, con el frío y la oscuridad profunda se engalana para que la gente se meta en casa pronto y disfrute las delicias del hogar. Mi Mujer y mi Hijo adornan la casa con gusto, nunca vi una igual. Tenemos un armario lleno de adornos y luces de Navidad; cada rincón del hogar queda navidañizado. Aligera, ánimo, garantizo que lo pasarás fetén. Como gesto de buena voluntad te hago una transferencia a la cartilla para que pagues los billetes del avión a Santander y a Madrid.

Desespera el Padre que tanto te baila el agua.

25

El hombre recibe de su mujer una carta acabada de entregar por el cartero; la cara de complicidad de la esposa augura gratas noticias. Al reconocer la letra del remite

se le ilumina al señor la mirada, y llama sin palabras, flexionando el índice, a un niño pequeño que juega a dos pasos. Le susurra algo al oído, y el chavalín celebra la confidencia dando un par de brincos en el aire. La madre regresa de la cocina sin el delantal que llevaba puesto hace un momento. El marido nada más sacar del sobre su contenido cae como fulminado contra el respaldo de su sillón, que termina planeando al suelo. La señora toma al nene en brazos y se lo lleva, mientras el hombre pateaba violentamente el parquet, hasta que se levanta y tira la carta al suelo. La mujer entra apresurada al salón y coge la mano del hombre, y le indica que se siente, y éste lo hace con docilidad. La ira cede a una total falta de fuerzas. El hombre y la mujer, que antes de derramar lágrimas como copos de nieve, parecían tan jóvenes, intercambian una sonrisa en la que apenas cabe una esperanza, porque alguien querido se la acaba de enviar amordazada. Por la postura de resignación de la pareja conocemos que son personas acostumbradas a vivir como rehenes del silencio.

9 de diciembre de 1995

Dalila:

Lamento de veras que rehúses la invitación de venir a Juan Bravo, y el saber que pasarás por Madrid camino de Sacramento, donde desaparecerás por varios meses. No entiendo nada, ni cómo se puede perder tantas clases en el último año de carrera, ni el que te falte tiempo para venir tres días a Madrid. Lo de que pases la Nochebuena con tu Madre, de acuerdo; en cualquier caso, podrías hacer un huequito en el calendario y personarte por Madrid. La broma de que gastases el dinero del avión en una maleta resulta un tanto pesada.

Coincide tu escala en Madrid, del vuelo de Iberia Barcelona-Nueva York, el tres de enero, con nuestro viaje a Salamanca. Avisada estabas. Imposible acudir al aeropuerto, y menos cuando ya has invitado a tu Prima, que comparecerá con el bebé, Che, al que lleva de la ceca a la meca cuando hay que dar el show, a dos Amigas del colegio, en resumidas cuentas, a la multitud a que te aclame en el primer salto del charco. Para desempeñar el papel de comparsa prefiero retirarme. Estoy ocupado.

Reaccionas con una frivolidad hiriente. ¿Por qué avisaste a todo quisque viviente que pasas por Madrid camino de USA en lugar de reservarme esa media horita? Suena a locura, un padre y su cachorro despidiéndose a solas cuando la niña marcha al extranjero por una temporada larga. Eso de que carecemos de temas de conversación, que lo tenemos todo dicho mil y una veces, rezuma insensibilidad. Hablaremos de lo que sea, de lo mucho que te queda por contarme. Me reprochabas la sempiterna presencia de mi Mujer en

nuestros encuentros, que no era así, y además hablamos de una persona normal, que no tiene que imponerse ni probar nada a nadie. Tú y tus amigas sois de las que os sentáis en primera fila o el pan de la personalidad queda crudo. Rechazas verte conmigo porque necesitas alicientes suplementarios, la presencia de tu Prima, que te contará las últimas aventuras amorosas, a las que acude con el bebé, a quien crucificó poniéndole Che de nombre. Desairas a tu Padre para escuchar los comentarios sobre el tamaño de la cosa de no sé qué jugador de baloncesto, y la decepción que se llevó con el pivote, un roble de alto y luego con un aparato... Ésos son sus temas, y tú, hija mía y de tu Madre, nieta de tu Abuelo, todos ellos intelectuales, amuermándote. Una joven brillante a punto de terminar una carrera difícilísima de Ingeniería Industrial que prefiere relacionarse con la descerebrada de tu Prima que conmigo. Por favor, adónde pretendes llegar.

Desestimás el efecto del divorcio en los padres, aunque pretendáis que nada pasa y muestren el cariño de siempre a los hijos. Hay algo que ni sabes que sí es verdad. La separación se realizó a tus dieciséis años a causa de los psicólogos, éstos opinan que la personalidad del niño está formada a esa edad. Parecía sensato, aunque como toda explicación es una mera teoría; en estos momentos atestiguo de la falsedad de la misma. Los afectados deberíamos exigir compensación por el daño efectuado por tamañas falacias, que suavizan el golpe de momento, hasta que te llevas el batacazo cuando el invento no funciona. Ni estabas madura ni nada; nunca supiste enfrentarte a la realidad de los hechos. Encima, el factor de la madre quedaba fuera de la ecuación, y resulta que era importantísimo. Mamá tampoco estaba lista para la separación ni dispuesta a aceptar el trato, aunque sonreía con sonrisa de carnero degollado diciendo que sí, que me fuera, que mi Mujer era una tía de cuidado, que aprendería lo que vale un peine, que regresaría con la cola entre las patas cuando descubriera los intereses bastardos. La posición, el dinero, desconozco a cuál se refería, eran las metas mediante las que la intrusa conseguiría auparse y conseguir un trabajo mejor. Es decir que una niña como tú de dieciséis años, poseedora de una personalidad firme, de madre superiora, y no basta, porque los afectos contrariados de la Madre chocan contra el corazoncito juvenil y la fuerza de la tormenta acaba por arrollar cuanto encuentra a su paso.

Yo no te cargo con las culpas de que me volvieras la espalda con un descaro que en ocasiones era para partirte los morritos salados. Pasé dieciséis años cuidándote, cambiando pañales, llorando contigo la pérdida del oso panda, y ayudando a preparar los exámenes de historia del instituto. Las

matemáticas te entraban solas, pero la historia ni con vaselina. Cientos de conversaciones mantenidas para enderezar opiniones pobremente elaboradas, hacerte ver la conveniencia de seguir jugando al baloncesto, que ya mejorarías, como sucedió, que el Primer Novio era un chico decente, y que no pecabas besándole. Qué voy a contarte: lo sabes de sobra. Por tu lado, decidiste hacer borrón y cuenta nueva, con lo que una parte de la vida, que de seguro está en el disco duro, o mejor dicho, que forma parte del programa con el que eres capaz de vivir, está escrita por el menda, aunque lo niegues. Ni dieciséis, ni quince, ni catorce, los niños del divorcio nunca estarán maduros para la separación, porque los padres, o al menos uno de ellos, no lo suelen estar, y ahí aparece el enano que asoma donde menos se piensa que estropea la foto. Así es la cosa. Mamá no estaba lista, aunque trataba con un impresionante espíritu de deportista, por eso disculpo el que hiciera lo imposible por envenenar la situación. La culpa no era suya. Los psicólogos, los dedicados a aconsejar a las familias necesitarían un certificado de capacidad para desempeñar un trabajo de alta responsabilidad.

Las roturas familiares enmiendan con dificultad. Los niños y los mocitos sufrirán en el proceso de desintegración a causa de la conducta de los progenitores. Los que se ausentan del hogar, mi caso, puente de plata, porque al otro lado te espera la ansiada libertad; los que se quedan sin príncipe o princesa confían en los finales de película americana de los años cincuenta, de Cary Grant y Doris Day, en que pronto aparece el galán o la bella. Los progres de mi generación desconocen que entonces comenzó la gran mentira americana: el mundo se coloreó de rosa. Nada está mal; en Bosnia las gentes se aman entre sí, los kurdos ídem de lienzo; el Imperio impone un sutil toque de queda a sus vasallos: el vivir a lo Disney o serás condenado a la existencia de los parias. Todo acaba con armonía, amor para todos, y los botones de los grandes hoteles y los camareros contentos de contemplar la felicidad de los adorados señoritos y señoritas, el señor Grant y la señorita Day. El hombre arrollador acaba con la chica perfecta. Va de cuento.

Lo malo del cine acaramelado de Hollywood es que afecta la psicología de las personas. Les deja residuos del peluche emocional, confían que el príncipe azul aparecerá por la puerta del salón donde viven embobadas con la tele y tomando chocolatinas. En el mejor de los casos, el de mi amiga la Dentista, aparece un toro desechado de tiente, y te tienes que aguantar. Dar gracias a Dios cuando por las mañanas el amigo baja al quiosco de la esquina a comprar El País y sube con unos lazos frescos y te los lleva en bandeja a la cama. Al gentil hombre igual le asedia la basca por la tarde y cuando intentas

conversar salta con la patochada y apetece devolverlo a casa de su madre. La excepción de la excepción te la manda la Virgen del Perpetuo Socorro en contadísimas ocasiones, que somos millones a pedir.

Hija, no es que diga que fuimos víctimas de los psicólogos ni de los consejeros familiares. Padecemos los resultados de una absurda cultura que trata los sentimientos humanos como si fueran partes del juego al que se dedica mi Hijo, y al que tú has contribuido con regalillos ocasionales, el Lego. En ese juego todas las piezas encajan, y se pueden sumar hasta el infinito, y construyes casas, coches, parques zoológicos; en cambio, en la vida, las cosas presentan un perfil con aristas, las piezas encajan con dificultad.

A la gente le ayuda el tacto y mucha mano izquierda en el trato, y por ayudar entiendo el que les engañes un poco, mientras pasa el ahogo. Les halagas y la persona se calma; la realidad en carne viva adquiere mejor aspecto con un poco de paciencia y un par de noches de descanso. El enfermo incurable mejora de ánimo, aunque no consigas el restablecimiento prometido. Se acaba tragando la hiel. Para eso sí sirve la psicología, no tanto para la familia, porque cuando quiebra se rasga carne, y eso duele y deja cicatriz, y al cabo de los años se nota la marca, y la piel de las cicatrices es distinta, tira un poco, queda poco flexible.

Ojalá entendieras que sigo en ascuas. Rehúso perderte, aunque anegues de basura el buzón y mi teléfono. Me basureas sin tregua, sin recordar siquiera por corresponder a las horas pasadas juntos antes de que cayéramos en el abismo. Por cierto, lo de tu Madre ahora no es una excusa, pues tiene un Compañero estupendo, y sospecho que eso no te agrada tanto —el hecho de que el Noviete te acompañara en las últimas visitas a Santander sorprendía—. Un poco lo que hiciste conmigo, apareces con escolta y a hablar del tiempo, habiendo ropa tendida parece de mal gusto e inapropiado abordar los temas conflictivos; desiste de la falacia de que al Novio le cuentas hasta las intimidades familiares. Le permitiste leer unas cartas por vengarte; lo considero un tío que te peta y que te lo estás ventilando para satisfacer las necesidades de cama, frase que diría mi amiga la Novelista, pues en el fondo escondes la entereza emotiva mamada en tu educación familiar, los sentimientos experimentados a lo largo de dieciséis años.

Juegas al escondite con trampas. Buscas parapetos diferentes a los de la infancia. Papá falló y Mamá empieza a fallar. Menudo lío. Sucede que el maromo y el reciente desdén por lo cultural, lo vinculado con lo enriquecedor de la existencia te deja fría o lo quitas de delante. Rechazas el modelo de

conducta propuesto por tus padres, porque falló en un aspecto. Te equivocas al suponer que el modelo recomendado falla. Vivir inconsciente de lo merecedor de atención supone descontar lo cultivado por el espíritu durante siglos de esfuerzos por elevarnos del suelo. La serenidad que se consigue con la educación abre vistas y evita que las emociones, las que tiran del corazón, lo zarandeen, le mueven a actuar impulsivamente, decidan cosas tan absurdas como decir que la Familia de Madrid es una mierda, burrada de tamaño mayúsculo.

Niña, nenuca, nena, sigue mi ejemplo de crítico literario. Prende el ordenador y siéntate a escribir. Sirva la pantalla de frontón. Compón una misiva dejando fluir los pensamientos libres de emociones y atados a lo razonable y observarás que el espacio emocional, el de lo sentido, demanda que lo cortes a medida de las palabras, con lo que pierde fiereza. Ahí reside una de las riquezas de la palabra, de la escritura, que recorta el mundo, las emociones, lo pensado, y le confiere una talla, lo hace grande o pequeño, reduciéndolo a una dimensión en que lo dicho resuena y no sólo en la caja de las emociones. Mis libros de crítica me han enseñado una cosa: la escritura obliga a decir con medida.

Relatar lo sentido a la brava resulta ilegible. Las palabras, el papel, la pantalla, no lo aceptan, y si lo hacen dejan al descubierto la ridiculez del enfado fuera de lugar. Las palabras son signos lingüísticos que mezclan la mancha que producen en el papel, su forma exterior, y lo que significan, entre ambos forman una especie de molde, que nos obliga a adaptar lo que llega al corazón. Por eso el que apenas me escribas, y que cuando lo haces te vales de un estilo telegráfico, reduce las oportunidades de establecer un lazo entre nosotros. En lugar de comunicar permanecemos encastillados en el mismo nivel de conflictividad de cuando me separé de tu Madre y ella me separó de ti.

Pido poco, que correspondas a un nivel, el de la escritura, que yo sé que ayudaría a entendernos, que abandones las defensas, que seas la Hija que yo eduqué.

Lo estupendo de la vida es que aunque todo quede grabado, los seres humanos podemos urbanizar nuevos espacios en nuestro interior, y llenarlos de flores, de cosas bonitas, con un mobiliario confortable que nos tienta a pasar allí incontables horas, las muertas y las vivas. Eso ocurre cuando el amor llama a la puerta. Cuando vives una aventura amorosa lo que sucede es que alquilas un espacio, rehúsas una parte de tu armario interior y lo habitas, siguiendo las mismas costumbres de antes con un nuevo inquilino o inquilina.

Debemos inaugurar un parque en nuestros corazones donde tú y yo podamos pasearnos y plantar flores nunca antes cultivadas. Alternamos a elegir, unas tú y otras yo, y que cuando lo hayamos conseguido, entonces invitaremos a pasear por allí a Mamá, a mi Mujer, a mi Hijo, incluso a tu Novio, si sabe comportarse y soltar la vulgaridad del anterior cliente de que el olor de las rosas amarillas le recuerda al perfume White Linen de Estée Lauder.

Quedo arrumbado. Escribe desde Sacramento, lo que sea, y reflexiona sobre lo consignado en esta carta. Tu Padre, aprendiz de faquir, te recuerda.

PS: Incluyo la fotografía sacada el día de tu undécimo cumpleaños. Reconocerás a la cara dura que se mete una pasta enorme en la boca. La mocosilla a quien los Abuelos Matemos mimaban demasiado.

A la izquierda están las dos Abuelas, tan majas. Mi Padre le pone una mano al Abuelo encima del hombro y tiene cara de estar contándole alguna picardía; seguro traía a colación el costo de tener mujeres elegantes, que se morirán sin saber lo que vale una peseta. El Padre de Mamá disfrutaba cuando nos reuníamos las dos familias porque escuchaba al Abuelo cual oráculo, por lo descarado de los comentarios; los juicios políticos de Papá le encendían los jajajás. Papá invariablemente le pinchaba con las bromas de que le dijera que le sacase de pobre, que para eso trabajas en el Banco de España, y el Abuelo se retorció de hilaridad. Si no sé nada; sólo firmo papeles. ¿Los lees? No, respondía con la risa desencajando su rostro. Los lee el secretario. ¿Sabes sumar?, preguntaba el Abuelo. El Abuelo Materno enseguida necesitaba aire. Poco, respondía; le suspendieron en las oposiciones, y entró por enchufe. Le pusieron conmigo por lo de interventor, que quiere decir la oficina de las grandes tragaderas. Está la cosa como para intervenir a los políticos. Pon más de ese cava, y bebe.

—Bueno, suelta prenda, pariente. Compro acciones de qué Banco. Oye, hasta te regalaría bajo cuerda un apartamento en Gandía.

—Eres un guasón de miedo. Acciones, como que los interventores entendemos de finanzas.

—Lo que sé es que menudo piso tienes aquí, en la mejor zona de Madrid.

—Una suerte. Lo alquilamos hace treinta y pico de años, y nos lo vendieron...

—Déjate de cuentos y desembucha. Pasa ese plato de chorizo, haz el favor.

—Toma. Tienes unas salidas. Esta noche mi mujer me regaña, porque dirá que te haga caso.

—Por supuesto, de lo contrario toda la vida a verlas venir, mientras los listillos a llenar el monedero. Pasa el lomo y sirve cava, no seas tacaño.

—Me comprometes. Los yernos pensarán que somos unos chorizos...

—Aquí el único chorizo es esta maravilla. ¿Dónde lo compraste?

Y dale que te pego, un Abuelo poniéndole rejones al otro, y ambos a consumir champán. Las Abuelas ancianitas los adoraban de lejos como colegialas. La Abuela Materna contaba que al día siguiente de las reuniones familiares su marido se quedaba en la cama, con unas toallas frías enroscadas a modo de turbante alrededor de la cabeza. Le mareaba tanta conversación. Sí, sí, la conversación, y sobre todo el mencionado cava.

También distinguirás al fondo a la derecha a Eugenia Machado, la dominicana que ayudaba a la Abuela. Acababa de empezar a trabajar en la casa. Sin ella el año de vida que quedaba a la Abuela hubiese sido distinto. La cuidó con un cariño y esmero de santa. Incluso dejó para septiembre un examen de derecho procesal, para atenderla en uno de los apuros finales.

También a la derecha, junto al aparador medio vuelta de espaldas, está la Tía, con una copita de cava en alto, y tu Madre en la misma esquina de la foto. Hablan seguro de los tres canapés que se llevan arreados, del dolor de cabeza de mañana y de las aspirinas.

Fue la última foto de todos juntos. Los Abuelos emprenderían una rápida retirada. La pobre Abuela, que tan sólo hacía una semana había tenido el primer ataque. Todavía nada sospechábamos de la gravedad del asunto.

Contempla la foto con la alegría de pensar que los allí retratados estaban felices, y muy en especial, su majestad, el mico que devora la pasta de té.

26

9 de diciembre de 1995

Querida Hermana: Te mando este avión. Lo pinté ahora mismo, para ti. Papá me dijo que era un avión grandísimo. Como éste. Que en América bebes mucha coca-cola, la de niños es lo que más me gusta en el mundo. Millones de besos y abrazos, llevo el uniforme del Real Madrid que me regalaste, tu Hermano.

1996

27

El hombre redacta cansino aunque satisfecho. Le gusta la tarea. Del fondo de la casa llega la voz de Joan Manuel Serrat. Se siente acompañado por un amigo.

18 de enero de 1996

Querida Hija:

Gracias por tu *e-mail*; compruebo que los asuntos marchan viento en popa, y que el trabajo ofrece lo prometido: el aprendizaje y práctica de saberes que si los intentases adquirir en España te llevarían diez veces más tiempo.

Lo que dices del café que es *coffee*, de la cantidad de dulces que comen, y por ende la gordura de todos tus compañeros de trabajo norteamericanos, suena muy familiar. Acabas de descubrir el fin de un mito. Cuando viví en California a los diecisiete y dieciocho años, las chicas eran de película; hoy en día el modelo de belleza ha evolucionado, y se impuso el patrón Botero. Es la dieta, entre las pastillitas de chocolate y los refrescos, que beben insaciables, se han hinchado. Lo de las prohibiciones de fumar a no ser que estés andando y a tres metros de la pared parece una exageración. Lo legislaron en tan absurda forma para que si esperas el autobús —¿qué autobús? se pregunta uno, pues en California el transporte público apenas existe—, no atufes al ciudadano que pudiera esperar el autobús junto a ti. Lo que cuentas de ese colega irlandés me parece normal. Si quieres fumar, a la calle, a un rincón, al destierro, a reunirte con los parias, con los que habitan en disneyamérica sin merecerlo.

La Norteamérica de que te hablé en tantas ocasiones dejó de existir. Era un país maravilloso, donde las normas del liberalismo dominaban la vida

cívica. El espejismo duró tres lustros, desde los años de John F. Kennedy hasta el mandato de Jimmy Carter con el interregno de Nixon por medio. Después vino el presidente Reagan con los republicanos, y a los demócratas sólo les quedó como terreno de acción política la vida privada, pues en lo social el actor dominaba la agenda y establecía los sistemas de valores. Así, por un lado vimos cómo los demócratas llevaron a un extremo la protección de la salud, los derechos al trabajo de las minorías, la discriminación positiva, mientras los republicanos hacían lo que les daba la real gana en el resto de las cosas. En la actual era de Clinton nos hallamos en el momento en que no se sabe qué es un republicano ni qué es un demócrata, cuáles son los derechos que merece la pena conservar y cuáles no. El país donde nadie hace nada malo, la culpa la tiene siempre el sistema, el otro, y si no se reconoce así queda la opción de quejarse amargamente —busca un libro de Robert Hughes, *Culture of Complaint*; es el mismo autor del libro que te regalé sobre Barcelona que tanto te gustó—, y por eso tenemos que la generación de los llorones ha sustituido a la de los forjadores del sueño americano, que nos llevó a la Luna y a conocer la extensión de los derechos civiles a los ciudadanos sin discriminación de color u origen nacional. La pena es que en el umbral del siglo XXI los logros de un siglo de progreso material y humano se vino al traste cuando el mundo en blanco y negro resultó insuficiente para representarlo y hubo que llevar el technicolor a todos sitios. Okay.

Lo del chico irlandés parece fuerte. El supervisor del proyecto es un mentecato clásico, eso de decirle que por fumar no lo contrataría para trabajar en su firma es estúpido, y menos alegar que como trabajador le iba a salir caro, porque tendría que pagar sus primas de seguro médico. Muy duro. Eso es lo que en Europa tenemos que defender, el derecho a la libre elección. La protección del individuo no se la podemos dejar a las empresas, o mejor dicho, la desprotección, sino al Estado, que tiene que defender al individuo, dándole por supuesto la mejor información, sobre el tabaco mismo, que de seguro no beneficia la salud de nadie. La elección final, sin embargo, tiene que ser del individuo. Por razones equis o zeta una persona empieza a fumar, se trata probablemente de una de las adicciones más jorobadas de superar, y por lo tanto, a algún porcentaje de ciudadanos les resultará prácticamente imposible dejarlo. Proscribirlos soluciona poco; hay que informarles de los riesgos, y ver si la cabeza, en determinados casos, consigue prevalecer y el adicto logra dejar el vicio por un tiempo.

Enviaré semanalmente trozos seleccionados de los periódicos, pues los resúmenes de internet llenan sin quitar el apetito de noticias de la patria.

Dispongo de correo electrónico en la universidad, en casa es posible usarlo también, pero la conexión por teléfono resulta cara. De cualquier forma, si me mandas mensajes los leeré a todo tirar con un día de retraso, pues consulto el correo electrónico tres veces por semana. Prefiero carta de papel si es que encuentras el tiempo para redactarla. Lleva más tiempo, lo bueno del *e-mail* es que uno redacta moco va, sin demasiado cuidado, con un estilo puramente verbal, de mensaje perecedero.

Bona nit. Pater.

28

Caen unos copos de nieve en la calle, y el radiador echa bombas en la habitación. Los pantalones de pana, el jersey de lana y unas zapatillas de orillo a cuadros ofrecen al que escribe la carta una confortable segunda piel en la que sentir el agrado del bienestar casero. La nieve sigue cayendo y ensuciando las aceras que no la dejan cuajar, simplemente enfría el ambiente, mancha. Qué contraste, piensa el hombre triste y calentito en su cuarto de estar.

28 de febrero de 1996

Descastada hembra de mi propia sangre:

Las hojas del calendario caen y Vuesa Merced chitón, aunque acabo de ver una foto tuya, que me enseñó la Tía, tomada en una playa en Baja California hace quince días. Apareces retratada chorreando mieles junto a un «amigo» irlandés.

Recién llegado a casa de la Tía, adonde fui a llevar unos papeles de un seguro, recibí el batacazo del mes. Cuál sería la sorpresa cuando mi Hermana saca una carta tuya, lee unos fragmentos de aquí y de allá, y elabora sobre el jugoso tema de un presunto Novio Irlandés. Quedé patidifuso; ella comentaba sin malicia de la coincidencia en el laboratorio, del correr juntos, segura de que sabía todo al respecto. Mi Hermana hacía conversación de persona educada; por mi parte, puse cara de circunstancias y me di por enterado. Quedo agradecido por el detalle.

La sorpresa morrocotuda vino cuando cardando la misma lana, la Tía intimó cierta plática habida con tu Madre, la fuente original de los detalles del romance con el celta largo. Que el Irlandés pertenece a una buena familia de

Dublín, que estudió en el London School of Economics, y que la Shell lo mandó al mismo programa en que está Vucencia. Precioso lo del primer día, y que desde entonces todo es hablar y hablar, con los piquitos juntitos mientras practicáis el sano deporte del trote. Al parecer Mamá rebosa felicidad, pues el Novio anterior, ¿lo debo relegar al cajón de los recuerdos del pasado?, le agradaba poco, por razones parecidas a las mías. No obstante, el actual sí, aunque nunca lo haya visto, que sepamos.

Me sorprendió la vehemencia con que defendías el fumaque de un mozo desconocido en la carta que recibí hace un mes de sesenta jornadas. Hablabas más de ese asunto del extraño que de ninguna otra cosa. Mi Mujer, que lee a través de las paredes, comentó que ese Irlandés tiene gancho, y tanto. Yo ni caso, noté el interés, pero nada. Apenas puse dos y dos junto; sólo en casa mi Mujer dijo, sí hombre, si ya te había hablado de él, bueno, de su vicio de fumar. Donde hay humo hay fuego, que sentencia el refrán, y un servidor ni se entera hasta que le abrasa la culera.

Salí de casa de la Tía furioso, con una rabieta a punto de empezar a echar bilis, porque te comportas como una mala hija. ¡Qué hartos estoy de patrañas y pequeñas traiciones!, Mi corazón se enfría, y sigues tan campante. Ojalá exista justicia en el mundo, y vivas en carne propia las torturas a las que sometiste a tu Padre.

(Sigo con la escritura tras una pausa.)

Resulta que marchaste de vacaciones cuando dijiste que el programa impedía distracciones. Con el biquini que llevas, que contrasta por lo provocativo con el traje de baño que llevabas en las fotos de Pals del verano pasado, que también me enseñó la Tía, el distraído debe de ser el Irlandés, que o es memo o dedicará una sustancial parte del tiempo a entretenerse. Al biquini o le faltaba tela o es que los que venden en Baja los fabrican en Brasil. No me quejo; lo que uno tiene hay que lucirlo, que para eso está. Me sorprende que hayas dado un cambiazco radical, pues a tu Novio de antes no le ofreciste esos frutos, o quizás nunca te los pidió, porque no parecía de los necesitados en rama de lo sexual femenino.

En el fondo me alegro de que echas una cana al aire, y que dejes al Novio de antes, porque hablando con franqueza tampoco me satisfacía. Un analfabeto al que lo cultural le trae al fresco es un poco burrote. El día que lo conocí en Barcelona me pareció escaso de luces y lento a la hora de desenvainar. Lo mejor de esos chicos es que si te encuentras en un apuro, que el Rey te invita a un sarao y en la invitación dice las señoras de traje de cóctel y los hombres de traje oscuro, te ayuda de valet y no te presentas con el

uniforme equivocado. Sabe coger la palita del pescado cuando lo exigen las ordenanzas y poquito más. Para tan corta faena no merece la pena, te compras o te regalo un libro de la etiqueta moderna y sales del apuro sin tener que pasar la vida atada a un morrosko de grueso calibre.

El Irlandés por lo menos parece haber comido gruesos filetes de carne de su tierra. La estampa de varón resulta atractiva, aunque le tengo que oír hablar para saber si la flauta toca o no. Como sé que no me dirás nada, averiguaré por detrás. Volveré a visitar a la Tía, pues ella está muy intrigada, y seguro que vuelve a llamar a tu Madre, aunque le cueste la conferencia a Santander, para mantenerse al día. Lo de que fume, un vicio del que uno se zafa con dificultad, aunque los métodos actuales suelen ser efectivos, lo siento.

Por cierto, el Compañero de tu madre salió en la sección de Negocios de El País. Le eligieron miembro del Consejo de Administración de una compañía lechera. No sólo es una buena persona, sino que además debe ganar un pastón. Tu Madre por fin tendrá un valedor que no la haga pasar apuros económicos, pues el amigo podrá comprar libros, mantener a la familia, y permitir a tu Madre algún lujete.

Recibe un destenido abrazo de tu Padre, que no te perdona tus innumerables impertinencias.

29

La cara del hombre parece haberse descompuesto, los músculos faciales flojos le avejentan enormemente. Un niño le interrumpe, y unos ojos que parecen de cristal se vuelven hacia él, y le dicen mudos: vete. El nene entiende tan bien que se marcha lloriqueando.

4 de abril de 1996

¿Hasta cuándo Catalina?

De nuevo la Tía amamanta la curiosidad paterna. Telefoneé a tu apartamento de Barcelona mil y una veces, y nada. Supe que regresaste la semana pasada. Pensaba ir a recibirte al aeropuerto, con un abrigo azul recién estrenado y unas gafas de Giorgio Armani de caerse, y ni avisas de tu paso. Tampoco contestas al teléfono. Contacté con tu Amiga Valenciana, única que me quiere, y ella me contó que el Irlandés vino contigo. Ni me escribes, ni me

llamas, vamos, que ni te dignas comunicarme que estás de vuelta. Recibí una carta de América. Yo empeñado en formar parte de tu vida, no cejo de perseguirte. Casi me siento que te acoso, pero eres mi Hija, y tú me huyes, me rehúyes sin soltar prenda. Lo sorprendente es que todo el mundo, no digamos tu Madre, tu Prima, tu Amiga, incluso la Tía, todos saben de ti, porque les escribes, les llamas, y a mí silencio. ¿Hasta cuándo?

Mi Mujer exige el abandono del campo, porque me haces daño, porque eres una inmadura. Suscribo lo anterior y añadiría unos puñaditos de egoísmo puro al retrato de la inmadurez infantil.

Pero ¿quién coño te has creído que eres? Te lo diré y lee deletreando con cuidado: una desagradecida carente del menor sentido de la decencia. Ni siquiera heredaste el sentido del honor familiar, pues en su momento supiste poner verde a mi Mujer, que si era esto y lo otro. Ahí hablaba la envidiuca, porque es una mujer muy guapa. Sé que te excediste y dijiste cosas inapropiadas, como que a mí me gustaba porque me permitía hacerle cosas que la decencia de tu Madre nunca me había permitido, como que la sodomizase, que me la chupase, y todas esas cosas que te encanta repetir en las horas negras —la influencia de la Prima, lo aceptes o no—. Si me la chupaba y yo a ella, ¿qué? ¿Qué sabes de lo que Mamá y su cónyuge hacían en la cama? Me gustaría, niña estrecha, saber qué es lo que haces con el Irlandés, ¿ir mucho a misa? Pregúntale a uno de los curitas o a tu anterior Novio respecto a la conducta apropiada en la cama. Todos ellos habrán escuchado a la doctora Elena Ochoa, mujer de manga ancha. Atiende a lo que te digan.

Recuerdo la ocasión en que te conté lo de la chica con la que tuve un mini encuentro amoroso en Cuenca, durante un curso de verano. No buscado por mí, sino por la interfecta, que se personó en la habitación a las dos de la mañana, y tras meterse en la cama me dijo: haz lo que te apetezca; me da lo mismo por delante que por detrás. Era francesa, y muy maja y muy lista. Por supuesto no la decepcioné, hasta ahí podíamos llegar, y lo probé todo, aunque luego me arrepentí al conocer a su anterior ligue, el chófer que nos llevó a los del curso de extranjeros a El Escorial. Yo no busqué nada, simplemente es que hay momentos que te encuentras en el punto donde ocurren las cosas, y ahí estaba el incauto, a medio camino entre tu Madre y lo que no sabía todavía que venía. Cayó la breva madura, como dice mi Amigo Profesor. Te conté el desliz para que vieses que en el mundo hay de todo, y que en circunstancias diferentes hubiese manejado la invitación de otra manera, quizás a base de charla nocturna hasta las tantas. Aquel día me dio por tomar

otro camino. Recuerdo tu interés por escuchar hasta el último detalle, para cuando terminé soltar el trueno: Papá, eres un guarro y me das asco.

Pues Hija, yo del Irlandés no sé nada, bueno, retazos de chismes, porque tu Amiga largó unas pizcas. Digno de notar que nadie puede estar contigo, porque quieres tener al celta en exclusiva. El prójimo molesta. Lo que me recuerda los reproches de cuando acababa de conocer a la costilla y no aguantabas ni que la mirara, que no era tanto, porque yo siempre estaba consciente de que quería agradarte a ti, aunque ella a veces me dijera que la tenía abandonada. Menuda lucha retener el cariño labrado y enamorar a la advenediza. Quería que fueras mi familia, siguieras siendo un pedazo querido del alma. Que siempre en la vida, *per secula seculorum*, mi Hija fuera mi Hija, a la que podría llamar y ella vendría corriendo, porque su Padre la llamaba. Confundido estaba; pensé que había establecido una línea, un cordón umbilical de afectos y tú nada, ni me llamas. Será que no aguantas que te vea enamorada. Pensarás que la traidora eres tú, la que tanto me había acusado a mí.

De ello no hay nada. Tu Irlandés, que no será el último hombre de tu vida, puede formar parte del círculo familiar —en el supuesto de que se conforme el legítimo—, ser una persona más de ese hipotético corro de afectos que forman las familias, como tú pasarías a formar parte de la suya. Importante sobre manera de impedir que los recién llegados rompan los lazos, que compartan los valores y que se ajusten el conjunto. Estas reflexiones de pacotilla permanecen válidas.

Altísima Majestad, que te zurzan. Un Señor.

30

Hay días en que al despertar duele el cuello a causa de una mala postura al dormir. El resto de la jornada transcurre normal, aunque la molestia del cuello resta agilidad, nos inclina a posponer ciertas tareas hasta el día siguiente. Las obligaciones sin embargo las desempeñamos, si bien incómodos.

14 de mayo de 1996

Extraña en la noche:

Pongo entre paréntesis las bobadas absurdas del quejido verbal. Conserva la tinta y el tiempo desperdiciados, como dices, en escribirme, si vas a reñirme. El nene gasta pantalón largo. Menuda sarta de sin sentidos. Consuela, por otro lado, que el Irlandés alivie el pudor angelical, apunto lo de que si te ataca por el lado de la sombra, ¡me encanta la expresión!, a nadie le importa. Lo de que viaja de Londres a Barcelona para visitarte los fines de semana más que un síntoma de amor indica que el tío dispone de pasta abundante. Y seguro que traerá regalos del *duty free*, algún perfume, o una botella de vino de marca, inglés quizás, para tomar a la luz de las velas.

Lo de que tengas un número de teléfono sin listar es un toque genial; así imposible molestarte. Supongo que los únicos pelmas somos tu antiguo Novio y yo. Menuda pareja; esta vez bailo con la fea.

Despierta su señoría de la pesadilla, porque la paciencia se acaba. Ayer cuando leí tu carta, sabes, empecé a enfriarme por dentro, y casi, casi, la concluí sin sentir demasiado, como si tú fueses alguien a quien conozco de pasada, de lejos, y que las gilipolleces que engarzabas, mezcla de rabia infantil, de persona capturada con las manos en la masa, no me afectaban. Es como si se las dijese a alguien ajeno.

El final era de cine; reí a mandíbula batiente. Mándame cincuenta mil pesetas, si es que todavía sientes la obligación de mantener a tu hija o veremos qué hago. Vaya, chantaje tenemos, y me pregunto qué oculta la amenaza. ¿Qué tal te sentaría si dejo de enviar las setenta y cinco mil del ala de todos los meses? Las consideras aseguradas, como las treinta mil a comienzos de temporada para la ropa. Ésas ni pensar que deje de depositártelas en la Caja Postal, pero si olvido de remitir a la cartilla el extra, el chantaje, entonces veremos qué pasa. ¿Que no me vuelves a escribir? Menudo castigo, quedo a pre. Desde luego eres una muchacha imposible, aunque deduzco por los comentarios que con la otra gente te comportas normal, bueno, menos con el Novio que fue.

Lo del frío comentado llegó a preocuparme, tanto que luego tardé en conciliar el sueño, y estuve leyendo, tomando cereal, bebiendo agua, yendo a hacer pis doce veces. Quizás tus estupideces alcanzaron un grado en que pronto los actos hostiles dejarán de causar efecto. No leas amenazas veladas de ningún tipo: es la simple y pura realidad. Debe ser lo del lobo, que de tanto anunciar su llegada uno pierde sensibilidad y cuando de verdad aparece no nos enteramos. Si algún día decides devolverme el amor filial que vengo exigiendo lo recibiré pensando y ahora cómo se come esto, porque no sabré aceptarlo con normalidad; quizás me haya convertido en un témpano. Confío

que el deshielo sea posible, porque te juro que poco a poco hay algo en mi interior que se congela. Tu Hermano, que es la delicia del cariño, parece haber sido puesto en el mundo para servir de contraste. Él es lo opuesto justamente. Cuando me ve pensativo corre hacia mí y me da un besazo.

Convéncete, la vida es una especie de juego de contrastes, las cosas son como son, y las vivimos como podemos. Lo único factible desde mi situación actual es soportar la cruz de tus desvaríos junto al naciente cariño del nene. Eres un lastre. Lo peor es que mi amor hacia ti es mental; tengo la sensación de que te quiero cada vez más con la cabeza y menos con el corazón. Natural, porque me hurtas tu presencia; mis sentidos apenas sintonizan contigo. Desde la foto en que estabas en Baja California, en la playa, con el Irlandés, te veo más que sentirte. El cambio ocurrió por una imagen, la composición hecha por ti para la cámara, pensando ya casi a quién se la ibas a mandar. Tu Tía, tu Madre, tu Amiga, tu Prima, todas la tienen, o sea que te encontrabas contenta con la imagen que proyectabas. El Irlandés, un mocetón, bien distinto del tirillas con pinta de meapilas del catalán de los apartamentos, y tú guapa, en un traje de baño de esos que pasados los veinticinco no se gastan, pues hay cosas que a esa edad no se mantienen solas, y por ende nada de hacerlas públicas. Te encontrabas mujer. Ya no eras mi Hija de antes, sino una mujer, en brazos de un hombre. Has encontrado el complemento físico, antes eras todo mente. La niña que sabe cómo actuar en las situaciones sociales y además una estupenda estudiante de materias inaccesibles para muchos caballeros, las de ingeniería industrial, con sus matemáticas y demás, devino persona con un cuerpo que acompaña a la mente.

Cuando Madre encontró un Compañero cariñoso y atento, que la pasea de aquí para allá, la hace feliz, tú, por fin, saliste de la cáscara, renunciando al papel de cenicienta y lanzada a buscar la felicidad. Hasta aquí habías sido vicaria; mucho movimiento, éxitos de residencia universitaria, de estudios, y poca vida. El Irlandés te ha llenado la copa; tu Amiga comentó que fuisteis a comer al Siete Puertas, y que el susodicho no dejaba de cogerte, y que tú feliz, y que ella no sabía qué había sucedido. Hablamos incluso del famoso bebedizo amoroso. Claro bebedizo, que te hizo sentirte mujer, y supongo que será en la cama o en el baño, donde gustéis hacerlo, y fuera de ella. Porque la cama se termina, quiero decir la intensidad olímpica no permanece a tan alto nivel al acabarse los juegos propiamente dichos, hay que darle pausa.

Todo ello me hubiera gustado compartirlo. Temo que nadie tiene acceso a los eventos, ni la adorada Madre, porque en cierta medida también traicionó el principio de permanecer en los sótanos esperando el timbrazo de la nena, y

acudir presto al servicio de cámara de la damita. En fin, a pesar de mis fríos y de tus majaderías, de cuanto dices sin sentido en la carta, los padres seguimos queriendo, y espero, aunque desespero, que algún día, un día de éstos cuando te prueben el zapato de cristal y se sepa de una vez por todas que el príncipe azul es tuyo, que te quepa la bondad en el corazón. Tu Hermano comentó el otro día viendo un programa de animales, uno de esos rollos interminables que le chiflan, que andabas de safari y que por eso no le llamabas, pero que le ibas a traer un sombrero para que el sol no le impidiese ver a los animales.

Recibe el recuerdo desencantado de quien todavía respira. Tu Padre.

31

Las lágrimas de impotencia cuando se derraman a su debido tiempo limpian los rencores aposentados en el alma. El Padre que redactó la siguiente carta salió de la primavera última restablecido de murrias. Por eso cuando notó que alguien le había clavado un puñal en pleno corazón le sorprendió el poco dolor y se lo arrancó sin pensarlo dos veces. Al tocar la hoja sintió que tocaba un objeto que salía de una nevera.

8 de julio de 1996

Cruel asesina:

La puñalada trapera pinchó donde duele de veras. Que no me quieras, nos quieras, invitar a celebrar el fin de carrera me parece, dicho en plata, una infamia. Amén de mi papel de pagano cornudo; sabes de sobra cuánto daño infliges con la torpe exclusión. Has invitado a medio mundo, primos, amigos, familiares lejanos, dejándonos fuera de la lista a Nosotros. Iba a decirte que cualquier día te arrepentirás, pero quizás no, pues en la vida desconocemos la justicia distributiva, que quien comete una perversidad, una infamia, como la que acabas de cometer, reciba un castigo conmensurable con el pecado. Dios olvidó crear a un enano encargado de enderezar entuertos e injusticias, que supiese al menos echar zancadillas a tiempo, y los encausados se rompieran la crisma y quedaran marcados con una letra en la frente.

Cuando abrí la cartita me dio tal asco que salí corriendo al baño a vomitar. Cuando se lo leí a mi Mujer fue cuando sobrevino el dolor, al advertir su cara. Entonces comprendí lo injusto que había sido con ella. Siempre pensaba en

mí y un poquito en el niño. Nosotros éramos, pensaba erróneamente, los afectados directos por tales desmanes. ¡Qué equivocado estaba! Su cara apenas me hizo saber que el daño que hacías le afectaba a ella directamente. Son muchos años aguantando tus arremetidas, soportando mis decepciones, sobrellevando el buscarte, el intentar seducirte, para que vinieras de visita. Lo único que nos remitías eran peticiones de dinero. Sin embargo, ella y yo confiábamos que llegaría el día del cambio, de la reconciliación. Tu Irlandés, el terminar la carrera, todo auguraba un fin, un final, que te unirías al mundo de las personas corrientes, maduras, con sus necesidades, que se ayudan unas a otras, mediante la amistad, la conveniencia, los lazos familiares, a soportar, a sobrevivir, a vivir. Nosotros todavía no hemos tenido más que sobrellevar los destrozos de la edad, la inaceptable muerte de los Abuelos, que siempre se producen a destiempo, pero poco más. Sufrimos alguna enfermedad, nada terrible de vida o muerte.

Desconozco el calificativo adecuado para tu conducta. Me has hecho de golpe un hombre mayor; me siento sin apoyos, como cuando se te ha muerto un ser querido. A mi Mujer parece que le han salido canas; desde ayer anda hundida, rehúye mirar a los ojos o hablar del tema. La escuché sollozar en la cama, y hube de ir al cuarto de estar, donde lloré, y me bebí un güisqui, para ahuyentar el ahogo. Por la mañana al mirarme en el espejo noté surcos en mi cara que antes no necesitaba ver, y los noté en mi Mujer, y unas patas de gallo que le habían salido alrededor de los ojos de la noche a la mañana. Tampoco quería hablar, y cuando le cogí la barbilla para obligarla a mirarme, ni con ésas. Me dijo que la dejara un poco de espacio, que me quería mucho, pero que le faltaba el humor. Le pregunté, con una retórica pobre, si era por lo tuyo, y me contestó enfurecida, ¿por qué si no? Se encolerizó con razón, porque hay momentos en que digo frases tan absurdas como ésa, y ella desconoce el disimulo, las formas educadas de tragárselo, hacer como que es una pregunta válida. Es incapaz de fingir y punto.

Como ves, tienes mucho poder, el de destruir a toda una Familia. A tu Hermano no le decimos nada, no lo entendería. Posees una habilidad para anonadarme. Y, sin embargo, con tu Madre, con otras gentes, no te comportas así. Lo que me hace pensar que sigo siendo para ti el villano, y que tú te notas con superioridad, porque crees que voy a aguantar eternamente. Quizás o quizás no. No lo sé.

Nunca cerraré mi puerta; lo que sí te aseguro es que de ahora en adelante el esfuerzo, si es que te interesa hablarme, lo tendrás que hacer tú. Me retiro. Di todo lo humanamente posible: el dinero, en ocasiones sacrificándome de

verdad, el cariño y un amor sin limites. Con todo ello te has limpiado las narices, por no decir algo feo. Me has humillado frente a mi Mujer, has conseguido humillarla a ella. Odio la víbora que llevas en las entrañas.

Estoy vacío, auténticamente vacío. El depósito donde guardaba las esencias del amor, mis afectos hacia ti, se desvaneció. Queda un lejano olor. El depósito propiamente dicho, si quieres volverlo a utilizar, lo tendrás que llenar tú.

Lo triste de todo esto es que he aprendido algo del ser humano que desconocía, la capacidad de vivir una perpetua esquizofrenia. Tú sabes ganarte y mantener el cariño y el amor de muchas personas, de tantos amigos que tienes, y llevas escupiendo en el mío por casi ocho años. Los que se enamoran de alguien y son rechazados deben sentirse por un estilo a lo que siento.

Antiguamente los padres bendecían a los hijos en los momentos determinantes de la vida, como el de contraer matrimonio. Un servidor ni siquiera puede presenciar las susodichas conmemoraciones. La función asignada es soltar el dinero, y ése que no falte y dar las gracias que lo tomen.

Aún tengo la capacidad de quererte, pero mi amor se ha gastado, el depósito suena a hueco. Se terminó el hacer daño. Decide si o cuándo devuelves las entregas de amor acumuladas. Ese enigma lo tienes que despejar tú. Para mí es una incógnita cómo dejaste que llegáramos a tales extremos. ¿Por qué has cometido este crimen? Lo aceptes o no, asesinaste el amor paternofilial; queda una cinta que nos une, cuya solidez desconozco, que por el trenzado deduzco es la capacidad de amarse los padres y los hijos.

Un hombre.

PS: El cuadro del pintor noruego Edvar Munch, El grito, de la postal que incluyo sirva de expresión visual de mi estado anímico en las ocasiones en que recibo las arremetidas del monstruo.

32

El calor intenso invita a reposar la comida con una siesta. Una mujer duerme mientras unos cowboys persiguen a unos indios en una película de la tele. El niño se acurruca también traspuesto a sus pies. El hombre se mantiene despierto gracias a un intenso esfuerzo de la voluntad, que a pesar de ser verano y la hora del reposo, le merece la pena.

18 de agosto de 1996

Hija:

Por primera vez en años recibo una carta con tu nombre en el remite sin contenido integrista. Las palabras ruptura, displicencia, *mater dolorosa*, desaparecieron del vocabulario. ¡Gracias, Virgen del Perpetuo Socorro!, y hasta cierras «Con todo el cariño».

Se sacarán alfombra roja y serpentinas en honor vuestro, si ocurre la anunciada visita. En la casa alistaremos una litera con sábanas limpias para vuestrencias. Morimos de ansias de veros, de conocer a tu Novio, especialmente cuando dices que os vais a casar. Salimos mañana de Marbella, antes de lo pensado, porque aceptamos a la hora postrera regresar a Madrid vía Almería; Quepena embaucó a la Quinta del Mojito, los vecinos y tus parientes. (Unos vecinos vienen jaleando con palmas a un nene que anda a trompasitos, y que se ríe, piden a gritos algo helado pa la sé. Hay dichos, palabras. Y de nuevo palmas.)

Lo de vernos en el otoño parece atinado. Da gusto con las ingenieras, lo tenéis todo previsto. Callo la boca, de acuerdo, el predicar los deberes filiales pasó de moda. Mis sermones, justo es señalarlo, fueron parábolas. Mis múltiples intentos de convencer se quedaban en sugerir, achuchar una miaja. Importa poco.

Aquí estamos como el año pasado. Los mismos vecinos, que trastornan todos los esquemas de vida serena y orden. Marbella o Bellamar como prefiero antes significaba el veraneo, la paz y el descanso, ahora el desquicie. Al niño pequeño de los vecinos, que lleva por segundo nombre el mío, soy su segundo padrino, toma ya, le dan miga de pan mojado en vino, para que le salgan pelos en el pecho, y el papá añade orgulloso y consiga tías como la Rocío, su madre. Te chocarás, y el Irlandés pensará en la superioridad de la raza celta sobre la andalusí. Lo verás rezar en otros altares en cuanto vayamos de copas con gentes como éstas. El de Almería, recuerdas, llamó a mi Mujer el primer día. Sabes que se presentó en Madrid a conocernos la primavera última. Un tío genial, serio y normal. Este año le esclaviza la cadera de la suegra; el año pasado y el anterior fueron las cataratas. Llama a diario pidiendo que dejemos Bellamar y acudamos presto a Almería. Él pone el apartamento para todos, y añade que una pizquilla de compasión salvó incontables vidas, y mi Mujer lo repite, e insinúa la obligación moral de ir a

verlo. Hija, en tu diario puedes escribir: y mi Padre desgració a su segunda familia, liando a la mujer con otro y él dedicándose a la bebida.

El año entrante verás que no es pa tanto. Estos granadinos nos enseñaron que no todo el verano lo debemos pasar preocupándonos por lo que no hacemos, trabajar, y que leer los libros en la época estival es señal de que en invierno pasas demasiado tiempo con el periódico.

Claro que contribuiré a pagarte ese año en Nueva York, me parece una idea estupenda que saques un master en Business. Me explicarás de qué va el rollo, pues por tu carta poco puedo saber.

A tu salud, gitana de ojos mar, tu Padre.

PS: Gasto pendiente. ¿Hay que añadir más? No, no tengo agujero, son de los otros, para ejecutivos. Pensamos lo de las botas negras, pero la verdad, hace demasiado calor.

Lo de los tatuajes lo dejamos para el próximo verano.

PS 2: Lo del ambiente me llevaría demasiado. Resumo lo principal. De las de tu pandilla, ni las reconozco. Luci y la Pecas son las únicas, y de ellas sabes más que yo.

Los cachondeos del Abuelo han perdido validez. Los veraneantes cambiaron de cuando venías de niña. Recuerdas que el Abuelo los dividía entre los del Páramo y los Charros. Decía que a unos los conocerás por la manera en que sacan el dinero de la cartera, parsimonioso, y los billetes difíciles de alcanzar. Los cornúpetas no gastaban cartera, y pocas veces llegaban a alcanzar el papel moneda. La Marina desapareció, la gente come ahora en los chiringuitos de la playa. Extranjeros en cantidades industriales y españoles extranjerizados por todos lados. Los ves y dices éste habla inglés o alemán y se sale con un espanglish castizo de aquí te espero. El único, uníquisimo chisme de los de antes lo sé a través de Pío Nuñez Foncebadón, mi amigo leonés, el de los bigotes, el que estaba enamorado de su prima Elena. ¿Sabes quién digo? Es un tío fenomenal. Lo encontré paseando una noche, y se sentó con nosotros. La campanada la dieron sus dos hermanas mayores, que despidieron a sus respectivos cónyuges, en León, figúrate. La María de los Ángeles, la mayor, se hartó del chuleta de su marido, que ni aparecía por la tienda de electrodomésticos que tenían pegada a la calle principal de la ciudad, Ordoño. Le mandó un recado al casino, por el conserje, diciéndole que no fuera ni a comer ni a cenar. El gili se rió con el cuñado, y lo fueron a celebrar almorzando en la parte vieja con los amiguetes. Cuando llegó a casa de madrugada, tras una noche de farra en La Bañeza, se encontró

que la Ángeles había cerrado la cancela del chalet y depositado a la puerta las maletas del interfecto. La borrachera le encaminó cachondo a un hotel. Por la mañana se llevó el soponcio cuando el propio director del Banco le comunicó que su cuenta arrojaba un saldo de doce mil pelas. La hermana, Rosa creo que se llama, hizo lo mismo con su calamidad, y ningún abogado de la ciudad los quiere ayudar con el divorcio. El Pío pió todo eso con orgullo. Se aplaudió la situación.

A las hermanas las tienes que recordar, eran dos rubias vistosas, aficionadas a los escotes y los vestidos de colores chillones. Pío dice que prefieren últimamente acudir a Palma de Mallorca, por eso no están para que las aplaudiéramos en persona. Los gilís de los consortes eran dos de esos que llamábamos titos, porque venían a Marbella con el negro de piscina del Páramo, a quienes los turistas confunden con gitanos. Pío asegura que la salida del apuro se la brinda la política, porque eso sí, saben hacerse el nudo de la corbata.

Pío *dixit* también de otro paramero, que te acordarás porque tu Madre decía que era el hombre más guapo de España, Ulpiano Luengo. Un solterón de magnífica estampa, que tenía un coche descapotable rojo. Hasta el verano pasado acudió todos los años con doña Asunción, viuda y propietaria de una papelería de Vestriella. Llegó el interfecto acompañado de una periodista de Valladolid, una maciza donde las haya, y la presenta como su colaboradora. Añade que están escribiendo la historia de un tío suyo al que los rojos sacaron de la iglesia en plena guerra civil, cuando acababa de comulgar, y que le pegaron dos tiros. Nadie cree el extremo del libro, y la periodista lo que sí hace es comprar al por mayor en las boutiques.

Pío nos hizo mondamos de risa con sus bromas. Aseguró que el modelo de hombre de moda este verano entre los parameros es Adolfo Suárez, otra vez, y que en cambio entre los charros prima Mario Conde. Lo que pudimos reír con las bobadas sobre la diferencia existente entre los charros relacionados con el cuerno, todos rubios y de actitudes muy inglesas, y los charros que se ganan la vida con el comercio en Salamanca. Los ingleses andan en jaguar, mientras los otros, más prácticos, acudieron este año a la Costa del Sol en BMWs y Volvos. Genial. Estos días cuando vea a un conocido charro en coche le tengo que poner la planilla para saber a qué rama pertenece.

¿Te conformas? No voy a la Marina, donde el Abuelo tenía el chalet, o sea que ni me entero ni veo a nadie. Te advierto que la mitad de los chalets los han vendido a los alemanes. Marbella es un lugar distinto del que

recuerdas de mocita, y como en los años de la transición, de mi transición personal, has venido deprisa, ni lo reconocerás cuando te descuelgues por estas tierras.

PS 3: Las dos postales de Marbella son las de mayor éxito. El pueblo marinero pertenece al pasado. Si vieras Fuengirola, ni lo reconocerías.

Y dentro de poco parten dos coches llenos, llenísimos, uno con un cochecito de niño mal atado al techo sin baca del vehículo, que horas después se los vio disminuir de velocidad al cruzar un cartel que decía Almería, donde un amigo con un purazo en la mano los recibía con un menos mal, creí que hoy cenaba otra vez con la mujer y la suegra. La barba cana del sujeto se reía de acorde con unos ojos morunos brillantes y acogedores. Eso sí, de cargar, ni un bulto, sólo se le oyó decir, muchacha, ¿y esto qué es?, refiriéndose a los mil cacharros de la intendencia de una familia normal.

Borrador final

Un hombre como de unos cuarenta y cinco años redacta en un despacho rodeado de libros. Hace un fuerte calor de septiembre madrileño. Deja el bolígrafo un momento, coge unos cubitos de hielo de un plato y los echa con parsimonia en lo que parece un mojito. A cada poco se para y mira cómo se derriten los cuatro o cinco cubitos de hielo que quedan en el plato.

... los años pasan y vamos cambiando de carácter, nos hacemos. De forma parecida, el amor evoluciona, los ardores iniciales ceden paso al acoplamiento de pareceres, de gustos. Junto a las conjunciones semejantes al amanecer primaveral en que la luz acompaña a la naturaleza en su esplendor, las disyunciones oscurecen con sus nubarrones y pesadas gotas de agua el horizonte. Las rupturas ocurren, en concreto, cuando uno de los amantes comienza a acariciar posibilidades de convivencia ignotas, apenas contempladas en momentos anteriores. Cuando el amor-ardor arrasa con sus llamas todo a su paso, tanto calor emite que los amantes apenas necesitan una sábana para cubrirse, resulta inconcebible cuanto yace allende el espejismo del oasis...

... el amor paternal, el mío, asaltado por la espalda reiteradamente, por las traicioncillas de Mamá, por las incomprensiones tuyas, acabó, y me duele confesarlo, por congelar con su helada presencia un rincón de mi corazón. Cierto es que unas simples palabras tuyas producían un deshielo inmediato. El resto del corazón permanecía caliente por las alegrías proporcionadas por la vida con el Niño, con mi Mujer...

... a la leña habitual con la que templaba mis afectos, los cariños aprendidos en casa de mis Padres, en el arte y por la amistad, le añadí la madera cortada en los afectos de gustos aprendidos gracias a maestros amigos que me descubrieron bosques desconocidos, el del ocio, el de la alegría vital relajada. Poco a poco, mi personalidad, la de la Familia evolucionó, emanando calores diferentes a los habituales, primaveras de la personalidad

que en vez de ser anunciadas por Vivaldi las trompeteaba un mensajero con palmas y jaleo.

... Hija, tu recuerdo, mi deseo de cubrir contigo los mismos caminos, que los senderos de tu vida coincidieran con los míos, se fue fosilizando... los pasos dados con mi Familia eran ágiles, alados, los que te invitaba a dar requerían lentitud, y ambos parecíamos cansados antes de iniciar la marcha...

... mi corazón permanece y permanecerá listo para un encuentro, para dejarme embriagar por cualquier flor que desees que huela. En mi alma, como en el olmo viejo machadiano, el brote verde casi asoma ya.

... las palabras verdaderas que acuden a mi cabeza tienen un sonido de metal, un gris fuerte, como una tarde de lluvia, y anuncian que ayer es distinto de mañana. Los días de lluvia son días de transición, la semilla germina con el agua, pero la flor, el fruto, brota cuando sale el sol.

... la noria de las ideas busca las palabras que se ajusten a la verdad, y ningún manto las seduce lo bastante. Lo que quiero decir es simplemente que tú y yo somos diferentes de lo que fuimos, y que la Hija que busco, a la que tanto abracé en la infancia, ésa quedó albergada en mi corazón, en la parte caliente. Rehusé durante años aceptar la niña quejosa, inflexible, empeñada en sacarme el corazón a tiras. Ésa es la que ni comprendo ni quiero. Y si me encontrara con ella, mi frialdad hoy igualaría la suya...

... estoy dispuesto a entender, a perdonar, que hemos saltado una etapa de la vida, pero no a base de renunciaciones; si las pides atente a las consecuencias, porque volverías a ser la misma de antes. Ojalá tu carta, que quizás olvidaste, augure una nueva etapa en nuestras relaciones; el camino es espinoso, no obstante me hallará listo para subir y bajar montañas por caminos invadidos por la ortiga y por el incómodo matorral. Lo haría por esa niña preciosa que permanece viva en mi corazón, y que ninguna iniquidad o incomprensión aniquilará, porque ésa es mi Hija. Te repito, no deseo encontrar ni a mi Niña, la de ayer, a esa que vengo buscando por años la tengo en mi altar, y la que hoy existe en su lugar es diferente, ni una copia falsa de algo que puede ser probable. Anhele encontrar a una mujer que me ofrezca la mano, dispuesta a forjar un eslabón con amor. Fundiremos oros y platas, y utilizaremos viejas fotografías para inspirarnos en el modelo que inventaremos juntos.

... mientras llega el momento, este hombre maduro para la realidad y para el sueño, tu Padre, te tiende una mano envejecida. La calienta una sangre que hoy corre por otras venas, y que no se puede derramar sin tener en cuenta responsabilidades a otros seres. Te ofrezco borrón y cuenta nueva, que nuestras relaciones comiencen como las de los amantes que saben que han quemado todos los puentes, pero que quieren seguir unidos, caminar juntos, queriéndose, aunque...

... tanto ha sucedido desde el día en que tus ojos atónitos me vieron acompañado de mi Mujer... ¿Había un camino mejor? Apenas supe tender una pasarela, hecha de billetes de banco y de cartas, los signos de mi sudor y de mi sangre. Las cartas fueron el testimonio cifrado del sentir de un ahogado que intentaba salvar algo precioso, los años de cariño, de amor paternofilial, con desdén por su propia vida, y que en el esfuerzo casi la perdió. Pero la desesperación me hizo un experto nadador de aguas procelosas, y sobreviví, apenas...

... el amor paternal, Hija mía, obedece a las mismas normas que todo amor. Según dijo el eterno caminante andaluz, es una espina que se nos clava en el corazón y no podemos vivir con ella ni sin ella...

